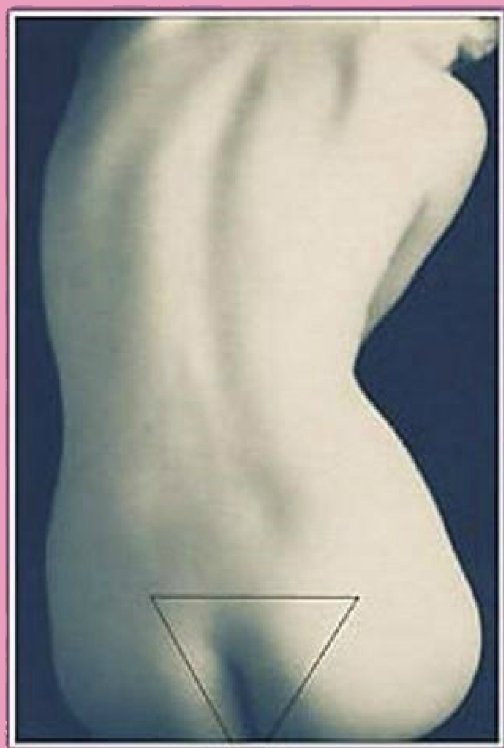
Toni Bentley

La rendición



La sonrisa vertical



Pocas mujeres lo practican, y muchas menos lo admitirán. Sin embargo, en las atrevidas memorias íntimas de la neoyorkina Toni Bentley, la autora levanta el velo sobre una práctica sexual prohibida por la Biblia y celebra «el goce que se halla más allá de las convenciones, con sus riesgos y sus pasiones». Nos referimos a la sodomía, un acto que «no es tabú… pero sí lo es», afirma Bentley.

Pero esta mujer de hoy, moderna, que vive como muchas otras mujeres de nuestros días, no teme contar abiertamente su «rendición», tras ser iniciada por un amante en este placer radical e inesperado, para abordar todos los aspectos de ese acto «sagrado» en el que ella se siente renacer. Un acto que implica abandono y confianza, que colma ciertos deseos de sometimiento, unos anhelos que, por paradójico que parezca, acaban haciéndola dueña de sí misma y de su placer. El camino hacia esa liberación cobra, por una parte, visos espirituales, y por otra, gracias a la franqueza con que cuenta sus experiencias, nos acerca vívidamente una realidad raras veces descrita.

La rendición, el relato de una obsesión que sin duda obligará a los lectores a cuestionarse sus propios deseos, ha sido traducido a varias lenguas y muy bien acogida por la crítica, que, entre otras cosas, ha dicho: «Algunos tacharán este libro de blasfemo, otros de espiritual; algún otro lo calificará de pornográfico, y aun otro de erótico. Pero en realidad es una obra brillante y sexy, ingeniosa y emocionante, el relato de una pasión sin límites que conduce a la trascendencia» (*Publishers Weekly*) y «Una pequeña obra maestra de la escritura erótica» (*The New Republic*).



Toni Bentley

La rendición

La sonrisa vertical 134

ePub r1.1
Titivillus 09.05.15

Título original: *The Surrender*
Toni Bentley, 2004
Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Según Virginia Woolf, ninguna mujer ha conseguido escribir la verdad sobre la experiencia de su propio cuerpo; las mujeres y el lenguaje tendrían que cambiar mucho antes de que algo así fuera posible.

Claudia Roth Pierpont

Una vez amé tanto a un hombre que dejé de existir: *él* lo era todo; *yo*, nada. Ahora me amo a mí misma lo justo para que no exista ningún hombre: *yo* lo soy todo; *ellos*, nada. Antes todos los hombres eran Dios, y yo era un producto de mi imaginación; ahora el producto de mi imaginación son ellos. El mismo juego, distintas posturas. No sé jugar de otra manera. Alguien tiene que estar encima, alguien debajo. Uno al lado del otro es un aburrimiento. Lo intenté una vez durante unos minutos de extrema desorientación. La igualdad niega el progreso, impide la acción. Pero estando uno encima y el otro debajo, se puede ir a la luna y volver antes de que dos iguales pacten quién paga, quién se folla a quién y quién es el culpable.

Sin embargo, en mi transformación no pasé de abajo arriba, sino de abajo abajo: de mi deplorable sumisión emocional a mi bendita sumisión sexual. Ésta es la historia de mi cambio, y del precio que pagué. Un precio muy alto. Impagable.

El Polvo Sagrado

> Ese goce es tal que nada puede perturbarlo y el objeto que lo sirve queda transportado indefectiblemente al tercer cielo cuando lo gusta. No hay otro comparable, no hay otro que pueda satisfacer de manera tan completa a los dos individuos que a él se entregan, y es difícil que aquéllos que lo han gustado vuelvan a otra cosa.
>
> Donatien de Sade

La suya fue la primera. En mi culo.

Desconozco la longitud exacta, pero desde luego es demasiado grande: ideal. De anchura media, ni demasiado delgada ni demasiado gruesa. Preciosa. Mi culo, pequeño, de chico, de adolescente, y prieto, muy prieto. Después de veinticinco años retorciéndome en el ballet. Desde los cuatro, la edad en que declaré la guerra a mi padre. Abrirse de piernas desde la cadera retuerce el suelo pélvico como un sacacorchos. Me pasé toda la vida tensando el culo en la barra de ballet. Ahora lo distiendo.

Su polla, mi culo, distensión. Una maravilla.

Cuando me penetra, aflojo la tensión, milímetro a milímetro, tirando, apretando, aferrando. Soy adicta a la resistencia física extrema, la maratón de la intensidad gradual. Relajo los músculos, los tendones, la carne, la rabia, el ego, mis normas, mis censores, mis padres, mis prisiones, mi vida. Al mismo tiempo, tiro y succiono y lo atraigo hacia dentro. Me abro y succiono, todo a una.

La dicha, como aprendí gracias a la sodomía, es una experiencia de la eternidad en un momento de tiempo real. La sodomía es un acto sexual donde la confianza lo es todo. Me refiero a que, si te resistes, pueden hacerte daño de verdad. Pero una vez superado ese miedo, una vez traspasado literalmente…, ¡qué placer tan grande encuentras al otro lado de las convenciones! La paz más allá del dolor. La clave está en ir más allá del dolor. Una vez absorbido, se neutraliza y permite la transformación. El placer por sí solo es un mero abandono temporal, una distracción sutil, una anestesia en el camino hacia algo más arriba, más profundo, más abajo. La

eternidad está más allá, mucho más allá del placer. Y más allá del dolor. El contorno de mi culo es el horizonte de los sucesos sexuales, el límite de ése más allá del que ya no hay escapatoria. Al menos no para mí.

Soy atea, por herencia. Llegué a conocer a Dios por medio de la experiencia, dejándome follar por el culo, una y otra vez, y otra vez más. Aprendo despacio, y soy de un hedonismo voraz. Lo digo en serio. Muy en serio.

Y ese despertar curiosamente brusco a un estado místico me sorprendió a mí más que a nadie. Ahí estaba: la gran sorpresa de Dios, su humor sutil y su poderosa presencia, manifestándose en mi culo. En fin, sin duda es una buena manera de captar la atención de un escéptico.

En el sexo anal la cooperación es fundamental. Cooperación en una labor de política aristocrática, que implica una rígida jerarquía, posiciones feudales y actitudes monárquicas. Uno tiene el mando, el otro obedece. Un mando absoluto, una obediencia absoluta. En el sexo anal, no tienes debajo una red de seguridad democrática, de acción positiva. Pero más vale que la acción sea firme, muy firme. No se puede dar por el culo a medias. Sería una farsa. En el Cirque du Soleil anal, no hay suplentes, no hay respaldos. Es un número en la cuerda floja, de principio a fin.

En el culo, la verdad siempre sale a la luz. Una polla en un culo es como la aguja de un detector de mentiras. El culo no sabe mentir, no puede mentir: si mientes, duele, físicamente. El coño, en cambio, puede mentir nada más entrar la verga en la sala; lo hace continuamente. El coño está concebido para engañar a los hombres con sus aguas incitadoras, su predisposición a abrirse y sus dueñas airadas.

Dejándome dar por el culo he aprendido mucho, pero sobre todo una cosa: he aprendido a rendirme. El otro agujero sólo me enseñó a sentirme utilizada y abandonada.

Mi coño plantea la pregunta; mi culo da la respuesta. El coito anal es el acto que, de hecho, encarna definitivamente la máxima sagrada de Rainer Maria Rilke: «Vive ahora las preguntas». La penetración anal resuelve el dilema de la dualidad que plantea y magnifica la penetración vaginal. El coito anal va más allá de todos los opuestos, todos los conflictos —lo positivo y lo negativo, lo

bueno y lo malo, lo alto y lo bajo, lo superficial y lo profundo, el placer y el dolor, el amor y la muerte—, y los unifica, los reduce a uno solo. Para mí es, por tanto, el Acto por antonomasia. El enculamiento ofrece una resolución espiritual. ¿Quién iba a decirlo?

Si se me pidiera que eligiese un solo lugar de penetración para el resto de mi vida, optaría por el culo. Mi coño ha sufrido demasiado a causa de las falsas expectativas y la penetración no deseada, de movimientos demasiado egoístas, demasiado superficiales, demasiado rápidos o demasiado inconscientes. Mi culo, conociéndolo sólo a él, conoce sólo la dicha. La penetración es más profunda, más honda; está en el límite de la cordura. El camino directo hacia Dios a través de mis entrañas ha quedado despejado, abierto.

Norman Mailer ve las rutas sexuales invertidas: «Así fue como por fin le hice el amor, ahora en una, ahora en la otra, una incursión en el Demonio y un viaje de regreso a Dios». Pero Mailer es un hombre, un perpetrador, un penetrador, no un receptor, no un sumiso. No ha estado, supongo, en mi comprometida posición.

Mi anhelo es tan grande, tan abierto, tan cavernoso, tan profundo, tan largo, tan amplio, tan viejo y tan joven, tan, tan joven, que sólo una gran polla hundida hasta el fondo de mi culo puede saciarlo. Él es esa polla. La polla que me salvó. Él es mi respuesta a todos los hombres que vinieron antes que él. Mi venganza.

Veo su polla como un instrumento terapéutico. Seguramente sólo Dios podría haber concebido semejante tratamiento a mi insondable herida: la herida de una mujer cuyo padre no la quería lo suficiente. Quizá no sea una herida de origen psicológico ni mucho menos, sino realmente el espacio interior que anhela a Dios. Quizá sea sólo el anhelo de una mujer que se cree incapaz de tener a Dios. Una mujer a quien su padre dijo hace mucho tiempo que Dios no existía.

Pero yo deseo tener a Dios.

El enculamiento me da esperanzas. Soy inaccesible a la desesperación cuando él me mete la polla por el culo, haciéndole sitio a Dios. Él me abrió el culo y, con esa primera embestida, puso fin a mi negación de Dios, puso fin a mi vergüenza y la sacó a la luz. El anhelo ya no está oculto; ahora tiene nombre.

Éste es el trasfondo de una historia de amor. Un trasfondo que es la historia completa. La parte de atrás de una historia, para ser exactos. El amor desde dentro de mi trasero. Colette declaró que no podía escribirse sobre el amor cuando se estaba bajo su embriagador influjo, como si sólo el amor perdido tuviera resonancias. Yo, por mi parte, en este gran amor, no vuelvo la vista atrás, sino que más bien miro desde atrás, narro a partir de lo que he visto con el ojo de detrás. Éste es un libro donde el asunto principal es breve y lo que hay detrás lo es todo. Al fin y al cabo, lo que yo tengo detrás cuenta mucho. Cuando a una la han follado por el culo tanto como a mí, las cosas enseguida se vuelven muy filosóficas y a la vez muy tontas. Me han sacudido el cerebro junto con el culo.

Cuando una mujer tiene una polla metida en el culo, se centra de verdad. La receptividad se convierte en actividad, no en pasividad. Hay mucho que hacer. Su polla perfora mi *yang* —mi deseo de saber, controlar, comprender y analizar— y obliga a mi *yin* —mi apertura, mi vulnerabilidad— a aflorar a la superficie. No puedo hacerlo sola, voluntariamente. Debo ser forzada.

Él me folla en mi feminidad. Como mujer liberada que soy, es para mí la única manera de acceder a ella y conservar la dignidad. Boca abajo, con el culo en alto, no me queda más remedio que sucumbir y perder la cabeza. Así puedo vivir una experiencia que mi intelecto nunca permitiría, una traición a Olive Schreiner, Margaret Sanger y Betty Friedan, y una afrenta, desde la retaguardia, a muchas «feministas» modernas. Pero una vez ahí, no hay vuelta atrás: al control, a ponerme encima, a hombres más femeninos que yo. Sencillamente es así como se manifestó mi liberación. Para una mujer racional, la emancipación por la puerta de atrás nunca sería una elección. Puede ocurrir sólo como un don. Una sorpresa. Una gran sorpresa.

Ésta es la historia de cómo llegué a experimentar —y a veces comprender— términos que aluden a la vida espiritual. He aprendido más sobre su significado y su poder por medio de la sodomía que de cualquier otra enseñanza.

Y para mí el sexo anal es un acontecimiento literario. Las primeras palabras empezaron a fluir cuando él estaba en lo más hondo de mi culo. Su pluma en mi papel. Su rotulador en mi

secante. Su cohete en mi luna. Es curioso de dónde saca una la inspiración. O cómo recibe una el mensaje.

Después de mi iniciación supe que debía escribirlo todo. Seguir el rastro, prestar testimonio ante mí misma, ante él, ante la energía armónica que generábamos. Suficiente para horadar los parámetros de mi mundo existente. Suficiente para que la palabra «Dios» cobrase sentido. Suficiente para que la gratitud fluyese como el agua.

Al fin y al cabo, yo no deseaba sólo un recuerdo. Inevitablemente, un recuerdo empañaría la verdad con la vanidad de la nostalgia y la autocompasión del deseo perdido. Yo quería documentación, como un informe policial, donde dejar constancia en el mismo momento —o poco después, como mucho una hora— de los detalles del delito, el delito de forzar la entrada y allanar mi culo, mi corazón. El informe diría: esto ocurrió, esto realmente sucedió en mi vida, teniendo yo plena conciencia del hecho.

Además, si no lo escribiera todo, nadie lo creería jamás, y yo menos que nadie. No lo creí dos horas después de que él dejase mi cama. Así que lo escribí todo para hacerlo durar más. Para hacerlo real. Me pareció que las palabras eran la única manera de marcar el hito, de conservar mi experiencia transitoria de la eternidad. Esto es un documento testimonial. No paséis por alto el mensaje, distraídas por la profanidad del acto.

Como veréis, soy una mujer que ha buscado toda su vida la rendición: encontrar algo, a alguien, ante quien poder someter mi ego, mi voluntad, mi triste mortalidad. Probé con distintas religiones y distintos hombres. Probé incluso con un hombre religioso. Y de pronto me encontró él, el agnóstico que exigió mi rendición.

—Agáchate —decía, con delicadeza y a la vez con firmeza. Aún ahora lo oigo, un eco en las entrañas de mi ser.

Follar por el culo es el gran gesto antirromántico, a menos, claro está, que, como es mi caso, la idea de romanticismo empiece cuando estás de rodillas con la cara contra una almohada. En el mundo de atrás, no hay lugar para la poesía, las flores ni las promesas de amor eterno. La penetración por el culo implica el filo duro de la verdad, no los suaves pliegues del sentimentalismo inherente al amor romántico. Pero follar por detrás es más íntimo

que follar por delante. Te arriesgas a enseñar tu mierda, metafórica y literalmente. Al permitir a un hombre acceder a tus entrañas —tu espacio más profundo, el espacio que durante toda la vida te han enseñado a olvidar, a esconder, a mantener en secreto—, nace la conciencia. ¿Quién necesita diamantes, perlas y pieles? Aquéllas que nunca han estado donde he estado yo. La tierra prometida, el Reino.

Si eres capaz de permitir que un hombre te dé por el culo —y sólo debería concederse ese privilegio al amante realmente sensible—, aprenderás no sólo a confiar en él, sino también en ti misma, sin ejercer el menor control.

Y allí donde no hay control, está Dios.

La humillación es mi mayor demonio, pero cuando ha sido penetrado el ojo de mi terror, siento que mi miedo es infundado. A través de esta rendición física, de este camino prohibido, he encontrado mi yo, mi voz, mi espíritu, mi valor… y la risa socarrona de una vieja bruja.

Y no es un tratado feminista sobre la igualdad. Ésta es la verdad sobre la belleza de la rendición. El poder está en la rendición. Desde mi punto de vista, como veréis, me he topado con la broma cósmica, la ironía suprema de Dios.

Entrad por la salida. Os espera el Paraíso.

Antes

La búsqueda

Para mí, encontrar el Paraíso empezó hace décadas con la búsqueda de Dios. He intentado dar con Él desde los cinco años, cuando mi familia se trasladó al sur del país, a una zona dominada por el protestantismo evangélico. Allí daba la impresión de que todo el mundo conocía personalmente a Dios menos yo. Le pregunté a mi padre. Él tenía razón en todo. «No, Dios no existe», explicó. «Eso es para la gente que lo necesita. No es nuestro caso».

Pero yo sí lo necesitaba. En mi colegio todos eran creyentes practicantes y temerosos de Dios. ¿Podían estar todos ellos equivocados, y también sus padres? Fui declarada atea desde que nací. Lo hecho, hecho estaba. Pensé que podía dar la gran noticia de que Dios no existía a todos mis compañeros de clase, o que podía investigar a Dios por mi cuenta, no fuera que tuviesen razón sobre él.

Ahora pienso que hay dos maneras distintas de creer. O te adoctrina tu familia, y la fe te acompaña toda la vida, pese a la rebeldía o las pruebas de lo contrario; o tienes una experiencia real de Dios tan poderosa como para contradecir tu adoctrinamiento inicial. Así que asumí una identidad difícil: la del ateo que ansia creer, pero no puede. La duda predeterminada siempre me dejó el anhelo de un Dios que no podía existir. Había nacido el Conflicto; la Búsqueda había empezado.

El año anterior, a los cuatro años, había empezado a ir a clases de ballet. Esta sencilla actividad, al principio de una sola sesión semanal, se desarrolló a lo largo de las dos décadas siguientes, culminando en una carrera profesional de diez años con una de las mejores compañías de danza del mundo. Sin embargo, la intención

inicial de mi madre era tan sólo proporcionarme ejercicio físico para estimular mi inexistente apetito, y para mantenerme alejada de los deportes de equipo donde se utilizaban pelotas: de niña, me aterrorizaban las pelotas de cualquier tamaño lanzadas hacia mí. En el ballet no había pelotas, y por tanto nada tenía que temer. Me concentré, pues, en el vestuario bonito, las zapatillas de ballet rojas y los movimientos muy controlados.

Fue en el mundo del ballet donde mi investigación sobre Dios encontró su mayor laboratorio. Las mejores bailarinas creían en Dios, todas y cada una de ellas, así de sencillo. Realicé varios estudios por mi cuenta en el transcurso de los años, y seguí atenta a Dios durante toda mi carrera profesional, donde las pruebas eran más sólidas. En la academia de ballet, creían en Dios entre el sesenta y el setenta por ciento de las damiselas; entre la selecta minoría que había superado todos los obstáculos y llegado a formar parte de la compañía, el porcentaje se elevaba a cerca del noventa y cinco por ciento. Deduje que la clave de la superioridad de esas bailarinas residía en su capacidad de creer. Conservaban la fe cuando las cosas se torcían. A mí, cuando una clase me salía mal, la mala era yo, y eso me llevaba a más clases malas. Cuando a ellas les salía mal una clase, creían que era una «lección», «la voluntad de Dios», una señal luminosa en la pantalla, y la siguiente clase les salía bien y, de ese modo, progresaban de una manera uniforme y previsible. Yo, como atea, no tenía a quién echarle la culpa; la duda acerca de mis aptitudes crecía en proporción directa al número de clases que me salían mal.

Después de diez años de este tipo de formación, incluso una clase buena se me antojaba mala; no sólo había perfeccionado los *pliés*, sino mi capacidad de autocrítica. Claro que lamentaba no poder achacar esas clases malas a Dios como las demás chicas; habría sido todo un alivio. Pero ellas vivían bajo una «ilusión», mientras que yo enarbolaba la bandera de la verdad, de modo que seguí en la brecha, mártir de mi ateísmo. ¡Dios mío, cómo las envidiaba! No por su danza, sino por su fe.

Mi angustia por este imponderable obsesivo encontró una salida productiva cuando, a los once años, aprendí a hacer ganchillo yo sola con la ayuda de un libro. Mi madre hacía calceta y me había enseñado aquello de un punto del derecho, otro del revés con las

dos agujas; pero cabía la posibilidad de perder un punto, y descubrirlo demasiado tarde para corregirlo. Semejante riesgo me horrorizaba. Con el ganchillo, en cambio, no sólo había muchas más combinaciones posibles, sino que, además, nunca se perdía un punto.

Empecé con bufandas y gorros y evolucioné a los ponchos, jerséis de cuello cisne, bolsos de todos los tamaños, blusas de encaje con volantes, corbatas, colchas e intrincados mantelitos de hilo muy fino y brillante. Todos esos puntos, todo ese hilo y algodón mercerizado, todos esos colores pastel, dentro y fuera, arriba y abajo, tirando y aflojando, nudo tras nudo. Se me daba bien, era rápida, compulsiva e incansable con mi ganchillo y mi hilo: todos los miembros de mi familia llevaban alguna extraña prenda de lana hecha por mí. Yo siempre tenía varios proyectos en marcha a la vez, así que mis manos nunca estaban quietas.

El punto, ahora lo veo, era un depositario perfecto de mis ambiciosas tendencias anales; cada objeto crecía de una manera controlable y predecible, y no se exponía al caos irracional de mis inquietudes existenciales. Me abrí paso a través de la adolescencia a golpe de ganchillo mientras cosía cintas a mis zapatillas de ballet e intentaba emular la fe de mis compañeras.

Ahora creo que la danza se basa en dos cosas: la buena conducta y una fe visible. Para mí lo primero era fácil; lo segundo imposible, y, por consiguiente, tanto más deseable. Ser bailarina fue mi primer y, quizá, más serio intento de alcanzar la fe. Pero fue como proponerse ser monja sin creer en Dios. Tenía capacidad de esfuerzo más que suficiente, pero no podía obligarme a creer.

Aun así, negarme la comida durante todo el día a la vez que bailaba durante todo el día me pareció un buen punto de partida. Al menos ejercitaba el autocontrol, asegurándome de que mi cuerpo sería tan esbelto como el de las chicas creyentes. Eso podía conseguirlo sin Dios. Bastaba con no comer hasta la noche. Así me sentía de fábula. Poderosa. Con la comida —o, mejor dicho, sin la comida— podía competir con las creyentes. Incluso podía estar más delgada que algunas de ellas. Pronto aprendí a sobreponerme al dolor, a negar el dolor: los dedos de los pies ensangrentados y los tendones distendidos, la horrible soledad de la atea. Muy útil. Si conseguía negar lo suficiente, razoné, quizás incluso conseguiría

negar mi negación de Dios.

A los diecisiete años ya era bailarina profesional, y empecé a actuar en público ocho veces por semana. Fue entonces cuando comencé a santiguarme antes de salir al escenario. Se lo había visto hacer a la mejor bailarina del mundo, y pensé que acaso fuera ése su secreto. Así que lo intenté, entre bastidores, sola, cuando nadie me veía, antes de salir a escena. Era como un paso de ballet más. Yo quería que tuviese un significado. Y lo tenía. Si bien no implicó la aparición de Dios en mi conciencia, sí puso de manifiesto mi convicción de que el ritual era la manera de invocarlo, en el improbable caso de que Él se dignara alguna vez revelarse ante mí.

Un verano en que estaba en París de gira empecé a coleccionar rosarios de las tiendas de antigüedades del Boulevard Saint–Germain: viejos, con el nácar desportillado. Suponía que si eran viejos y europeos, estarían impregnados de la fe de creyentes anteriores, y así, pese a mi deplorable darwinismo, tal vez me contagiasen parte de su fe. Llevé uno a modo de collar durante un tiempo, aunque me dijeron que era un sacrilegio. Daba igual. Necesitaba ese rosario en mi cuello, que su historia se filtrara en mi piel pagana con el roce.

Los rosarios me llevaron a los santos. A los dieciocho años, los leía ávidamente a todos —san Francisco, santo Tomás, san Jerónimo, las dos Teresas—, pero me centré en las mujeres que morían de hambre, que se desangraban, que se flagelaban con ramas de abedul, que lamían las heridas supurantes de los leprosos, que despertaban en medio de la noche traspasadas por el amor de Dios. Eso sí era interesante. Contemplé brevemente la posibilidad de dejar el ballet —ya de por sí bastante monjil por su dedicación— para ser santa. Desde luego, nada se me antojaba más meritorio, y la santidad parecía exigir las disciplinas en las que yo tenía ya una sólida experiencia: autocontrol y autonegación. ¿Exactamente cuánto dolor y sufrimiento era capaz de soportar, de elegir, de provocarme? Poner a prueba mi fortaleza de este modo me resultaba sumamente atractivo.

Pero tras mucho reflexionar, me lo replanteé: ser santa implicaría incluso más dolor del que podía imaginar. ¿Y si una padecía todo ese dolor y, aun así, no veía a Dios, no experimentaba esa unión mística? Desde luego, el riesgo era muy grande. Además,

no quería sufrir por sufrir. La danza me había enseñado a sentir dolor a cambio de algo, dolor a cambio de belleza. El dolor por el dolor era un capricho, en tanto que mi masoquismo juvenil era ambicioso y realista. Yo no rivalizaría con santa Teresa de Ávila.

Seguiría, pues, con la danza, calzándome esas fundas preciosas, ajustadas y relucientes conocidas como zapatillas de punta. Y ahí estaba el milagro, que se manifestaba a diario en mis propios pies. Pese a las ampollas y la sangre que demostraban lo contrario, mis pies no me dolían en absoluto mientras llevaba puestas las zapatillas, mientras bailaba. Sólo me dolían cuando me descalzaba, cuando liberaba el pie de su prisión de raso. Esta curiosa experiencia, la irónica combinación de malestar físico y euforia, me enseñó el poder de la trascendencia. Mis zapatillas de punta de color rosa se convirtieron en mi aliado fetichista, mi corona de espinas, mi lecho de clavos. Adoraba mis zapatillas de ballet.

Junto con mi obsesión por la santidad, desarrollé la pasión por la lectura. Esta pasión, llegué a pensar, me apartó del éxito definitivo como bailarina al alejarme del mundo restringido, no verbal, del movimiento y llevarme a las ilimitadas llanuras del pensamiento. La Fase del Libro incluyó a Simone Weil (a quien está fuera de mi alcance emular); Nietzsche (Así me habló); Henry Miller (¡la aventura de la pobreza en París!); D. H. Lawrence (John Thomas y Lady Jane); Anaïs Nin (la liberación sexual entre las sábanas y en el papel, en París); Freud (el incesto es lo mejor, o al menos lo inevitable); Thomas Mann (la profundidad poética de la radiografía); Henry James (yo soy Isabel Archer, en la época equivocada, con la indumentaria equivocada); Virginia Woolf (diario tras diario hasta el fondo del río); Erich Fromm; Eric Hoffer; Ernest Becker *(La negación de la muerte*, cada página subrayada en rojo); y Søren Kierkegaard (siete tomos seguidos, con largos apuntes en blocs o fichas…; me encantaba Kierkegaard).

Estos libros y sus revelaciones constituyeron mi vida secreta hasta casi los veinte años. Entonces perdí la virginidad. Y si bien mis intereses más profundos tal vez nunca hayan cambiado, se desviaron de manera inmediata e irrevocable hacia las respuestas —el ballet había planteado todas las preguntas— derivadas de la experiencia, no sólo de los libros.

Pero aunque toda esta lectura y esta búsqueda de una conexión

externa se desarrollaba a primera hora del día y ya entrada la noche, mi lealtad y dependencia más profundas estaban en otra parte durante el día: en las paredes del estudio de danza, donde no podía huir de mi yo salvaje.

Mi espejo, mi amo

El ballet se aprende delante de un espejo. Horas y horas y horas y más horas delante de un espejo. Cuando era pequeña, como alumna concienzuda, y luego como adulta profesional tanto en las clases como en los ensayos, aprendí que cada arqueo del pie, cada mirada, cada ángulo del brazo, cada giro de la pierna, cada sonrisa, cada mueca, cada esfuerzo, es realizado y observado simultáneamente por el propio yo, esa nebulosa entidad llamada conciencia. Una se convierte en sujeto y objeto a la vez.

He calculado que en veinticinco años de danza pasé aproximadamente mil ochocientas horas actuando frente a un público, y dieciocho mil horas ejercitándome delante de los enormes espejos murales que son el elemento principal de todo estudio de danza. Esta intensa e incesante exposición diaria tiene un marcado efecto en lo que llamamos la imagen de una misma. A diferencia de lo que suele creerse, tanto tiempo observándose no fomenta el narcisismo ni la vanidad. Todo lo contrario. Nos observamos con ojos adiestrados para ser críticos, competitivos y comparativos. Sí, de vez en cuando la imagen es satisfactoria, hermosa, digna de verse. Pero con mucha mayor frecuencia es la imagen de una imperfección: del cuerpo, la línea, el rostro, la indumentaria, el movimiento. A menudo, este único defecto parece eclipsar todos los esfuerzos, incluso la existencia misma.

El espejo muestra la imposibilidad de la perfección.

Y de este modo nació una curiosa intimidad: yo me moldeaba, cambiaba, mejoraba y modificaba el estilo constantemente mientras el espejo —frío e inmutable— juzgaba, como Dios. El espejo era ahora carcelero y salvador, una fuente de autodesprecio y a la vez la única fuente de afirmación. Me veía humillada ante el poderoso espejo con su ilusión de tres dimensiones en sólo dos. Me sometía

por completo. En tanto que Dios me parecía lejano, la autoridad del espejo sobre mí se me antojaba absoluta.

Con el tiempo caí en la cuenta de que, como Dorian Gray, había abandonado toda la percepción de mí misma en manos de mi reflejo. El inquietante resultado de esta sumisión a lo que veía —a mí, pero invertida— es que, cuando estaba en el escenario, donde el foso de la orquesta y el agujero negro de un público sustituían a mi propia imagen en el espejo, ni siquiera sentía el movimiento de mi cuerpo. Existía única y exclusivamente en el espejo; en el escenario era mi propia sombra, un vapor. Sólo a la mañana siguiente, de nuevo en la barra, me encontraba a mí misma en el espejo y volvía a confirmar mi existencia.

A los veintitrés años, cuando aún bailaba, intenté casarme con Dios. Fue todo muy repentino. Su padre era pastor, y él era creyente, y de ese modo la atea frustrada y en continua búsqueda que llevaba dentro probó a acceder a la religión de la única manera a su alcance: entrando en la familia por vía del matrimonio. Mi marido fue el primer hombre que me devolvió una imagen reflejada de mí misma preferible a la del espejo. Así trasladé de inmediato mi dependencia a su punto de vista. Ahora existía, pero de manera distinta. Él adoraba lo que veía y me lo decía; era una sensación maravillosa. Una vez más, había encontrado una buena razón para sospechar que tenía una existencia.

Sin embargo, con el paso del tiempo, mi marido empezó a ser cada vez menos fiable a la hora de mostrarme mi propia imagen en la vida de cada día. Era un hombre que codiciaba muchas pasiones artísticas y al final fui sustituida por otros intereses. Mi reflejo se desdibujó; demasiadas huellas sobre el espejo en otro tiempo nítido. Emborronada, reducida a una mancha en su cabeza, me encontré, una vez más, bailando aturdida en el agujero negro. Dios había apagado los focos.

¿Dónde estoy? No veo. No siento. Será que no existo.

Historial sexual

Tuve el primer orgasmo, yo sola, a los dieciséis años, después de ver una película pornográfica francesa titulada *Exhibition* en un cine de arte y ensayo del Upper East Side, Nueva York, en compañía de una amiga tan curiosa como yo. Pese a que no había nada de impropio en el lugar, fue mi primera experiencia cinematográfica en la que mis pies permanecieron clavados al suelo frente a mi asiento; fue una experiencia de lo más perturbadora para mi alma virgen.

No obstante, mientras veía masturbarse a la mujer en la pantalla, me di cuenta de que yo sencillamente no había prolongado lo bastante mis propias exploraciones para llegar al *big bang*. Al salir del cine, me fui derecha a casa e imité a mi nueva mentora con resultados inmediatos. Así se inició mi larga y secreta carrera de aspirante a actriz porno.

Seguí ensayando para mi debut, pero no vi razón para utilizar a un hombre en el proceso. Un año más tarde, en una fiesta, un chico torpe me metió la lengua hasta la garganta a la vez que me apretaba algo duro contra el vientre. Esto confirmó mis sospechas. Los hombres eran unos ordinarios.

Poco después, un atractivo mujeriego que sabía que yo era virgen insistió en perseguirme y logró cambiar todas esas percepciones negativas. Era famoso, fuerte, carismático y sexy como mala cosa. Un donjuán. Tras mucho resistirme, actitud que le divertía, le permití la entrada. Excitación, presión, un charco de sangre, y el despertar.

Hasta entonces nunca había visto un pene erecto. Me quedé pasmada. Pero en cuanto empezó a penetrarme, me sobrepuse. Me dominó —físicamente, por completo— y fue lo más emocionante que me había pasado jamás. Sin embargo, creo que nunca tuve un

orgasmo con él: me excitaba demasiado. Y estaba perdidamente enamorada. Él me inducía a imaginar un mundo más allá del mío.

Seguí enamorada durante dos años a pesar de que la aventura duró menos de tres meses. Volviendo la vista atrás, ahora caigo en la cuenta de que el primer comentario sexual que me hizo fue: «Tienes un culo fantástico». Ya por entonces debía de ser mi destino. Pero tardé años en saberlo. Vista por detrás, yo gustaba.

Después de perder la virginidad, empecé a sentir gran interés por mi coño. Hasta entonces no sabía que ese agujero oculto por debajo de mi cintura era la vía de entrada a mi corazón. Otros llegaron a la puerta, ahora abierta, y yo pasé a tener lo que, por lo visto, todo el mundo tenía: sucesivas relaciones monógamas de distinta duración. Nunca se me ocurrió que no era necesario ser monógama a partir del momento en que un hombre te metía la lengua en la boca. Sencillamente era así —sellada con saliva—, y yo no tenía experiencia suficiente para pensar que había otras opciones. Mi segundo y tercer novio —los dos «buenos chicos» y jóvenes «idóneos»— me dieron a conocer el orgasmo a través del sexo oral y me quedé colgada de eso, de sus lenguas, pero no tanto de ellos. El coito que seguía a eso sencillamente parecía una parte del trato. Y después de ellos hubo otros novios. Más de lo mismo.

La única vez que tuve una relación sexual no definida por la monogamia fue con un tramoyista que conocí en un bar. Melena rubia, vocabulario vulgar, tatuajes. Yo estaba tomando una copa con unos amigos una noche cuando se volvió hacia mí y me susurró: «Quiero que te sientes en mi cara».

«¿Cómo dices?», pregunté. No sabía de qué me hablaba. Él pensó que yo bromeaba, pero no era así. Así que me lo explicó. Tomé otro vodka, salí del bar con él y me senté en su cara. No lo había hecho nunca. Tenía unas manos grandes con las que me manejaba como si fuese carne, y de primera. Fue la segunda vez que supe lo que era estar con un hombre que no me «convenía», un hombre con quien sabía que no habría «relación». Follando con él, sentí la extraordinaria fuerza del choque con un ser totalmente ajeno a mí. No podía abandonarme con un igual, sino sólo con un hombre que fuera imposible.

Pero entonces me enamoré profunda, repentina y absolutamente del hombre que sería mi marido —fue como darme un golpe en la cabeza con un bloque de cemento, catacroc, y de pronto estaba en el altar— y los chicos malos quedaron desterrados. Ni se me ocurrió tener una aventura mientras estuve casada. Era impensable: quería demasiado a mi marido.

Él era mi destino, mi marido. Pero había pensado que eso significaba mi final, mi última parada, cuando en realidad era el comienzo, el maldito comienzo. Dios mío, cuánto sufrí. La profunda desilusión de que el gran amor de mi vida se estrellara en la pedregosa carretera de la realidad fue un golpe tan duro que mi conciencia no pudo sobrellevarlo, y menos aún comprenderlo.

Abandoné a mi marido después de diez años. Él ya no me veía, y ni siquiera supo que yo tenía ojo del culo. Me había retirado de la danza unos años antes debido a una lesión de cadera cuyos primeros síntomas aparecieron seis meses después de casarme. Ya veis, las malévolas señales de la vida. Según una amiga mía, es en las caderas donde una deposita la confianza en su cuerpo. ¿Paparruchas? Quizás. En cualquier caso, tanto la articulación de mi cadera derecha como mi confianza quedaron heridas.

Me volví insoportable, tanto para mí como para mi marido. Un alma en pena quejumbrosa, una ninfómana célibe con una maleta llena de motivos de resentimiento y lencería a juego. Hice una lista de cincuenta y dos de los primeros y me marché con lo último. Libertad. Miedo.

El masajista

Este lecho tu centro es, estas paredes tu esfera.

John Donne

Mi primera aventura empezó una semana después de acabar mi matrimonio. Es asombroso lo que pueden precipitar dos llamadas: una dio por terminada una relación de diez años, la otra permitió concertar un masaje de una hora que representó el inicio del resto de mi vida.

El adorable masajista. Ya me había dado dos masajes por mi lesión de cadera, y yo había contenido el aliento para disimular mi deseo: aún estaba casada. Pero llegado el siguiente masaje, ya no lo estaba, y di mi primer paso atrevido. Se le notaba demasiado profesional para insinuarse, así que decidí que eso me correspondía a mí. Planeé de antemano que si (¡ja!), me excitaba otra vez, diría algo hacia el final de la sesión, pero ¿qué? No quería pasar vergüenza, y el riesgo era grande.

Al final de ese tercer masaje, rebosante de una década de deseo sublimado, hablando en general, le pregunté:

—¿Tus clientas se excitan alguna vez?

—Sí —contestó, y se levantó de una silla al otro lado de la habitación para volver a la mesa donde estaba tumbada—. Pero yo paso.

Era joven y guapo, con grandes ojos azules y labios carnosos, pero el motivo de mi atracción no era eso, sino sus manos mágicas.

Me puso una bajo la garganta y yo perdí todo pudor y autocontrol. No se apartó, sino que deslizó la mano por debajo de la sábana. Durante las siguientes horas descubrí que su boca y su lengua irradiaban la misma corriente mágica que sus manos, y pensé que moriría del placer que me daba. Era un sueño de placer, de amor; sí, de amor, amor físico. Y sin follar, sólo chupando.

Cuando se fue, me sentía aturdida; nunca había estado tan receptiva. Mi clítoris había salido de la hibernación, ya no se escondía, ya no estaba asustado, sino que asomaba, buscaba contacto directo con el cielo. Por primera vez me sometí a mis propios orgasmos, intentando sólo sobrevivir a las contracciones, permanecer consciente a pesar de aquel placer aniquilador. Supe en ese preciso instante que la decisión de romper mi matrimonio y esos votos expresados ante Dios había merecido la pena. Sólo por esas dos horas había merecido la pena. Tenía la certeza, claro está, de que no volvería a ocurrir. ¿Por qué me sentía tan dichosa cuando también me sentía culpable? Culpa, placer, y el hombre imposible: los ingredientes del éxtasis sexual empezaban a ser evidentes.

Esperé la obligada semana, contando los días, y llamé para solicitar otro masaje, sin esperar nada, queriéndolo todo. Me sobresalté cuando sonó el timbre de la puerta: bañada, perfumada y obsesionada. Volvió a suceder. Otra vez, y otra, y otra más.

Un día propuso un par de reglas: había estado pensando, igual que yo, cómo conseguir que aquello ocurriera cuando no debía ocurrir. Él no jugaba con las clientas: yo era la primera, así que debía ser discreta, muy discreta. Por supuesto. La otra regla: nada de coito. Ningún problema. «Sólo vamos a jugar», explicó, y entendí en qué consistía en realidad el juego. Para mí, en cualquier caso, follar no tenía gran interés. Como mucho, era el pago por una buena lamida. Ahora la lamida era la única actividad. Y él nunca, jamás, en todo el tiempo que lo traté, se quitó los zapatos. Sus zapatos se convirtieron en nuestro mutuo indicador de que seguíamos dentro de los límites de la decencia. Más o menos.

Me enseñó la primera forma de sexo que me representé en palabras, que quise describir y conservar en palabras. Y así empecé a escribir. Cada vez que venía, y se marchaba, yo iba derecha a mi cuaderno y lo anotaba todo. Experimentaba un placer inconcebible, y plasmarlo en papel sería la prueba de que lo inconcebible existía.

Yo era consciente de que algo profundo me había sucedido: había dejado de ser la mujer insignificante, herida, dolida y desdichada de siempre para convertirme en el canal de un placer que era mucho mayor que yo misma, un placer del que no era dueña, pero que podía sentir. Y no podía experimentarlo en silencio. Tenía que contárselo a un público desconocido, indefinido. Quizás ese público en realidad era yo, mi yo ateo e incrédulo que oía hablar sobre la esperanza a mi yo sexual transformado.

Me besa el vientre, el interior de los muslos, el vello púbico. Al final, con una lengua muy suave, muy delicada, entra en contacto con mi coño, mi clítoris. Abro los ojos. Veo sus ojos preciosos, mirándome, con la boca hundida en mi coño. Separo las rodillas ciento ochenta grados, apoyo los pies a los lados de su pecho, aprieto el coño contra su boca, contacto, contacto, contacto. Se queda ahí largo rato. Tengo muchos orgasmos cortos, muy intensos. Mueve la lengua y la boca deprisa de un lado a otro; de pronto, se detiene en la punta, en mi centro, un punto diminuto donde se concentra la esencia de mis emociones, mi poder y mi amor. Mis piernas y mi vientre se convulsionan, se contraen, vibran. Durante estos momentos de liberación sé que no ha terminado. Poseída, estallo. Levanto el torso de la mesa una y otra vez, él mueve la lengua furiosamente, pierdo el control de las piernas, agito los brazos. Lloro, gimo, consciente de mis lágrimas de alegría como nunca antes, consciente de que alguien ha sido tan amable conmigo.

Cada vez que yo telefoneaba, daba y recibía placer. Su lengua en mi clítoris, suave y rápida, se convirtió en el centro del mundo. Y sus dedos por todas partes: sus dedos en mi clítoris, sus dedos en mi coño, sus dedos en mi culo. ¿Cuántos tentáculos puede tener un hombre? Dejé de darle propina. Pero compré un bono por diez masajes con descuento. Insistió, por su propio bienestar moral (y quizá también por el mío), en darme siempre un masaje, aunque en más de una ocasión el masaje llegó después de lo otro.

Me sorprendió lo mucho que me gustaba chuparle la polla. Era porque él antes me había demostrado amor y yo, agradecida, me arrodillaba ante él. Hice a ese hombre la primera buena mamada de

mi vida, una que me salió del alma y me hizo saltar las lágrimas. Era la primera vez que me sentí tan agradecida hacia un hombre.

Nunca nos vimos fuera de la habitación de mi apartamento. Nos quedábamos en el dormitorio, y sólo íbamos a la cocina para reponer líquidos y al cuarto de baño para lavarnos. El dormitorio era nuestro mundo. Nada de cenas, nada de citas, sólo llamadas para concertar un masaje. Como la lesión de la cadera había puesto fin a mi carrera artística, el seguro pagaba los masajes. Un seguro para la resurrección de mi deseo sexual profundamente dañado.

Estaba obsesionada con mi masajista. Intenté llenar el tiempo entre las sesiones, preguntándome: ¿vivía para verlo o lo veía para poder vivir? Con él aprendí que me siento más viva y soy más perspicaz e inteligente en plena actividad sexual. Y experimenté por primera vez la intensa belleza de disponer de un tiempo y un lugar reservados a un amante donde el placer sexual es el objetivo mutuo, el único propósito consciente. Al fin y al cabo, nunca se sabe dónde va a acabar una cena. Muy a menudo la conversación se va al traste y frustra la posterior posibilidad de sexo. Me gusta saber cuándo voy a tener una relación sexual: es algo demasiado importante para dejarlo al azar.

Los límites en torno a lo erótico… Mi teoría cobró alas. Una habitación, una cama, dos cuerpos, música, sin intrusiones. Ésta era la vida que deseaba explorar, y exploré, una vez por semana durante más de un año. «El marco es un límite que aísla herméticamente el objeto, de manera que todo lo que experimentas, todo lo que importa, está dentro de ese límite», escribió Joseph Campbell. «Es un espacio sagrado, y te conviertes en un sujeto puro para un objeto puro». La fealdad, comprendí, sólo entra en mi vida amorosa cuando lo hace la vida real. Los coches, las llamadas, las facturas, las hipotecas, la comida, la familia, los horarios, el dinero: todos éstos son temas de controversia y control, y destruyen el vínculo erótico.

¿Me amaba? ¿Fantaseaba conmigo? ¿Soñaba con ser mi marido? ¿Se preguntaba si yo veía a otros hombres y le molestaba? ¿Impregnaba yo todos sus momentos de vigilia? ¿Se preguntaba a quién saldrían nuestros hijos? Si la obsesión mental es la prueba del amor, dudo que estuviese enamorado de mí.

Pero me amaba mientras estábamos juntos. ¿Centraba en mí

toda su atención? ¿Era tierno y obsceno y encantador y se entregaba a mí por entero para multiplicar mi deseo? Sí, desde luego, en ese sentido me amaba. Y resultó que esa clase de amor era la que yo deseaba. Empecé a desconfiar de los hombres cerebrales, de los hombres que hablaban, y de las declaraciones de amor verbales. Uno no puede amar sólo con palabras. Eso yo ya lo había intentado. Dar y recibir palabras de amor, por ingeniosas y shakesperianas que sean, es una estratagema propuesta por poetas poco hábiles con la polla. Uno ama de obra. El lenguaje puede esclarecer y explicar y divertir, pero no te puede cambiar la esencia. La experiencia sí.

Yo estaba enamorada de él, por supuesto. Hasta que dejé de estarlo. No creo que el amor sea real sólo cuando perdura muchos años y está marcado por una alianza. Mi anillo de casada sólo me había recluido, arrebatándome en último extremo tanto la libertad como el amor. Para mí, el amor sólo existe en un momento elegido en el tiempo: no hay ninguna otra manifestación salvo la que está disponible en este preciso instante. Repetir esos momentos es la clave.

Pero el masajista no era real, decidí. Era sólo mi efímero ángel sexual que aparecía una y otra vez con su mensaje celestial en mi dormitorio a las horas acordadas. Tal vez, pensé en lo más hondo de mi alma no examinada, soy en realidad una chica convencional que sencillamente se salió de su órbita, y lo que necesito es un novio. Tal vez las masas supieran algo que yo ignoraba sobre los hombres y las mujeres y el amor y el sexo. Así que también intenté salir con hombres. Seis semanas por cabeza, sexo rápido, oral, pero cuando me follaban me sentía jodida en todos los sentidos y los despachaba, uno tras otro.

Entraban, salían, se apartaban, y yo me sentía utilizada y, encima, mal pagada.

Así que seguí llamando al masajista, y entonces pagaba yo. Era un trato mejor.

La decepción es un excelente maestro, siempre y cuando una sobreviva a los desgarros de su ideal romántico. Después de mi matrimonio, yo estaba predispuesta, abierta y furiosa, y nada de lo

que hacían los demás o proponía la «sociedad» en cuanto a la manera de relacionarse tenía para mí ningún mérito. Lo que sabía no me había servido de nada, así que podía probar cualquier cosa. Tenía, sobre todo, la valiosa experiencia de primera mano de que, en las «relaciones» desarrolladas en el marco de la «vida real», tarde o temprano se pierde la excitación erótica. No era una conclusión especialmente original, pero había llegado a ella por mí misma. A la vez, como soñadora que soy, estaba convencida de que tenía que haber otro camino. Ahora lo veía todo al revés: donde esté una mamada que se quite el amor.

Estaba descubriendo que si el escenario teatral me dejaba aturdida, temerosa e invisible, el escenario sexual, por el contrario, hacía aflorar en mí una teatralidad y un aplomo espontáneos que, supe, era mi auténtico yo, o al menos el que más me divertía. Así pues, como una científica del sexo, me dispuse a poner a prueba mis teorías, a adaptarlas a conveniencia, y a formular otras nuevas conforme evolucionaban. Ya lo había perdido todo, de modo que no tenía nada que perder. Así las cosas, oscilaba entre los experimentos con el pesadillesco compromiso con el sexo modoso y la emoción del sexo impúdico sin compromiso: coge tu tantra y métetelo por el *yoni*.

Sólo dos normas regían mi conducta. Una era sexo seguro sin excepción: me convertí en la Reina de los Condones. La segunda era la importancia del control de calidad. Si el sexo no es extraordinario, o al menos fascinante, apéate, déjalo, cambia de marcha y toma otra dirección sin discutir apenas. A consecuencia de ello, había muchos cuerpos desechados flotando en el foso en torno a mi castillo, pero el puente levadizo siempre estaba bajado, invitando a nuevos especímenes a mi laboratorio. Venían en tropel.

Nochevieja

Un año después. Una bailarina pelirroja, menuda, de aspecto prerrafaelita, coqueteaba sin cesar conmigo en el gimnasio al que iba. Se dio cuenta de que yo también era bailarina: esbelta, la carne prieta, una gran presencia. Yo nunca había estado con una mujer, aunque me lo había planteado muchas veces. En realidad, me parecía algo muy, muy lejano. Pero no estaba ni mucho menos tan lejos como yo creía. Ella intentaba, me contó, ligarse a cierto Joven, que también iba al gimnasio de vez en cuando, pero aún no lo había conseguido. Acababa de salir de una relación de convivencia decepcionante que había durado siete años. Heroína, mentiras, otras mujeres. Su masoquismo mental, igual que el mío, necesitaba una tregua.

Un día, mientras yo hacía estiramientos sobre una colchoneta en un rincón, vi cerca al Joven en cuestión, descansando entre un ejercicio y otro. Hasta ese momento apenas había reparado en él. Era retraído, callado y se relacionaba muy poco con los demás. Sentada, estirándome hacia los dedos de los pies, le pedí que me diera un empujón en la espalda. No era una insinuación sexual; quería un empujón. Me lo dio.

Me tocó con las manos en el centro de la espalda, las deslizó hacia arriba y hacia abajo, apoyándolas en mi carne firme, y yo me distendí, incluso dejé escapar un pequeño gemido. No hablamos. Sólo la presión en mi espalda de sus dedos fuertes, que movía arriba y abajo deliberadamente. El tiempo se detuvo hasta que apartó las manos y yo levanté la cabeza, sonrojada y con los ojos brillantes, como si acabara de correrme.

Nos miramos y, en silencio, nos levantamos, salimos por una puerta de incendios a un pasillo desierto, y lentamente nos fundimos el uno en el otro, yo con la espalda contra la pared. Sin

palabras: sólo ojos y una corriente eléctrica de voltaje europeo. Tanto poder en las manos de un hombre. Debe de ser, físicamente, una especie de fuerza vibratoria, una danza quijotesca de un millón de moléculas. Tocaba con firmeza, sin ningún miedo, y a la vez con gran ternura. Y humildad. Se me empezó a contraer involuntariamente el vientre, y él empezó a temblar a través de su fuerza. Sucumbiendo, nos deslizamos por la pared hasta el suelo, atónitos. Nunca había sentido un impacto tan inmediato al contacto de un hombre, y mucho menos de un desconocido. Ni siquiera sabía su apellido.

Era el día de Nochevieja. La pelirroja nos había invitado a los dos a celebrar el cambio de año en su casa. Todavía bajo los efectos de su campo eléctrico, acepté. No tenía ningún otro plan. Él tampoco. ¿Sería con él? ¿Con ella? ¿Con los dos? No lo sabía, pero estaba más que dispuesta a averiguarlo. Así pues, el destino nos presentaba tres posibilidades.

Quedamos en casa de la pelirroja a las diez y media. En fin, aquella mujer sabía crear ambiente como si hubiera nacido en un harén. Cortinas rojas de terciopelo, no sólo en todas las ventanas, sino además dividiendo las habitaciones; accesorios dorados por todas partes; ninguna luz eléctrica, sólo velas e incienso como en una iglesia católica; música sugerente que salía de unos altavoces invisibles; macetas con palmeras; desnudos de ella misma en distintas poses teatrales en las paredes; y espejos, espejos por doquier: el nirvana de un narcisista. Ya empezaba a aprender de esta mujer, a aprender sobre mí misma, a aprender lo que me gustaba.

Tras beber champán en copas de cristal a medianoche, acabamos en una alfombra persa sobre mullidos cojines viendo a Fred Astaire en *Sombrero de copa*. El Joven no la había visto. Esa noche tampoco la vio. Él y yo fuimos los primeros en tocarnos, restableciendo el lazo de unas horas antes. Cuando nos tomamos de la mano, ella nos miró como un gato de Cheshire y, lentamente, se entrelazó también a mí, abrazándome las piernas.

Poco después conspiraron para desnudarme, hipnotizando mi cuerpo con su contacto. Cuatro manos, dos caras, hombre y mujer, apremiantes, amorosas, sexuales, acariciantes, me arrastraron en oleadas de amor. Con delicadeza, se disputaron mi coño; él llegó

primero, pero ella lo apartó. Era un placer ilegal. ¿Qué tiene de malo que las chicas estén con chicas? Nada en absoluto. Pero yo quería correrme en la boca de él, y con un único movimiento, atraje su cara hacia mí. Mientras le daba todo lo que tenía y un poco más, Fred seguía girando con su sombrero de copa en la pantalla en blanco y negro sin sonido.

A continuación, la pelirroja y yo lo desvestimos. Él se dejó, predispuesto y erecto. Ella y yo nos reunimos como buenas amigas en torno a su polla, dura, grande y hermosa. Cuatro manos, dos bocas. Cada pocos minutos, el Joven levantaba la cabeza para contemplar la escena: dos ángeles orando juntos ante su altar vertical. Ponía los ojos en blanco, y, con una sonrisa y un gemido, se echaba de nuevo, sumido en su placer. Pero no se corría. Ella hizo algún comentario sobre su aguante. Él dijo que siempre había sido así. Ella parecía saber mucho de pollas y coños, y yo lo asimilé todo. Él era uno de los afortunados, dijo ella, un hombre que de verdad podía proporcionar a una mujer todo un viaje. Más tarde averigüé por mi cuenta qué clase de viaje era ése.

Poco después, la pelirroja anunció que estaba cansada y se iba a la cama. Nos enseñó un futón que se extendía sobre la alfombra persa, nos dio a los dos un beso en la frente, dejó dos condones y una botella de agua al lado del futón y desapareció en su dormitorio. Era nuestra hada madrina, había percibido algo entre nosotros, lo había visto y había dado su aprobación, incluso lo había propiciado, pese al hecho de que ella había deseado antes al Joven. Ninguna mujer había hecho eso por mí. Adoré a la pelirroja y su casa de espejos freudianos.

Y entonces empezó el verdadero prodigio. Hasta ese momento no habíamos follado. De pronto el amor se derramó del cuerpo de aquel hombre como aceite. Cuando me penetró, lo supe. Lo supe sin más. Él follaba con amor, no con frenesí; con ternura, no con ira; con serenidad, no con desesperación. Lo que su polla podía hacer por mí parecía ser la pregunta a la que él respondía. Hizo mucho por los dos. Al fin un polvo que me gustó. Un año nuevo, un mundo nuevo.

Lo vi una vez más, a él solo, antes de que se fuese dos semanas a Europa, pero sencillamente no tuve el valor para amarlo, así que me busqué uno de esos novios pasajeros: monogamia, salidas de fin de

semana, cenas, amigos, planes. Cuando el Joven regresó, me telefoneó, y le dije que tenía novio, que no podía verlo. Era demasiado bueno para ser verdad, pensé, así que en su lugar elegí a un hombre celoso e insignificante a quien ni siquiera le gustaba comerme el coño. ¿Por qué? Me odiaba a mí misma, carecía de fe y temía lo hermoso: el divorcio puede volver loco a alguien. Pero cuando ese novio fisgó en mi diario una mañana, seis semanas después, y se encaró conmigo con pruebas innegables —había besado al Joven en el gimnasio y lo había escrito—, lo despedí en el acto, y mi indignación era mayor que la suya. Nunca volví a verlo.

Así que seguía saliendo con unos hombres (cenas) a la vez que follaba con otros (sin cenas). Estaba aprendiendo mucho, o al menos dos cosas: prefería el sexo con el estómago vacío, y comer sola con un buen libro.

Los hombres

Aun tomando conciencia de todo esto, cuesta romper con las convenciones, y seguí, pues, probando novios, a quienes acababa guardando un profundo rencor por permitirme caer en mi propia trampa. Pero entre estos fracasos desencaminados hubo unas cuantas aventuras divertidas. Como la del actor y modelo de los bañadores Jansen, que era guapísimo pero que, al mirarme con sus arrebatadores ojos azules, sólo parecía ver su propio reflejo. Fue la primera vez que identifiqué en un hombre un narcisismo indudablemente mayor que el mío, y me pareció muy poco sugerente. Tenía una polla enorme y, supongo, impresionante, pero olía a antiséptico y me alejé. El corpulento vecino que se parecía a Nicolas Cage era un poco gilipollas, pero follaba tan despacio que me hizo llorar ante el prodigio, ante la tristeza. Luego vino el otro vecino, el motero. Nunca había estado con un hombre Harley; nunca lo había hecho en una Harley, encima de una Harley. Perdí un pendiente que me encantaba. El repartidor de periódicos, una monada: el tópico era demasiado bueno para resistirme. Y nunca fallaba en el reparto.

Intenté volver con un antiguo novio. Un gran amigo, no un amante. Luego estaba el hombre que me sujetó firmemente con un brazo, metiéndome la lengua en la boca, apretando la polla vertical contra mí mientras hacía señas desesperadas con la otra mano a un taxi para que se me llevara. Ésta se ha convertido en mi imagen preferida de la ambivalencia masculina.

También estuvo el mago que podía sacar mi jota de corazones de un bloque de cemento sólo segundos después de dárselo pero que, asombrosamente para un prestidigitador, no habría sabido comer un coño aunque le fuera en ello la vida. Los talentos varían. Un aspirante a Paul Newman me encontró en un Starbucks y me atrapó

con la mirada. Era capaz de eyacular, seguir empinado y volver a correrse, a menudo tres veces seguidas. Extraordinario. Me preguntaba si eran tres orgasmos seguidos, o si sencillamente había aprendido a graduar uno grande para impresionar a las chicas. Incluso intentó alcanzar el rango de novio, pero sus paternalistas palmadas en el culo me sacaban de quicio. Una noche en que habíamos quedado, me pidió nada más llegar que le colgara en el armario la camisa limpia para la mañana siguiente, y supe que había acabado con él. ¡Qué presunción! El sexo no incluye el desayuno.

Afortunadamente, los chicos guapos —altos, esbeltos, tonificados, considerados, afectuosos, llenos de poesía y música— nunca se planteaban quedarse a dormir, pero tampoco sabían follar. Sentí curiosidad por dos hombres aficionados a los pies. Al chupar, besar, frotarme los pies calzados con zapatos de tacón de aguja, conseguían erecciones duras como el acero. Pero ¿era por mí o por mis zapatos? Debo decir que tengo unos zapatos fantásticos. Los dos tenían pollas enormes —más o menos de la longitud de mis tacones, curiosamente—, lo que descartaba mi errónea sospecha de que su fetiche fuera compensatorio.

Un encantador joven francés sacó la polla más gruesa que he visto de cerca en la vida. Arrodillado encima de mí, blandió la colosal protuberancia ante mi boca y dijo: «Chúpamela, chúpamela», con un marcado acento francés. Era del tamaño de una mazorca de maíz. Yo estaba aterrorizada. No le cabían los condones, se le desenrollaban hasta la punta como una mala jugada que me hacía gracia. Al final, le coloqué uno a lo largo de siete centímetros dejando buena parte de la polla al descubierto y echamos un polvo con esos siete centímetros.

Después de analizar detenidamente las pruebas de mis aventuras sexuales, llegué a la conclusión de que no me gustaba el coito. El Joven había sido una rara excepción. O bien no la tenían muy grande y yo apenas sentía nada, y el acontecimiento en sí me sabía a poco —la princesa y el guisante—; o bien la tenían tan grande que me dolía y mi ira aumentaba con cada embestida hasta que me invadía una rabia monstruosa.

Además, follando, casi nunca tenía un orgasmo salvo con un hombre que me obligaba a ponerme encima y correrme por mi

cuenta. Él se quedaba allí inmóvil, con el cuerpo y la polla rígidos, y yo seguía sus instrucciones y me frotaba el clítoris contra su hueso púbico, pero eso, pensé, no era correrse en el coito; eso era masturbarse con un consolador vivo. Sus órdenes acabaron molestándome hasta el punto de que mi única defensa, irónicamente, fue no correrme. Todos los hombres que me follaban se exponían a mi desprecio, y la mayoría lo conseguía. Los más inteligentes mantenían las distancias e insistían en la amistad, en tanto que los arrogantes se abalanzaban en busca de su gran satisfacción y eterno pesar. Estaban asimismo, claro, los románticos, convencidos de que querían una mujer como yo, pero en realidad no era así, no en cuanto conocían mi versión del romanticismo.

¿Acaso era yo lesbiana y perdía el tiempo con los hombres? Me encantan las mujeres guapas, femeninas y brillantes; si yo era contraria a la penetración y tan centrada en el clítoris, tal vez tenía que tirar por ahí. Pero la conquista de hombres —o más bien mi rencor hacia ellos— siempre me ha parecido un desafío mucho más interesante. Imagino que, en último extremo, toda mujer quiere una polla entre las piernas. La pregunta es: ¿quiere una propia, o puede tolerar una de hombre?

Bragas exiguas

Quizá no sea una sorpresa, dados mis antecedentes en los escenarios, que los accesorios, trajes y ceremonias se convirtieran cada vez más en componentes esenciales de mi nueva y ampliada vida privada. Mi cama se convirtió en el escenario de un intenso drama humano conocido como juego sexual. Por las representaciones en público sabía que el artificio, la ambientación y el ritual podían arrastrar al participante a un estado de verdad y belleza de manera mucho más eficaz que las ideas o las buenas intenciones. En mi dormitorio, donde cambié el tutú por el corpiño, la tiara y las zapatillas de ballet por las vendas en los ojos y los zapatos de tacón de aguja, la lógica poética era evidente. Y las bragas sin entrepierna, que dejan a la vista el coño, encajan a la perfección (siempre encajan) en la tragicomedia en la que se había convertido mi vida sexual. Esta prenda íntima tan infravalorada y pasada por alto se ensalza tan rara vez, si es que se menciona, que me permitiré una breve digresión para corregir este enorme descuido.

En tanto que el tanga se ha elevado a una categoría sexual muy superior a su utilidad real, la braga sin entrepierna cumple con su cometido, al menos en lo que se refiere a mi clítoris. De hecho, las primeras las compré —optimista y tristemente— cuando aún estaba casada. Unas de tipo bikini, negras, transparentes, sin nada entre los elásticos de las perneras. En cuanto las vi —colgadas de una percha de seda roja en un sex shop que visité en Copenhague cuando estaba de vacaciones— me recorrió una oleada de calor. Vaya, otro recuerdo danés para llevarme a casa junto con mi estatua de la Sirenita sin entrepierna. Pero esta solitaria prenda acabó acumulando polvo en el fondo de mi cajón de ropa interior, hasta que la encontré, lavé y resucité en mi nueva vida de soltera, años

después. La primera vez que me las puse para un amante necesité cierto valor. Pero recibieron una respuesta muy alentadora. Necesitaba otro par. Pero ¿dónde comprarlas?

Las bragas sin entrepierna suelen encontrarse en los sex shops y, de vez en cuando, en pequeñas cantidades, en
Frederick's
of Hollywood, donde la variedad también es muy limitada. A pesar de sus excitantes prendas,
Victoria's
Secret no alcanza a ofrecer braguitas de puta con rajas en la entrepierna. Pero, en realidad, ¿dónde está
Victoria's
Secret? Desde luego, no en su razón social de Ohio. Supongo que es ahí donde los maestros de la supervisión de los límites entre la decencia y la vulgaridad trazan la línea para conservar su legitimidad. Sin embargo, los sex shops tienen otra reputación que mantener, y están bien abastecidos. A un precio medio un poco superior al clásico tanga de algodón, pero muy inferior a las naderías de La Perla, estas maravillas sin entrepierna sin duda te dan más marcha a cambio de lo que pagas.

Las bragas sin entrepierna son en realidad pequeñas obra de arte, y el arte está obviamente en los detalles, o en la cuidadosa ausencia de detalles. Son, en suma, marcos para un coño, de ahí su gran potencial para los amantes; incluso también sirven para guiar a los que tienen dificultades de orientación hacia el centro del campo de juego.

Contra lo que piensa la gente, las hay de muy distintos estilos, cada una con su propio encanto. En estos momentos tengo de cinco estilos diferentes, y algunas de las favoritas repetidas.

Está el estilo bikini de aspecto muy normal —las mías son moradas— que, al examinarlas de cerca (cosa que al fin y al cabo es la intención), lucen una pequeña y picara raja orlada de encaje negro, de unos siete centímetros, en medio de la entrepierna que básicamente constituye un Glory Hole[1] para una lengua exploradora o una polla. En su aparente inocencia, éstas son en cierto modo las más obscenas del surtido, pero tal vez no… Están las negras transparentes que llevan el concepto de raja hasta el infinito: la raja, orlada de cinta roja, va desde la cinturilla de

delante hasta la cinturilla de detrás. En realidad son unas bragas muy prácticas, que dan acceso al clítoris, el coño y el culo, aunque con las piernas juntas ofrecen un aspecto bastante decente.

También tengo unas de niña pequeña: blancas con diminutas rosas. Desde un punto de vista estilístico, son un tanto complejas. Si bien conservan la habitual cinturilla de una braga, se ha suprimido toda la entrepierna, dejando sólo dos deliciosos y pequeños elásticos entre las piernas sin nada de nada excepto el propio joyero. Con esta clase de bragas, el vello púbico cuidadosamente recortado por delante adquiere un marco triangular realmente encantador, y me gustan especialmente los minúsculos lazos de color rosa que decoran los puntos cruciales donde se encuentran la piel y la tela. En conjunto, este diseño, la braga sin entrepierna propiamente dicha, es quizás el más elegante de todos, pero también les tengo cariño a unas muy divertidas claramente inspiradas en un tutú. Con una tira de tanga entre las piernas y un ingenioso volante de gasa negra semejante a un pequeño tutú en torno a la cintura, son francamente adorables.

Pero la mejor de todas, mi preferida, es la Mariposa. Las tengo en negro y en rosa pastel. Son las más caras, y la razón es evidente: son las que tienen menos tela. Estas diminutas y delicadas obras de arte encarnan la gran ironía de esta peculiar prenda: son unas bragas sin entrepierna con clase.

De estilo minitanga, la zona púbica superior está diseñada y tejida en forma de mariposa con las alas extendidas y salpicadas de cuentas y lentejuelas. Me encanta el brillo, la pompa y la circunstancia en torno a mi coño; si pudiera, llevaría cortinas de terciopelo rojo con borlas doradas en los alzapaños entre las piernas. Pero lo verdaderamente irresistible de estas bragas en particular reside en las dos finísimas tiras elásticas que enlazan las alas inferiores de la mariposa con el centro de la delgada cinturilla por detrás. Bien colocadas, encima de los labios exteriores del coño, tiran ligeramente hacia arriba, acentuando visualmente por delante el nacimiento de la raja.

Pero un día esas dos pequeñas tiras resbalaron y —*oh, la, la*— demostraron una vez más que el azar aguza el ingenio. Con esos elásticos bien colocados dentro, a ambos lados del clítoris y el capuchón, la mariposa alzó el vuelo. Dios mío, Dios mío, Dios mío,

¡qué sensación! Y ofrece una imagen que supera con creces la de una reina del porno, como la cumbre del arte elevado, como un Modigliani de Mondrian.

Estar enmarcada, colocada y expuesta así y luego que un amante encuentre su objetivo… En fin, podría correrme ahora mismo sólo de pensarlo. Creo que por lo menos es respetuoso utilizar esas diversas y encantadoras prendas sin entrepierna para ayudar e inducir a aquellos hombres cuyo único objetivo es mi clítoris y cuya única recompensa es también mi clítoris.

Bajarse al pilón

En los primeros años de mi matrimonio descubrí que el gran antídoto para un mal polvo —o para la ausencia de polvos— es la fantasía, y que la gran ayuda a la fantasía es el Pilonero: el hombre que se desvive por comer el coño. Toda mujer debería tener al menos uno; puede reparar años, incluso siglos, de arremetidas patriarcales. Hay que agradecer, pues, que la liberación de la mujer haya producido toda una generación de esta clase de hombres: el masoquista masculino que ahora puede disfrazarse, legítimamente, de hombre feminista, de lesbiano. Se los puede identificar por todas partes en las esquinas de las calles. Y yo os digo: «Chicas, pillad a uno y ponedlo a trabajar».

El masajista me había enseñado a considerar que mi orgasmo, no el suyo, era el acontecimiento principal, a permitir que el sexo oral compitiese felizmente con el coito, e incluso lo desbancase. Al fin y al cabo, para las mujeres el cunnilingus es una forma de placer mucho más fiable. Es una lección difícil de aprender para una buena chica, sobre todo con tantas pollas por ahí reclamando atención. Los piloneros ayudan. Y también las bragas sin entrepierna. A decir verdad, con un pilonero tenaz las bragas sin entrepierna adquieren su verdadera razón de ser.

Primero como buena chica, luego como mujer casada que no se atrevía siquiera a imaginar el sexo con nadie aparte de su marido, mis fantasías habían sido bastante pobres. Pero tan pronto como apareció el masajista y se convirtió en una fantasía en la vida real, ese poderoso mundo se abrió y mis deseos salieron a borbotones.

Todas esas escenas no vividas me enseñaron mucho sobre mí misma. Estaba la mujer rica que paga por el cunnilingus, y yo pagué, a tocateja. Estaba la chica vulgar con tacones de diez centímetros y un prodigio sin entrepierna: «¡Lámeme los zapatos!

¡Límpiamelos a lengüetazos!».

Y luego estaba la virgen vestida de algodón blanco Victoriano cuyo padre rico paga al «sanador» para que le proporcione su primer orgasmo: es la única manera de salvarle la vida, ya que, por supuesto, tiene una enfermedad mortal. Ella se resiste con todas sus fuerzas, haciéndose la dormida y la frígida, y se corre en un orgasmo que es como una impetuosa avalancha, arrancada de las puertas de la muerte por la caricia de una lengua anónima.

Las fantasías de puta eran prolíficas y mis honorarios exorbitantes. Me fascinaba que el hombre que aparecía en estos encuentros calenturientos fuera muy a menudo casi repugnante físicamente: un hombre–bestia. Por lo general aficionada a la belleza, esta situación inesperada me dio mucho que pensar. Llegué a la conclusión de que toda mujer debe tener un hombre —real o imaginario— con quien ser una puta, para quien ser una puta. Sin embargo, por desgracia siempre he deseado ser la nena tontuela de un hombre. No me refiero a comportarme como una putilla o que sólo me deseen por el sexo, aunque son dos objetivos excelentes. Me refiero a que el sexo sea por un beneficio —ya sea económico o cualquier otro— más que por el deseo físico. Si una mujer se ve impulsada por un anhelo físico, es vulnerable; con un hombre–bestia, obviamente, conserva su poder. Pero eso no es lo más interesante.

También descubrí que el sexo imaginario con un hombre a cambio de algo es de lo más excitante. La puta que una lleva dentro se ejercita a fondo, por así decirlo. Vender la sexualidad, por propia elección, libera los deseos de una mujer de las incriminaciones, restricciones y represiones propias de una buena chica que proliferan cuando una está «enamorada». Y he aquí la paradójica sorpresa: el amor brota en forma de gratitud en un torrente de una increíble energía sexual sin censura. Con los hombres–bestia fruto de mi fantasía conseguía orgasmos que estaban, en último extremo, exentos de toda culpa; era, al fin y al cabo, mi trabajo. Veréis, tengo una ética del trabajo impecable, mientras que en asuntos del corazón ignoro por completo mis derechos, y más todavía su aplicación. Cuando el sexo se convierte en mi trabajo, tengo las de ganar, y encima con dinero en mano.

Descubrí que si dejaba volar estas distintas fantasías sin censura,

revelarían partes de mí que de otra manera quedaban por completo ocultas. Me interesó en especial ese breve instante previo al momento de inevitabilidad orgásmica. ¿Qué pensamiento, qué dinámica, qué imagen causaría la pérdida de control final, mágica? Ése era el momento central que parecía unir la conciencia con lo divino, y con mucha frecuencia vi que este camino noble estaba inspirado por actividades totalmente putescas (véase más arriba, y más abajo). Este encuentro de las galaxias en las cloacas aún me fascina.

Aprendí, por ejemplo, que a menudo alcanzo el punto de la inevitabilidad si me inspiro en una imagen o un pensamiento extremo como «último recurso» que me muestra a mí, mi coño, mi clítoris, como lo más expuesto, lo más visto, lo más vulnerable. La pérdida de responsabilidad —yo no tengo la culpa— lo consigue siempre.

Mi fantasía con el ginecólogo funciona muy bien: yo soy el conejillo de Indias, por unos honorarios de quinientos dólares —necesito realmente el dinero; sólo es por el dinero— en el último semestre de clases para los estudiantes de medicina de final de carrera. Estoy detrás de una gran sábana blanca, haciéndolo sólo por la pasta, despierta, y sobre todo: esto es trabajo. Al otro lado de la sábana, mis pies están en unos estribos, los muslos separados y mi coño abierto para la exhibición. El médico que da la clase primero usa un apuntador para señalar a los diez estudiantes la anatomía sexual femenina. Luego, el muy sinvergüenza, empieza a usar los dedos para explicar mejor los detalles. Y todos esos estudiantes, de ambos sexos, miran atentamente mi chocho rosa y afeitado, mientras yo leo la sección de cultura y ocio del *New York Times* al otro lado de la sábana, indiferente y anónima, sin sentir nada… o eso creo.

La última clase se dedica al clítoris y la excitación sexual femenina, y el médico propone que, para un conocimiento completo, cada alumno se acerque y dé una única y bien merecida lamida antes de la hora del almuerzo. A esas alturas yo estoy un tanto distraída y me pregunto por qué el *Times* no trae el horóscopo, y entonces el buen doctor remata la faena, demostrando a todos esos jóvenes que es un médico experto. Ahora ya sé mi horóscopo: es un «buen día», lleno de «oportunidades insólitas» con una

«tentadora oferta» de un «empleo lucrativo que promete una inesperada recompensa personal».

En cuanto al anonimato y el sexo: considero una actitud muy corta de miras despreciar el concepto de sexo «anónimo» —real o imaginado— por considerarlo «impersonal» y por ser un vergonzoso indicio de «cuestiones íntimas» no resueltas. Esto es un terrible malentendido basado en el mundo posfreudiano, donde la «individualidad» y la «autoexpresión» se han elevado a un rango inmerecido que nos obliga a cargar con el peso de «ser una misma» a todas horas. ¿Quién puede ser «una misma» durante el sexo? Yo no.

En el anonimato reside la libertad de la opresión: de la personalidad del otro miembro de la pareja y de las exigencias del propio ego. Las vendas en los ojos son tus amigos, que ocultan tu vergüenza y la identidad de tu amante demasiado humano. El sexo anónimo no tiene que ver con evitar nada. Para mí, tiene que ver con una especie de grandiosidad inocua: cuando soy anónima, existo como algo mucho mayor que mis detalles particulares. Me convierto en un arquetipo, un mito, una diosa de Joseph Campbell que se abre de piernas para beneficio de toda la humanidad hasta el fin de los tiempos. Esta generosidad imaginaria me reporta los orgasmos más intensos.

Un heroico pilonero se acercaba, me comía, muy, muy despacio, retándome a no correrme. A veces yo aguantaba más de una hora. Es maravilloso estar en la posición de intentar resistirse, no de rezar para correrse. Él deseaba una cosa en especial: lamerme el culo. Vale, decía yo, adelante. Pero no sólo me lamía el culo, me follaba el culo con la lengua, algo de verdad impresionante; hasta la fecha nunca había sentido una lengua a tal profundidad. Él no se quitaba la ropa, y tenía el buen gusto de no besarme en la boca.

Sin embargo, existe un riesgo con los piloneros. A veces, pierdo mi respeto cuando un hombre se muestra tan deseoso de lamerme el coño que sé que se entrega a la necesidad de complacerme más que a su verdadero amor por el coño. Eso me incomoda. La intención lo es todo, y yo la siento en el clítoris. Para mí, es más importante que un hombre ame el coño en general que el mío en particular. Al fin y al cabo, si le gustan todos en su conjunto, el mío es un tanto en su haber. Pero si a un hombre sólo le gusta el mío y no todos los

demás…, en fin, sencillamente no me fío de él. Con esa clase de hombres he aprendido a guiar mi orgasmo con la fantasía, y, al igual que él, jugar al juego de la utilización. Mientras lame furiosamente, entregándose a su codependencia, repaso en mi agenda a todos los hombres que he conocido, todos presentes entre el público, sus erecciones perforando el aire, observando a éste mientras pasa la lengua por el altar que todos ellos aún codician. Siempre me surte efecto.

Es mi altruismo, no mi narcisismo, lo que fomenta esta fantasía. Al fin y al cabo, un hombre puede adquirir grandes conocimientos en la fuente del orgasmo de la mujer: cómo reducir la velocidad, acelerarla, ser constante, ser variado, ser insistente, ser imprevisible, ser paciente, ser escandaloso, ser generoso, ser ingenioso. De hecho, no hay nada de valor, en sentido filosófico y práctico, que no pueda aprender si es capaz de convertir el delta de Venus en el Vesubio.

La mayoría de los hombres lamen y chupan y beben un coño, y no me quejo. Pero raro es el hombre que lo hace con toda la conciencia puesta en la lengua. Es esta conciencia la que conmoverá a una mujer; cuando la conciencia de ella —en su clítoris— se encuentra con la de él, el orgasmo señala su unión. En última instancia, es aquí —o más bien allí abajo— donde un hombre aprenderá a ser ganador o perdedor, tanto con las mujeres como en la vida.

La Trinidad

Si el tradicional polvo a dos siguió siendo un campo de minas para mí, el polvo a tres continuó siendo una delicia. La pelirroja prerrafaelita preparaba encuentros, y durante un año los tres nos reunimos más o menos una vez al mes con espontánea regularidad. Yo volvía a mis amantes de Nochevieja una y otra vez, ávida de amor y libertad: un dúo que, hasta ese momento, para mí había sido imposible. En el evangelio gnóstico de santo Tomás, Jesús dice:

> «Cuando hagáis de los dos uno, y hagáis el interior como el exterior y el exterior como el interior y lo de arriba como lo de abajo, y cuando establezcáis el varón con la hembra como una sola unidad…, entonces entraréis en el Reino».

Un día me aventuré a bajarme al pilón de la prerrafaelita. Por primera vez. Aterrorizada. Curiosa. Deseaba ver su placer a fin de conocer el mío. Era pelirroja auténtica. Comer un coño cuando se es una mujer heterosexual es abrumador. Enfrentarse por primera vez a un coño desde tan cerca —desde ese ángulo nunca puedes acercarte tanto al tuyo— es como mirar el narcisismo a la cara con un sonoro «¡Sí!». Profundo. Húmedo.

A veces resulta muy difícil ser una misma en la vida sexual propia. Con otra mujer, la identidad de una mujer recibe una sacudida brutal: ella es yo, yo soy ella, su placer es el mío, el mío es el suyo. La fuente, el centro, el origen de la raza humana se convierte en tu única perspectiva. Establecí un lazo con mi propio sexo y aprendí a amarme. También desarrollé una nueva compasión por los piloneros. Un coño es un paraje agreste y acuoso de colinas

y valles y barrancos y poderosos agujeros que lo absorben a uno como arenas movedizas. Una vez dentro, no puedes escapar. Una lamida es un acto de valentía.

En cambio, la pelirroja se mostraba menos vacilante, y me comía como una mujer que sabe lo que hace. Traviesa, considerada e implacable. Sus dedos se me antojaban lenguas, su boca chupaba como la de un bebé. Yo me resisto a los dedos de los hombres. Demasiado toscos, demasiado grandes, demasiado rápidos. Levanto mi escudo protector, mi clítoris se esconde. Mis orgasmos con ella eran largos, francos y libres.

La siguiente Nochevieja volvimos a quedar los tres, y ella tenía una sorpresa para nosotros: su hermosa amiga belga, que lloraba la pérdida de su amante, una estrella de rock. Uno, dos, tres y cuatro, tres de uno y uno del otro. Ella y yo y él… y ella. Hice un *striptease* al son de Led Zeppelin, evolucionando alrededor de las exuberantes cortinas de terciopelo verde en la puerta de su tocador: una especie de Vivian Leigh enloquecida en *Lo que el viento se llevó*.

La belga era tímida, pero no se intimidó. La pelirroja y el Joven cruzaron miradas maliciosas, y sin darme cuenta me vi de pronto en la cama al lado de la hermosa belga; él me devoró el coño mientras la pelirroja se lo comía a ella. Miré a mi izquierda, y capté la mirada de la belga y le cogí la mano. Me sentí muy segura. Después él y yo, tumbados boca arriba, bajo el culo blanco y suave de la belga arrodillada, la lamimos por turno. «Cómela», dije, y lo observé mientras él hundía la cara en el coño y lamía y bebía, otro coño. Me llenó de júbilo. Más tarde sacamos otro futón y nos dormimos, los cuatro, uno al lado del otro. Por la mañana me monté en su polla dura mientras las otras dos miraban, la belga cogiéndole la mano mientras follábamos por ella, por nosotros. Amorosos y calientes… como el infierno en llamas. Era el día de Año Nuevo. Así era mi vida de soltera.

El Joven y yo también follábamos solos. Pero cuando la pelirroja me contó que ella lo había seducido sin mí, no me gustó; no, ni un pelo. Nuestra relación era legal y democrática —nosotros tres no

teníamos reglas—, pero me sentó fatal quedarme fuera de la fiesta. Y me sentó fatal, en mi nuevo arrojo sexual, experimentar algo tan vergonzoso como los celos. Nunca antes había sentido ese dolor en particular, ya que sólo había estado con hombres fieles. Los tres nos encontramos en casa de él e intentamos hablar de lo que me hacía daño.

Yo jugaba con fuego, eso sin duda, pero era un fuego tan brillante que no pude, o no quise, reconocer la advertencia que acababa de recibir. En medio de todo el éxtasis prohibido del que disfrutaba, lloraba aún habitualmente por mi matrimonio, y aún interpretaba toda forma de dolor como debilidad emocional. Estar celosa me parecía aburridísimo, burgués. Seguramente superaría ese sentimiento con la práctica, con la debida actitud bohemia.

Ellos contrarrestaron mi miedo —mi miedo a perderlo a él, a ella, nuestro triángulo mágico— declarándome los dos su gran amor. Yo les dije que también los quería… y que deseaba verlos follar. Le puse el condón a él e, inclinada sobre su espalda, guié su polla entre las piernas de la pelirroja y dentro de ella. Los dos miramos a la delicada y menuda pelirroja mientras él la follaba, y me vi a mí misma, pálida, vulnerable y perforada. Pero yo también era él, follándola con una polla grande y hermosa, montada en su espalda mientras él palpitaba dentro de ella, de mí.

Más tarde me tendí de espaldas y ella se colocó sobre mí, pequeña, blanca, frágil. Pecho contra pecho, boca contra boca, juntamos nuestros coños, pelirrojo y moreno, el suyo mío, el mío suyo. Situándose encima de ella, él me penetró, seis piernas unas encima de las otras. Contemplé sus caras mirarme sonrientes mientras él me follaba. Los abracé a los dos y supe que ése era uno de los grandes momentos de mi vida, sintiéndome abrumada, inmersa en amor. Él es yo es ella es él, y retozamos, follamos, rezumamos, nos reímos, existimos.

Este sándwich sexual se convirtió en la imagen de mi teoría definitiva de nosotros tres. Él y yo profundamente conectados, siendo ella nuestra partera, nuestra intermediaria, nuestro catalizador, nuestro pegamento delirante. Como dijo Colette: «Ciertas mujeres necesitan a las mujeres a fin de preservar el gusto por los hombres». Ella nos iluminó, nos separó y propagó la demoledora intensidad entre nosotros. Redujo la terrible ansiedad

del amor.

Varios meses después, él anunció que se iba de la ciudad por razones de trabajo durante meses, quizá para siempre. Nos apresuramos a organizar un encuentro. Cuando él llegó, la pelirroja telefoneó para decir que empezáramos sin ella porque llegaría tarde. Llamó a la puerta justo cuando acabábamos de follar. La saludamos desnudos; ella, en cambio, vestía de terciopelo rojo y seda verde y lucía en el pelo unos capullos de rosa blancos recién cortados, como Ofelia.

Me dijeron que me quedase allí tendida, que me relajase, mientras se unían por encima de su presa. Él tenía los dedos en mi clítoris, dentro de mi coño y de mi culo, mientras ella, inclinada sobre mí, su cabello rojo y sedoso rozándome todo el cuerpo, me susurraba: «Te quiero, te quiero, te quiero…». Las olas empezaron a llegar y él siguió, y ella siguió susurrando, acariciándome la cara: «Te quiero, te quiero, te quiero…». Las olas siguieron, una tras otra, con orgasmos muy dulces seguidos de otros menos dulces pero más intensos.

Y entonces ocurrió. Una ola se inició en mis pies y mis piernas, ascendió por mi vientre, mi pecho, mi garganta, y el alma escapó por lo alto de mi cabeza. Fue la experiencia más profunda de placer y amor que había vivido, o presenciado. Después ella me explicó que el nombre técnico era «Kamikazi–Mega–Hiawatha». Me pareció el término más adecuado.

Finalmente, él se marchó de la ciudad. Se fue. Se fue.

Ella y yo nos vimos una tarde soleada. Nos abrazamos en su cama, dejando vagar los dedos, pero yo lo eché de menos a él: dulces hermanas sin una polla entre las dos.

Un hombre de Dios

La pérdida fue desoladora. ¿Acaso tal goce se vería reducido a algo tan sólo pasajero? Probablemente no. La incapacidad de soportar semejante idea me llevó a otro coqueteo con Dios. Esta vez lo conocí en Home Depot.

Yo estaba en un pasillo al fondo con un metro y una sierra intentando cortar por la mitad una barra de madera para colgar una cortina. La vara no paraba de rodar y salirse del banco de trabajo, y las cosas no iban bien. Cuando por fin conseguí hacer el primer corte en la madera, mi bolso de lentejuelas se me resbaló del hombro y la sierra salió volando. Él la recogió y me preguntó si necesitaba ayuda. «¡Ay, sí!», respondí con alivio. Bueno, tal vez sólo era el hijo del carpintero, pero no iba a ponerme quisquillosa con detalles generacionales en ese momento crucial en la sección de maderas. Sencillamente, sabía que me había salvado.

Era alto, apuesto, rubio, de voz suave. Me llevó la barra recién cortada a la caja y me la puso en el maletero del coche. Me preguntó si podía invitarme a comer y fuimos a la hamburguesería de la acera de enfrente. Para un almuerzo de cuatro horas.

¿Cómo puede una mujer soltera, liberada, gozar del indescriptible placer del sexo ilícito? No, no con un hombre casado: eso nunca me ha atraído. Con un célibe. El señor Home Depot era un cristiano converso. Y un «exadicto al sexo». Según él, a menudo se follaba a siete u ocho mujeres distintas en una semana. ¡Dios mío! ¿Podía ser aquél el hombre perfecto? Dios y el Perverso y el Pilonero todos juntos en un tejano de un metro ochenta y cinco. Y además era un manitas.

Me contó la historia de su conversión. Un día de octubre, por la mañana temprano, en una playa de las Bahamas, tras una noche de drogas y desenfreno, Dios —sin que nadie se lo pidiera— le habló.

Dijo: «Ha llegado la hora». Como yo misma era una buscadora de la fe, lo envidié. ¿Por qué Dios nunca se había dirigido a mí? Le pregunté si Dios le había hablado en voz alta. ¿Lo habría oído yo también si hubiese estado allí? Pero no obtuve una respuesta clara al respecto. En cualquier caso, a partir de ese día, se había mantenido abstemio y célibe. Ese hombre no había tenido una relación sexual desde hacía quince años. Se me desbocó la imaginación al pensar en todas esas erecciones solitarias. Para mayor interés, no era un converso reciente, sino desde hacía mucho tiempo. Se conocía cada libro de la Biblia del derecho y del revés e impartía catequesis cada semana.

Lo Prohibido unido a lo Inalcanzable era mi afrodisíaco mágico: en esa larga primera comida, me di cuenta de que entre el Converso y yo nunca, jamás, habría sexo, de modo que mi corazón empezó a abrirse y mi coño a anhelar. Una vez más, lo imposible se materializaba ante mis ojos. Él tenía las manos y los pies más grandes que había visto en mi vida. Al escuchar su historia, empecé a sentir una rápida e inminente conversión al cristianismo.

Dijo que no era fácil encontrar una buena esposa cristiana: la única manera en que podía volver a tener una relación sexual legítima. Yo no me lo podía explicar; se le veía tan buen partido… A continuación, admitió, con una sonrisa tímida, que le gustaban las mujeres un poco putas; «pendones», dijo él. Debo reconocer que yo no podía ser una cristiana auténtica, pero llevaba ya varios años ejercitándome como puta y pendón. Las contradicciones de ese hombre eran tan descomunales como las mías.

Le pregunté hasta dónde podía llegar sexualmente sin que Dios se enfadara: «¿Dónde está el límite?». Al cabo de una hora, aún no había recibido una respuesta, sino sólo un perceptible suspiro cuando su lengua alcanzó mi clítoris en el tejado de un aparcamiento cercano. Él había propuesto contemplar la vista. En ese momento, Dios también me hablaba a mí, y la hora había llegado y la vista era magnífica. Así pues, también yo renací a una nueva fe.

Nunca he visto, ni antes ni después, a un hombre mirar un coño de aquella manera. Me sentí penetrada por sus ojos. Proyectaba una avidez inocente y perpleja, cubierta de obscena lujuria y deseo divino. Ha quedado grabada en mi imaginación para siempre y,

cuando la recuerdo, cosa que me resulta fácil, me corro en un santiamén.

El riesgo de ser sorprendido en público tenía un efecto prodigioso en el Converso. Una tarde se la chupé en un aparcamiento de una cafetería Denny's, justo cuando el aluvión de señoras con reflejos azules en el pelo se dirigía a sus Pontiacs después de comer. Tenía una gran habilidad para permanecer tranquilo, sereno y alerta arriba mientras, abajo, me follaba en la boca furiosamente. Jekyll y Hyde, lo sagrado y lo profano, el hombre rijoso de Dios.

En otra ocasión metió la polla tiesa a través de la abertura vertical de mi buzón, follándose a mi puerta mientras yo se la chupaba desde el otro lado y los vecinos pasaban por detrás de él en el patio. Tal vez con ese hombre podría salir. Pero poco después me dijo que tanto Darwin como el Dalai Lama, en general, se equivocaban sobre casi todo, y se desvaneció mi breve esperanza de encontrar un hombre en quien se combinasen lo erótico y lo espiritual. Cuando me dijo que no creía en la evolución (¿acaso yo venía de un mono y él no?), propuse que dejáramos de hablar por completo y buscáramos la abertura de un bonito buzón por la que comunicarnos.

Ese hombre dejaba caer el nombre de Dios como si fueran colegas, y sus herejías se convirtieron en mi obsesión farisaica. Aunque fui invitada a compartir su dicha montando un trío con la pareja que ellos dos formaban, la verdad es que no pude dejar de lado mi inteligencia para aceptarlo. Ahora bien, ser testigo de su arrogancia religiosa en todo su impúdico esplendor fue una inspiración que elevó mi libido a nuevas cotas, y cada erección se convertía en una victoria tangible sobre su conflictiva devoción. Una noche, con mis zapatos rojos de tacón de aguja, medias de malla y un tanga, lo invité a mi jardín trasero. Escondido entre los arbustos, me espió por la ventana del dormitorio, mientras yo, a la luz de las velas, me contoneaba, me desnudaba y me acariciaba. Reinaba el silencio, pero veía su hipocresía endurecerse a la vez que se la meneaba furiosamente. ¿Nos observaba Dios en ese momento en que mi coño tenía prioridad sobre Él? Dado que yo no podía tener a Dios, me conformé con tratarlo como a un rival. De hecho,

cada vez que el Converso me tocaba en público, sentía emanar de mi coño una especie de poder religioso.

Me indignaba que el Converso no fuera quien creía ser. Y quien yo esperaba que fuese. Yo quería que fuera de verdad, un auténtico hombre de Dios. Una vez más, descubrí que no era Dios quien me follaba, sino un apóstol suyo. Los defectos de aquel hombre brillaban aún más a la luz de mis desmedidas expectativas y posterior frustración. Al fin y al cabo, yo lo había amado. Un poco. Conmigo él no podía ganar, y al final los juegos se agotaron y yo acabé nuestro autosacramental sólo para adultos. El Polvo Sagrado nunca tuvo lugar. Tal vez ésa fuera su manera de estar a buenas con su colega.

El último novio

Contra lo que pudiera parecer, por fin empezaba a asomar en mi vida cierta disciplina romántica. Tras la decepción del cristiano republicano portador de armas, adicto al sexo y dueño de una furgoneta, llegó el momento del ateo izquierdista, monógamo y porrero con un Volvo en *leasing*. Y una lección liberal sobre la decepción.

Me negué a llorar por el Joven imposible y el cristiano chiflado. Así que intenté lo imposible —un novio con la polla descontrolada — y descubrí que éste también era imposible, pero de otra manera.

Existen dos clases de pollas descontroladas: la primera, la insaciable; la segunda, simplemente indisciplinada y díscola. Yo prefiero la primera, pero a menudo me he encontrado con la segunda.

En una regresión extraña e inexplicable a mis años prematrimoniales, había accedido a ser monógama después de una sesión enloquecida de magreo en mi sofá en la primera cita. Él me lo pidió y yo acepté. Quizá yo misma había vuelto a lo convencional tras la trascendente Trinidad y la enrevesada aventura cristiana. Las travesuras espontáneas eran definitivamente lo más divertido, lo más erótico, pero tenían un precio: la ansiedad de lo efímero.

Enseguida, sin embargo, me acordé de algo peor: la ansiedad de la permanencia. Me había enganchado a un solo ser humano imperfecto. ¿En qué estaría yo pensando? La terapia semanal, en la que despotricaba a voz en cuello, me tuvo «elaborando» esa «relación» durante más de las habituales seis semanas. A lo largo de más de un año intenté ser su novia, sin dejar de patalear y chillar en ningún momento. Incluso me planteé tomar Prozac en este último intento de ser «normal» y «convencional». ¿Acaso no es a través de las drogas como todo el mundo tolera la monogamia?

No soportaba ser el objeto de una pasión desesperada y controladora, pero me pareció que era la postura moralmente obligada si un hombre me «amaba». Me curé el día en que, de pronto, sin darme cuenta, acabé tirada en el suelo de mi dormitorio en posición fetal mientras el Novio me ponía en espera para atender una llamada de trabajo. Me había humillado tanto que no me reconocía a mí misma.

¿Qué me pasa? La maldita pregunta que siempre señalaba con el dedo mi vergüenza, la vergüenza de la niña a quien se consideraba «demasiado sensible». Pero con el Novio progresé. Aguanté lo suficiente para permitir que el dolor traspasase mi masoquismo mental y descubrí el alivio al otro lado: mi sadismo.

Contemplé la posibilidad radical de que tal vez no me «pasase» nada. Salvo quizá que elegía a hombres que me adoraban, me seducían y luego no eran capaces de controlar la polla, y por lo tanto tenían que controlarme a mí. Yo protestaba, me disgustaba, y la discusión se desviaba con éxito de su pene a mi histeria. Ay, el sinfín de inseguridades, comportamientos desconcertantes, adicciones y estallidos de posesividad que habitan en el hombre que persigue el control. Existe sólo una clase de control que de verdad importa.

Concluido mi martirio de buena chica, recurrí a su embriagador antídoto, la liberación de la tiranía. Ya no me adaptaría a los problemas de pene de nadie, fueran inseguridades respecto a la longitud o el grosor, o cuestiones de control perdido y no encontrado. Si una polla dolida y su dueño amenazaban con levantar la cabeza en dirección a mí, me limitaría a alejarme y seguir mi camino.

Le dije al Novio que o lo dejábamos, o podía conservarme como querida, y yo sería mi propia dueña y señora. Incluso redacté las normas: una parodia de un libro de autoayuda, escrito por un par de amas de casa, sobre cómo llevar a un hombre al altar. Sin embargo, mis normas llevaban a la esclavitud.

LAS VERDADERAS NORMAS

1. *Verse un máximo de una vez por semana,* excepto en circunstancias especiales y sólo mediante previo acuerdo

mutuo. La semana se define de lunes a domingo, por lo que puede haber una cita un sábado y otra un martes, pero en tal caso no otra hasta el lunes siguiente, cuando empieza la nueva semana.

2. *Una cita se define como cualquier lapso de tiempo juntos*, sin límites específicos en cuanto a horas, etcétera: un tórrido encuentro ya entrada la noche y un fin de semana fuera cuentan ambos como cita en igual medida.

3. *En cuanto a la no monogamia, se aplicará la política de «No preguntes ni cuentes»*. Pero cuando estemos juntos, totalmente juntos, nada de insinuaciones ni coqueteos, etcétera.

4. *Temas externos que deben evitarse a toda costa*: el trabajo, los amigos y la familia.

5. *Las llamadas telefónicas tienen sólo dos finalidades*: concertar una cita o, si se desea, una llamada de agradecimiento posterior a una cita. Nunca largas conversaciones en profundidad de ninguna clase por teléfono, ni sobre los demás, ni sobre nuestra relación, ni sobre los actuales acontecimientos deportivos.

6. *Ambas partes tienen el mismo derecho a proponer la siguiente cita* y preferiblemente quien llama tiene ya un «plan» u «ofrecimiento». Por ejemplo: espérame el viernes a las seis de la tarde con una bolsa de viaje, gafas de sol y una chaqueta; o quedamos en el café Lulu a las nueve, no llevaré bragas; o película, cena y sexo; o una llamada a las diez de la noche: voy a ir a chuparte la polla; o recógeme y te sorprenderé; o hablemos sin sexo… Cualquier cosa puede ser una cita, y la imaginación lo es todo.

7. *Mientras estamos juntos*, se pueden comentar y negociar las posibles mejoras, añadidos y supresiones en las reglas, aunque debe evitarse que las citas sólo traten sobre las citas.

8. *Todas estas reglas, limitaciones y restricciones* están pensadas para permitir y proteger la posibilidad de explorar plena, profunda y libremente el mundo erótico y todo aquello que lo acompaña.

9. *Pueden hacerse regalos*, pero no existe la menor obligación al respecto.

10. *Toda enmienda a estas reglas debe discutirse* claramente y acordarse entre los dos.

Se las mandé por fax. Estas reglas eran un intento serio y demencial de legislar la separación, eliminar todas las áreas de conflicto, convertir nuestra vida sexual en nuestra única vida en común. En fin, merecía la pena probarlo. En realidad, la regla número tres era la única que me interesaba de verdad. Legislaba la esperanza.

El papel de querida funcionó durante unos meses. Él puso a prueba una por una todas las reglas como un niño travieso. Me regaló vestidos y bolsos, y en su arrogancia pensó que ganaría a la competencia. Pero ya era tarde. En cuanto se me presenta un hombre arrogante, saco el machete. ¡Ay, la ira legítima del feminismo! Por fin me había liberado de los hombres cuyo mal rollo era tan grande que yo creía que era mío. Lo que he aprendido de cada relación es la cantidad de dolor emocional que estoy dispuesta a soportar. Éste fue mi último vínculo convencional con un hombre.

La relación tuvo no obstante su lado bueno. Sucedió lo siguiente. Cuando lo conocí, el Novio estaba enfrascado en una terapia con la primera psicóloga de su vida. La adoraba, la elogiaba y quería que yo la conociese: quería su aprobación. Yo era la prueba de su progreso. Entretanto, también yo tenía mi psicóloga, que me ayudó a superar el divorcio, pero yo no la adoraba. Accedí a conocer a la suya.

A las dos semanas de empezar a salir con él, me encontraba ya en un estado de absoluta agitación, y fuimos a verla juntos. Y también yo la adoré. Cielos.

«¿No puedo verla yo también? ¿Por separado?». A él le pareció una idea estupenda: la misma mamá, un terreno común e información similar. Ella mostró menos entusiasmo, pero al final accedió. Fantástico. Por fin tenía a la psicóloga de mis sueños, y ella podía ayudarme a tratar con el irritante hombre que entraba en el paquete.

Éste era un triángulo de otra clase —no sexual en sí mismo—, pero más insidioso. Todas las conversaciones con el Novio eran sobre nuestras terapias por separado y a veces en común. Desde luego, estábamos en la cama con mamá; el problema fue que acabé queriendo más a mamá que a él, mientras que él seguía convencido de ser su paciente más preciado. Igual que cuando un hombre, después de pagar tres bailes a una bailarina de *striptease*, con la polla tiesa como un palo, afirma muy convencido: «¡Creo que le gusto de verdad!».

Cuando pasé a mi papel de querida, nuestra apreciada terapeuta anunció que uno de los dos tenía que dejarlo, o los dos. Si éramos potencialmente no monógamos, y ella sabía que así era, la terapia se echaría a perder. El Novio anunció que ya había tenido bastante terapia y estaba en condiciones de seguir adelante por su cuenta, reconfortado por la idea de que cuando un hombre prefiere a su amante antes que a su psicoterapeuta es señal de una independencia y madurez recién adquiridas. Esto fue una suerte, porque yo anuncié de manera rotunda que no abandonaría a la psicóloga en ningún caso. Elegí a la psicoterapeuta en lugar de a mi amante, lo que fue señal de mi creciente madurez: por fin había decidido elegir a una mujer y no a un hombre.

Tras cuatro o cinco meses en mi papel de querida, rompí definitivamente y en la última conversación telefónica con el Novio se puso de manifiesto la elegante ironía: no sólo había perdido a su amante, sino también a su psicóloga.

Lo veo de la siguiente manera: una nunca sabe de verdad en qué consiste una determinada relación, hasta después. La mía con ese último novio consistió en encontrar a una mujer que no sólo pudiera analizar y ser testigo de mi desdicha, sino cuya mera presencia en mi vida fuera un eco de mi capacidad, hasta entonces imposible, para sostenerme yo sola independientemente de cualquier hombre.

Y cuando Un Hombre entró en mi vida, ella también me sostuvo por detrás, al tiempo que yo aprendía a darle una orientación sexual a mi masoquismo y eliminarlo así de mi vida.

Durante

Un Hombre

Simplemente no sabes cuándo va a aparecer. El que va a cambiarlo todo para siempre, el que va a sacudir tu mundo. Incluso puede ser alguien a quien ya conoces.

El Joven se había marchado hacía dos años. Entretanto, yo había adquirido al Novio, mientras que la pelirroja prerrafaelita había adquirido un roquero alto y flaco que se maquillaba más que ella: se pintaban las uñas el uno al otro y estaban monógamamente enamorados. Así que, cuando llamó el Joven, supe que tendría que ser un dúo: la seguridad de un sándwich triangular ya no era una opción.

Estaba petrificada. Mi dilema con los hombres se personificaba en los dos que tenía ante mí: podía contar con el Novio en la vida pero no en el sexo, en tanto que podía contar con el Joven en el sexo pero no en la vida. ¿Es que una mujer no puede ganar? De momento mis experimentos demostraban que no. El Novio era demasiado seguro, demasiado arrogante, demasiado posesivo. Pero el Joven era demasiado peligroso, demasiado sexy, demasiado joven, demasiado ausente. Pero yo tenía a mi disposición la regla número 3, así que al menos, en rigor, no transgredía ninguna norma.

De hecho, la decisión de ver al Joven la misma tarde en que telefoneó me resultó asombrosamente fácil. Horas antes ese mismo día, el Novio había exprimido mi enojo, hasta el punto de la rabia asesina, al pontificar sobre «nuestra» relación; por lo que a mí se refería, él estaba en «nuestra» relación solo. Así que quedamos. Eran las tres, y el Joven vendría a las cuatro. El amor por la tarde, como Gary Cooper y Audrey Hepburn. Bueno, no exactamente. Yo no tengo violonchelo.

Con sólo una hora para prepararme, no había tiempo para

pensar. Mejor así, porque pensar no tenía sentido. Pero en los casos en que sí tenía sentido, me volvía loca. Ya había sorprendido a varios hombres deseando el matrimonio —y me había casado con el mejor de todos— y había encontrado sufrimiento para dar y vender. Cazar a un hombre y arrastrarlo hasta el altar no era mi objetivo. Tenía la escalofriante sospecha de que todas esas «propuestas» se debían más a inseguridades y celos que al amor, más a un intento de atarme emocionalmente cuando lo que necesitaba era atarme físicamente. No quería un compromiso para toda la vida; quería un compromiso sexual. Al menos, durante unas horas.

Temblando, me arrodillé, sin saber qué otra cosa hacer, y recé para que mi Dios desconocido me permitiera rendirme a ese hombre, en ese momento, sólo esa tarde. Nada más. No podía imaginar nada más. Sólo podía concentrarme en el polvo que me esperaba. ¿Tendría el valor de no temer la belleza del Joven sólo por esta vez? ¿Ir hasta el final con él sin saber si habría una salida? Me puse en pie y abrí el grifo de la bañera.

Me bañé, me depilé las piernas, me empolvé todo el cuerpo con polvo de miel, puse música, corrí las cortinas, di de comer al gato, encendí incienso y velas y luego —muy excitada, muy aprensiva— me puse un tanga negro, un sujetador negro y un camisón largo de terciopelo negro.

Sonó el timbre, tarde. Abrí la puerta y él entró en mi casa y luego entró en mí. Sin mediar palabra, me envolvió entre sus grandes brazos y me estrechó. Fui suya a partir de ese momento. Lo permití, y luego todo cobró vida propia. Durante las tres horas siguientes, me derretí en ese hombre como nunca lo había hecho con ningún otro hombre.

Cuando su polla me penetró hasta el fondo, la presión me hizo estremecer. Me miró y dijo con delicadeza: «No te dolerá». En realidad, sí dolió —tenía la polla grande—, pero de algún modo comprendí intuitivamente que no era cuestión de dolor; se trataba de otra cosa. Como en la danza, supe que tenía que lidiar con la incomodidad, aceptarla, pasar al siguiente nivel.

Y entonces me enculó. ¿Era eso lo que había aprendido mientras estuvo fuera de la ciudad? Para mí era la primera vez. En la vida.

Dios mío, qué bueno era. O sea, malo. Qué autocontrol. Qué elegancia. Los movimientos fueron muy lentos, cuidadosos, el contacto muy pleno y doloroso. Fue entonces, ahí dentro, cuando conocí por primera vez la experiencia de ir más allá del dolor y el miedo, hasta llegar a ese altiplano donde conocí a un hombre en una tierra extranjera llamada Dicha. La Dicha no es una zona sin dolor; es una zona posterior al dolor. Una gran diferencia.

Sentir su polla dentro de mí en ese viaje virgen fue un milagro emocional y anatómico: lo imposible había ocurrido en mi culo. En ese momento Dios contaba con toda mi atención. Si yo hubiese empezado a caminar por encima del agua, no me habría asombrado más. Ése fue el primero de mis sacrificios no atrapado en el círculo vicioso del narcisismo autorreflectante, el primero que me trasladó a un espacio totalmente nuevo en lugar de ofrecerme una nueva perspectiva del anterior. Aquello me cambió. Me cambió para siempre. Y empezó físicamente con su polla en mi culo —el acto que planteó el misterio— y psíquicamente con mi decisión de permitirlo, la mejor que he tomado. Sólo deseaba dejar que aquel hombre en concreto me penetrara, literalmente. Quería que la persona que él era estuviese en lo más hondo de la persona que yo era.

Por supuesto, también requirió huevos por su parte. Los huevos de desear, intentar y atreverse a follar mi culo pequeño y prieto. Siempre lo respetaré por eso. Por fin un hombre que no tenía miedo. El Joven, el Hombre de los Tríos, se transfiguró ante mis ojos. Nació Un Hombre.

Esa primera tarde ocurrió otra cosa. Dejé de lamentar el final de mi matrimonio. El lamento cesó, creo, porque otro había entrado en mi conciencia lo suficiente para vencer el dolor, transformando la pérdida anterior en una bendición, dejando espacio para algo nuevo. Hasta entonces nadie había probado mi puerta de atrás. Allí era donde residía mi poder y donde oscilaba. Como anfitriona en mi puerta delantera, yo era, como ya sabéis, la reina crítica, la princesa imposible, la niña enfadada. Pero con Un Hombre en mi culo, volví a ser dulce. Muy dulce.

Pocos días después le comuniqué al Novio que habíamos

terminado. Para siempre. Con él no podía ser dulce; sólo podía enfurecerme. Quizás él residía en la «realidad», pero esas tres horas con Un Hombre me lo aclararon todo: la «realidad» no era lo mío.

¿Por qué ahí?

En cuanto volví a hallarme bajo los efectos de la ley de la gravedad, empecé a analizar mi experiencia. Me lo tomé como un trabajo nuevo. Había recibido un don y ahora debía tratar de entenderlo. ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué él? ¿Por qué ahí?

Había ofrecido mi virginidad vaginal al primer hombre que me prestó cierta atención sexual constante. Me habría casado con él sólo como lo haría una virgen: con adoración e ignorancia. Ocho penes más tarde, me casé con uno. Diez años más tarde, cuando abandoné esa unión, yo llevaba una calentura de mil demonios, como nunca antes —una coneja sobre un tejado de cinc caliente—, pero lo que yo buscaba no era el coito. Necesitaba amor, admiración y adoración al coño. Ese deseo insaciable regía mi vida. Pero entonces apareció Un Hombre y sacudió mi ego hiperanalizado derribándolo de su pedestal de presunción.

Yo era una virgen anal. Él me enseñó, físicamente, dónde residía mi rabia. La ira se desarrolla en el culo. Es un callejón dickensiano, el culo. Pese a su diminuta y olvidada entrada, una vez abierto, contiene literalmente metro tras metro de viejos traumas enrollados, la adherencia interna de lo emocionalmente insoportable. Un Hombre penetró en el enclave de mi rabia y cauterizó la herida.

Ahora yo recibía una segunda oportunidad —no en el hollado camino vaginal, sino en un lugar completamente nuevo para mi conciencia— y pronto se convirtió en el enclave de mi conciencia. Verdaderamente virgen, otra vez. Con el descubrimiento de este nuevo mundo, experimenté todo el prodigio y la belleza que podía ser una desfloración pero que rara vez lo era.

Y así empezó, en mi ingenua complicidad, una vez por semana, dos veces por semana, tres veces por semana. En la mayoría de los

casos, a última hora de la tarde. Él era un experto y yo estaba predispuesta. Empecé a contar las veces. Me pareció lo propio.

N.º 41

Después, enardecido, se levantó, todavía empinado, y bebió un largo trago de agua de una botella azul.

—¿De qué va todo esto? —pregunté desde la cama, sonrojada y aturdida.

Dejó de beber, me miró, guardó silencio por un momento, y por fin dijo:

—De vibraciones.

Dice que estamos aprendiendo algo sobre el tiempo. El paso del tiempo, la experiencia del tiempo, la verdad del tiempo, la eternidad del tiempo. El mejor tiempo.

Entrar por la salida

Una vez iniciada, no podía evitar verlo todo desde el prisma de la analidad. Incluida la mecánica. El aparato digestivo es un canal de una sola dirección donde las contracciones peristálticas impulsan los alimentos desde la boca hasta el ano. El coito anal acarrea el audaz —y contrario— intento de recorrer ese camino a la inversa.

Follar un coño es entrar en una cueva que sólo tiene una pequeña salida: el orificio en el cuello del útero. (Y por supuesto es una «salida» a la paternidad). En circunstancias normales, el coño es un espacio bastante cerrado, aunque dilatable. La vagina es un receptáculo. En cambio, el canal anal está conectado directamente, aunque de un modo complejo, con la boca, el punto de entrada, el lugar por el que se alimenta la vida. Unos nueve metros de tubo digestivo, que incluyen el recto, el colon, el intestino delgado, el estómago, el esófago, la garganta y la boca, es la ruta a la que accede el follador de culos.

Un Hombre y yo existimos en la Tierra fuera de los límites del coito que engendra criaturas. Tampoco es que eso esté mal, no me malinterpretéis. También lo hacemos, a modo de calentamiento. Pero vivimos fuera de ese territorio, detrás. El lugar donde la profundidad es infinita y el amor parece infinito, siempre creciente. Penetración profunda, amor profundo. De algún modo, la profundidad física lleva a esa otra profundidad, como si mi alma hubiese estado dormida en mis entrañas y ahora hubiese despertado.

Las instrucciones están claras: si quieres procrear, entra por la puerta de delante, pero si de verdad quieres pasar a formar parte de la mecánica interna de una mujer, penetrar en su ser más profundamente, la puerta trasera es tu portal. La ansiedad, ese martirio siempre presente, existe por la ineludible certeza de que

todo debe acabar. Al entrar en un culo se entra en un conducto sin fin. Es la salida al infinito. La puerta de atrás a la libertad.

Además, los coños ya han atravesado muchas vicisitudes. Démosles un descanso. Son cosa del pasado —exhaustos, traicionados, usados en exceso, reutilizados, maltratados—, y han sido objeto de demasiada publicidad, se han politizado y se han redimido. Ya no representan la menor picardía, no implican desafío, rebeldía ni renacer. Hoy día el coño es demasiado políticamente correcto. Hay que apuntar al culo: el patio de recreo de anarquistas, iconoclastas, artistas, exploradores, niños, hombres calenturientos y mujeres desesperadas por renunciar, incluso temporalmente, al poder que el movimiento feminista conquistó con tanto esfuerzo y a tan alto precio. El sexo anal equilibra la balanza entre una mujer con demasiado poder y un hombre con demasiado poco. (Creo que esto explica el predominio del sexo anal en la pornografía heterosexual: multitudes de hombres, refugiados del feminismo, atentos, empinados y llenos de esperanza).

En sus incursiones dentro de mí, Un Hombre alcanza nuevas paredes, nuevos ángulos, nuevos límites, y esa voz del instinto de conservación que dice «no más» se hace eco en mi cerebro cuando siento una especie de presión, de resistencia. Pero nunca he dicho «no más». Nunca. Respiro hondo, corrijo el ángulo y me quedo quieta mientras él empuja hasta que me abro y lo recibo más adentro. Me expando en torno a él y el dolor disminuye, se transforma en una profunda sensación de libertad: libertad del dolor, libertad para enloquecer, libertad para estar en armonía con el universo. Aquí todo es físico, y es el nacimiento del amor. Su polla es mi láser sanador. Cada milímetro que avanza dentro de mí perfora mi armadura, la armadura de la autoprotección, y los dos miedos —el amor y la muerte— pierden por un momento su poder, y yo experimento un instante de inmortalidad.

N.º 75

Follar en posición vertical. Yo, cabeza abajo, las piernas encogidas, las rodillas junto a los oídos, el culo en alto; él, de pie, se encarama sobre mí como un acróbata y apunta la polla hacia abajo dentro de mí. Embiste hacia abajo, hacia el centro de la Tierra, y yo estoy inmovilizada. Apunto hacia arriba, en dirección al firmamento, a la Vía Láctea, a las puertas del cielo, y veo claramente entre mis piernas su polla moverse arriba y abajo como un pistón. El ángulo lo es todo.

Conseguimos una curiosa coordinación, como si no dependiéramos de la ley de la gravedad, una completa trascendencia de la «lucha» —la lucha que es la vida—, la confianza absoluta que permite sus arremetidas profundas, duras, largas y rápidas sin la menor sujeción autoprotectora. Una ondulación… y una gran paz interior mientras me mezo como una sirena en el mar.

La teoría del doble esfínter

Más mecánica: el esfínter anal interior no se controla conscientemente. Lo regula el cerebro de las entrañas, el sistema nervioso entérico, y tiene un funcionamiento reflejo, abriéndose de manera espontánea en respuesta a un estímulo. En cambio, el esfínter externo, el esfínter gemelo del interno, está conectado al cerebro consciente, regulado por el control consciente; prueba de ello es su capacidad de cerrarse y retener cuando es necesario, en momentos de ira, de miedo, de tensión. Un esfínter interno inconsciente, un esfínter externo consciente, separados sólo por unos centímetros. ¿En qué otra parte del cuerpo están tan estrechamente conectados la conciencia y el inconsciente, tan claramente regulados, tan fácilmente sondeables? Es un patio de recreo psicológico con curiosísimas posibilidades. Si ponemos un culo en el diván, tendremos grandes revelaciones.

Pero, al principio, en la niñez, el esfínter externo no responde a la mente consciente. Durante más o menos el primer año de vida, tiene un funcionamiento inconsciente, reaccionando en colaboración con el interno y distendiéndose en respuesta a un estímulo; de ahí los pañales. Al nacer, el cerebro y la médula espinal no están aún desarrollados para el control consciente.

Y luego hay que aprender a ir al baño. Cuando el cerebro ha evolucionado y los padres han insistido (o gritado) lo suficiente, el niño de dieciocho meses toma conciencia del esfínter anal externo y descubre cómo mantenerlo cerrado, cómo controlarlo, para no hacérselo encima a las primeras de cambio. Nace la vergüenza. Todo esto es para decir que, cuando me dan por el culo, he aprendido a invertir e incluso jugar con esa toma de conciencia, ya lejana en el tiempo y probablemente traumática, destinada a controlar el culo, retener el contenido y no mostrárselo a nadie. Al

fin y al cabo, Freud postuló la hipótesis de que los excrementos son el primer regalo que uno ofrece a sus padres, la primera producción creativa.

Sólo ahora —noventa y siete polvos anales después— me doy cuenta del enorme poder que reside en esto. Es una terapia emocional y física al nivel más profundo: revivir y aprender literalmente a confiar lo suficiente para abrir la salida prohibida y entrar en la zona prohibida. En la tierna infancia, el primer gran y sonoro «no» del mundo tal como lo conocemos es el «no» destinado a reprimir un esfínter anal externo inconsciente y suelto. Dejarse follar por el culo es la forma más extrema de rebeldía contra los padres a la que una puede abandonarse, volviendo no a las transgresiones adolescentes, sino a la herida original.

Experimento una regresión a una edad muy temprana cuando él está dentro de mi culo. Ronroneo y río y siento la alegría que debió de existir antes de imponerse la ansiedad. Como si lo único que quisiera fuese ser amada sin tener control del culo, permitiéndole ser tal como es. ¿Y qué es lo que se libera junto con mi esfínter anal? Un amor enorme, un amor que ha tardado décadas en liberarse, un amor que fluye libremente, un amor que es infinito en el momento de su concepción.

De acuerdo, lo entiendo. Estáis pensando: el amor infinito es bueno, pero ¿y si me desangro por el camino? Para ir sobre seguro, nunca he dejado de utilizar un condón, pero tampoco he sangrado nunca. Eso puede depender de la habilidad del amante, pero también puede ser que ciertos agujeros del culo, como el mío, sean más aptos, más elásticos, que otros: una bendición genética. Si sangráis, deteneos. Y no se hable más.

También sé que hay gente que al oír hablar de sexo anal sólo ve mierda: mierda, mierda por todas partes. Mierda en la cama, mierda en su polla, mierda en tu culo. Estoy aquí para deciros que no es así. Apenas hay el menor rastro, casi nunca. Lo único que hay que hacer es incluir en vuestro aseo habitual una buena limpieza del culo con el dedo antes de una visita anal. ¿Qué mujer no se lava el coño antes de una relación sexual? Es lo mismo, sólo que hay que enjuagarse también el culo. A mí, la mierda tampoco me va: no quiero verla, olerla ni limpiarla. El sexo anal no tiene que ver con la mierda. Tiene que ver con no sentir miedo de la propia mierda, ir

más allá de la mierda: descubrir la mierda que cuenta.

N.º 98

Anoche me folló por el culo a las 23.20 mucho rato, muy fuerte, muy suave, muy gozosamente, muy despacio, muy deprisa, muy, muy profundamente. Después de cuarenta y cinco minutos así, dice: «Ahora voy a follarte por el coño». Y me di la vuelta y me folló por el coño. Luego dice: «Voy a procurarme un lugar sagrado». Y eso hace, ungiendo mi espacio sagrado —la tumba de mi pasado— con sus blasfemos jugos bautismales.

—Creo que es tu mayor regalo —dice después.

—¿Qué?

—La sumisión.

Perfil de un follador anal

Dar por culo a una mujer tiene que ver claramente con la autoridad. La autoridad del hombre; la total aceptación de esa autoridad por parte de la mujer. Un hombre debe sentirse seguro, de sí mismo y de su polla, para follar a una mujer por el culo. Si no ejerce ese control, su polla dirigirá la acción; se moverá demasiado deprisa, haciendo daño a la mujer antes predispuesta, y rara vez, con razón, tendrá una segunda oportunidad.

Ignoro por qué motivo Un Hombre posee esa autoridad. Un psicólogo podría encontrar razones en su infancia, pero, en último extremo, creo, es un don de Dios, un conocimiento profundo de la seguridad personal. Esta clase de contención y falta de desesperación puede llevar a un hombre muy lejos con una mujer…, o al menos parte del camino dentro de su culo. Al final, lo que te lleva a alguna parte, o a ninguna, es quién eres.

Una vez me contó que le gustaba estar donde no debería, cruzar el cordón de terciopelo, meter la mano en el tarro de los caramelos, llegar tarde al trabajo, darme por el culo, un culo demasiado pequeño para su polla. Un Hombre llegaba tan adentro en mi culo porque se atrevía. En realidad, nadie más lo había intentado. Cualquiera que se atreva a llegar a ese nivel de intimidad, a esa locura, podría acceder a un sitio donde nunca ha estado.

Estoy a punto de correrme al primer contacto, con el cuerpo, el coño, el culo tan abiertos que se expanden para absorberlo a él. Nunca había estado tan abierta. Si me abriera así a alguien más, ¿sentiría el mismo goce? No. Me irritarían antes de llegar a estar tan abierta. Lo que lo estropea es todo ese parloteo; revela demasiado. Un Hombre es el hombre menos irritante que he conocido.

Y el único que nunca cede a mi voluntad.

Al mismo tiempo, en contra de lo que podría suponerse a primera vista, no creo que el mejor sodomizador sea el hombre arrogante, el macho: ése es un gilipollas. A esa clase de hombre probablemente ni siquiera le gustan las mujeres; está demasiado ocupado compitiendo con los otros hombres. En mi limitada experiencia, el mejor sodomizador es el hombre paciente y tierno, el que sabe escuchar a una mujer, estar con una mujer, y tiene la capacidad de aplacarla. Él es el que puede experimentar en el ámbito de la imaginación, junto con ella, su sumisión —el abandono del control—, y por tanto sabe exactamente cómo llegar a ese punto: absorbe todo lo que ella da. Es un buen hombre, Un Hombre.

Necrológica

Tras un comienzo tan extraordinario, me preparé, como haría cualquier mujer inteligente, para el final. El gran amor siempre viene acompañado de la idea de la muerte y la separación. Aquello era una guerra —entre la decencia y el deseo, entre la convención y el placer—, y ese gran afrodisíaco alimentó mi anhelo. Desaparecido el supuesto —o la expectativa— de duración, el foso de la autoprotección y la apatía de la seguridad se desvanecen y la pasión inunda el mundo, o al menos inundó el mío. El presente era lo único que había, lo único que tenía, y yo lo sabía.

La necrológica aforística resultaba especialmente reconfortante. Mi testimonio sería de utilidad si él moría, si yo moría, o, lo peor de todo, si él me dejaba plantada.

Él tenía la polla más grande, más dura y más delicada que he conocido.

Era el que me follaba por el culo, en la posición del misionero, antes de follarme por el coño.

Era el que me parecía hermoso cuando follábamos. A todos los demás los veía como hombres con el rostro contraído; era mejor no mirar.

Durante el sexo no gruñía, ni gemía ni chillaba. Sonreía y tenía los ojos abiertos, radiantes, y moviendo la cabeza, decía: «¡Uau, uau!», y luego me follaba un poco más.

Era el hombre trigésimo tercero, y el único con el que de verdad me gustaba follar. Los otros eran sólo hombres y yo lo consentía. Con resentimiento.

La mayoría de los hombres follan entrando y saliendo, entrando y saliendo, entrando y saliendo, una y otra vez. Pero él follaba como si de verdad fuera a alguna parte. E iba a alguna parte. Fue el único que se

tomó la molestia de hacerse amigo de mi gato. Los otros consideraban mi pequeña bola de pelo un estorbo, un obstáculo o incluso una amenaza. Simplemente no captaban la idea: ámame, ama mi coño.

Él era como de mi sangre.

Él era el que nunca llegó a ser real.

Él era el que nunca conquisté.

Él era aquél con el que más me divertía.

Él tenía la única polla que he venerado.

Él era aquél con quien no sabría decir qué era para mí más placentero, si su placer o el mío. Con los otros, mi placer era el único placer.

Él era el hombre que podía follar tres horas… sin correrse.

Él era el hombre que me enseñó el verdadero goce físico. Con los otros sólo me corría. Con él corría… hasta el Reino.

Él era dulce, dulce, dulce.

Él era el que rezumaba amor. Por las yemas de los dedos, con sus movimientos, con su piel y su polla.

Fuera de la cama no me daba nada. En la cama me daba todo aquello que yo, como mujer, podía desear.

Follaba como un mar embravecido.

Con él, yo no tenía esos orgasmos externos, potentes pero tan breves y geográficamente específicos; era la progresión hacia un maremoto interior que anegaba mi cuerpo, mi cerebro y finalmente se derramaba en mi alma.

A diferencia de los otros, él nunca me pidió que fuera «suya», pero lo era.

Él era el único que me trataba como si fuera suya: en la cama. Todos los demás me trataban como si fuera suya cuando no estábamos en la cama, pero en la cama yo olía su miedo.

Con él, el sexo tenía que ver con la trascendencia; con los otros, con el poder.

Entraba y salía de mi coño, de mi culo, de mi vida. Los otros me asfixiaban, con el necio deseo de colonizar lo que codiciaban.

Follar con él era como respirar en un vasto espacio abierto.

Si no volvía a amar, moriría habiendo conocido un gran, gran amor.

Cuando me follaba, siempre había un momento en que todos mis pensamientos cesaban y se volvían hacia Dios: entraba en Su territorio.

Él no me daba placer. Me poseía.

Veréis, él fue a quien yo amé de verdad.

Tras imaginar su defunción, reuní el valor necesario para continuar con la aventura.

N.º 101

Él está junto a la cama desnudo, empinado y hermoso, y dice: «Enséñame el coño». Me mira mientras me quito el tanga, me reclino en la cama y levanto las rodillas y separo las piernas. Mientras me contempla el coño, dice: «Ábretelo». Con una mano a cada lado, me abro los pequeños labios rosados del coño para él. Se arrodilla delante de mí y me chupa el clítoris, canta a mi clítoris como un trovador que rompe todas las reglas. Mis humedades fluyen en su lengua y él musita:

—Te gusta que te coma el coño, ¿eh?

—Me moriría por que me lo comieras —reconozco.

No imagino un amor mayor en toda mi vida, no espero llegar a sentir un amor mayor, excepto por él. Tampoco pediría ni querría un amor mayor que el que siento por él.

Con los demás, después de él, necesitaré un descanso.

Las reglas no escritas

No hacemos vida doméstica. Nos quedamos en el deseo, en el dormitorio, y fuera de la cocina, el lavadero, el despacho y cualquier otra habitación que amenace con acercarnos a la realidad. En alguna ocasión, hambrientos después del sexo, preparamos la cena; bueno, en realidad la prepara él, pero luego comemos en la bañera con velas y carne cruda y tierna flotando entre los dos en una gran fuente de metal. Los dos en el lado profundo, claro. Nunca hemos ido al cine y tampoco pensamos ir. ¿Para qué? Nosotros somos la película: el porno imposible: visualmente asombroso, espontáneamente inventivo, genitalmente gráfico y visceralmente abrasador. Con Un Hombre, no hay nada previsible. El sexo, el enculamiento, ésa es la única constante. Siempre que nos vemos, follamos.

No somos monógamos. Nunca lo hemos sido y nunca lo seremos. Ninguno de los dos lo ha pedido y ninguno lo ha ofrecido. Ofrecerlo es la única manera en que podría ocurrir: ninguno de los dos se entrometería en la elección libre del otro. La elección libre forma la esencia de lo que arde entre nosotros. Hemos tratado el tema para dejar bien sentado lo que se sobrentiende. «No preguntes ni cuentes» es la política básica. Él dice: «No necesito saberlo». Él se fija en lo que hay, no en lo que no hay.

Dado que era la primera vez que me hallaba en esta situación, pensé mucho en ello. Si una se acuesta con alguien que no es el Ser Amado, ¿qué pasa? ¿Se arriesga a que disminuya el afecto por el Ser Amado? ¿Contamina el amor? ¿O simplemente confirma el amor en todos los sentidos, porque con el contraste se ilumina la belleza del Ser Amado una vez más, de otra manera, desde otro ángulo? Y este regalo mutuo —la libertad de permitir otras experiencias— no hace más que realzar el amor. El amor sin cadenas es amor.

La experiencia de ser realmente libre, sin recriminaciones, sin juicios, de elegir cualquier momento, cualquier día, éste o aquél, no hace más que reforzar el amor del Ser Amado, reforzar la elección del Ser Amado como Ser Amado. No ser monógamos, y ejercer esa opción, asegura el gran amor: siempre puesto a prueba, se ve confirmado, fortalecido, reconstituido, redefinido.

Si un hombre puede poseer a una mujer sexualmente —poseerla de verdad—, no necesitará controlar sus ideas, sus opiniones, su ropa, sus amistades, ni siquiera a sus otros amantes. Por mi experiencia —y he tenido muchos amantes—, puedo decir que sólo él me ha poseído de verdad y me ha hecho libre de este modo. Se pasa horas dándome por el culo con una polla dos centímetros demasiado grande para esa tarea: eso es posesión. Después de una sesión como ésa, no necesita infiltrarse en mi vida, ni en mi psiquis, ni en mi tiempo, ni en mi armario, porque se ha infiltrado en la esencia de mi ser; el resto es decoración periférica. En la dominación —la dominación total y absoluta de mi ser— es donde encuentro la libertad.

Supuse desde el principio de nuestra relación que probablemente follaba con otra en algún sitio. Y él sabía que yo lo sabía. No era la pelirroja prerrafaelita sino una morena muy mona y callada que también iba al gimnasio. Incluso me excitaba el poder que yo suponía que él tenía sobre ella. Yo sabía de su existencia, pero ella no sabía de la mía, y eso ya me iba bien. De hecho, tenía fantasías con ella. De que yo misma la seducía, de que él le decía que me comiera el coño mientras nos miraba. De vez en cuando me encontraba con ella en el gimnasio y siempre teníamos un trato cordial; parecía una persona agradable, discreta.

Él y yo incluso hablamos de hacer un trío con ella; siempre recordábamos con cariño la magia de nuestros tiempos con la pelirroja y nos preguntábamos si podría reproducirse con alguna otra persona. Pero dijo que no estaba seguro de si a mí me gustaría el cuerpo de ella. Para mí, en cuestiones de belleza, la proporción es importante, y si bien ella era delgada, tenía el culo ancho y las tetas pequeñas. A él ya le valía, obviamente, pero quizá no a mí. Una evaluación curiosa, pero probablemente correcta.

Sin embargo, con el paso del tiempo, esta mujer se volvió cada vez más abstracta. Un Hombre me follaba tan a menudo y tan bien que fue fácil dejarla de lado, casi olvidarla. El hecho de que tenga libertad de follarse a quien le apetezca y sin embargo me llame repetidamente, venga a mí, me folle, parece una mayor prueba de amor y deseo cotidianos que un compromiso de monogamia, sobre todo si éste se crea sólo para que no asomen a la superficie las inseguridades.

¿Es su amor por mí tan profundo como el mío por él? Me da igual si es tan superficial como profundo el mío, siempre y cuando él, y su deseo duro como una piedra, se presenten en mi puerta trasera varias veces por semana. La sodomía enciende una gratitud de gran alcance. Sospecho que hasta que él hizo pedazos el panel de control de mi ser —mi agudeza mental y mi fuerza física—, yo nunca había amado.

¿Cómo se sabe que es amor, amor verdadero?

Cuando conoces a aquél con quien no temes morir. Aquél que elimina ese miedo constante y corrosivo a la muerte y te da aire para respirar.

No tener miedo a la muerte, ésa es la sensación que me invade cuando me da por el culo. La penetración por el coño no ahonda tanto en mi psiquis; no rompe la barrera; no detiene el miedo.

¿Qué llegó antes, el amor o la sodomía? El amor surge de la lujuria. Eso lo sé. Además, no confío en el amor. Me lo han declarado demasiadas veces. Sin embargo, confío plenamente en la lujuria.

N.º 121

Después, digo: «Quizá ni siquiera sea el sexo. Quizá sea algo más. Más allá del sexo». ¿Tenía yo regularmente un orgasmo clitorideo tras otro? No. ¿Había pensado en ello? No. Sólo una tonta se aferraría a lo que ya conoce cuando le están mostrando una tierra de liberación más allá del orgasmo. La tierra de la armonía, de la profunda armonía con otro ser humano. Familia. Él es mi familia.

K–Y

—¿Qué haces esta tarde?

Y así empieza.

Él tiene una cita a las seis, vendrá a las tres. Ahora son las dos. Una hora. La cortesana asume su papel. Abro el grifo de la bañera, bien caliente, y la lleno.

Compruebo el alijo de condones y lo relleno. Siempre tengo de sobra, cinco como mínimo, y si son más, tanto mejor; me produce una sensación de abundancia, de posibilidades, como las palomitas de maíz. Compruebo los tubos de K–Y, empujo el contenido hacia la abertura y luego, como están pegajosos de la última vez, los enjuago bajo el grifo. El calor aumenta mientras lavo los tubos. Con el cepillo de uñas rosado, limpio el borde por debajo del tapón que él abre con el pulgar. Ahí siempre se acumula la suciedad; es así como sé que se ha usado ese tubo. Me encanta lavar esos tubos hasta dejarlos impecables.

Al principio, compraba los tubos de viaje, válidos para una o dos sesiones, pequeños, discretos, negables. Al principio, cuando conocí el éxtasis del acto, también pensé que sería un acontecimiento muy infrecuente, una especie de regalo especial de cumpleaños. Creí que no sería saludable para mi pequeño agujero ser invadida demasiado a menudo. Pensé que la dicha no era gratuita, ni planificable y, desde luego, no era algo que se me fuera a cruzar con regularidad. Estos razonamientos me llevaron a comprar los tubos de viaje pequeños. Pero los tubitos se me acababan enseguida, y la negación se convirtió en un esfuerzo. El sexo por el culo pasó a formar parte del repertorio habitual. La siguiente vez que abrió el cajón, sacó un tubo gigante, blanco y azul, de tamaño fálico, lo miró y, desternillándose de risa, se cayó de la cama. Había sido una

maniobra arriesgada por mi parte. Presuntuosa. Práctica.

Después de varios meses de usar un tubo grande tras otro, dejé dos tubos grandes juntos en el cajón. Así desarrolló el ritual de esparcir los tubos mientras yo le chupaba la polla. Un hombre muy guapo, con una tremenda erección, lanzando esos grandes tubos de plástico azul y blanco por la habitación (allí donde caíamos, me follaba por el culo, justo allí, en ese mismo momento, sin necesidad de alargar el brazo): nunca he conocido una imagen de promesa tan cercana a una garantía con un hombre. La alianza de oro en mi dedo anular de la mano izquierda era una garantía mucho menor. Pronto hay hasta cinco tubos a la vez en el cajón, cada uno consumido en distinta medida, cuanto más vacíos, mejor.

Todavía no he calculado para cuántos polvos da un tubo de cien gramos. Probablemente unos once. A 4,19 dólares el tubo, sale a 38 centavos el polvo…, si a eso se suma el precio de un condón (14,99 dólares las tres docenas), 42 centavos, resulta que lo mejor del mundo cuesta menos de un dólar. Un día descubrí que en Costco los tubos estaban de oferta, dos por cuatro dólares, y compré seis. Con eso, el total se reduce a 60 centavos por corrida. (Sodomitas: usad gafas de sol cuando compréis
K–Y
y no os volváis en la cola de la caja: todo el mundo os está mirando el culo con incredulidad).

Voy a hacer acopio de
K–Y
. El no va más de los lubricantes. Agradecida por el suave viaje.

Una vez vi por la televisión una tertulia en la que una psicóloga interrogaba a un travesti para poner a prueba si era gay o hétero. En un rápido juego de asociación de palabras, ella decía «fútbol», él decía «cerveza»; ella decía…, él decía…; ella dijo «KY», él dijo «Kentucky». Ella anunció triunfalmente que era heterosexual y, añadiría yo, sin duda un heterosexual no sodomita.

Entre los lubrificantes líquidos, Astroglide es el rey. Pero cuidado: si mezcláis Astroglide y
K–Y
durante un único y vigoroso polvo por el culo, acabaréis con un montón de espuma. Espuma por todas partes.

¿Qué significa la sigla

K–Y

? Según Johnson & Johnson, que fabrica el gel desde 1910 —sus representantes comerciales estuvieron muy amables por teléfono—, no significa nada; son sólo letras arbitrarias asignadas por los científicos que llevaron a cabo la investigación inicial. Pero han llegado a significar mucho.

Sin rastro

Ahora que estoy en el pecado y en el amor, los testimonios apresuradamente escritos en mi diario sirven para mantener a raya la angustia de la pérdida. Con él vivo al borde del abismo. El terror de que esta experiencia pueda acabarse compite con el terror aún peor de que podría perderse para siempre.

Como él y yo no estamos fusionados, salvo durante el contacto sexual, tengo que estar siempre lidiando con el espacio entre los dos. Nunca se queda más de la cuenta, así se hace de rogar, cultiva un componente erótico de consecuencias poderosas y paradójicas. Por un lado, el elemento de la inestabilidad es sin duda un factor esencial, quizás el factor central, para generar la emoción total de todos y cada uno de los encuentros. El ardor cuya pérdida lamentan las parejas monógamas siempre está presente en nuestro caso. Y sin embargo esta imprevisibilidad también me deja mucho tiempo y espacio para que afloren las inseguridades del amor. Así pues, dudo, cuestiono, me preocupo y acumulo sobre mí humillaciones para las que no hay ni prueba ni refutación alguna. La voz residual de las convenciones siempre intenta minimizar y ridiculizar mi experiencia trascendental. Y no obstante nunca he intentado controlarlo para evitar esa angustia; siempre he sabido que él no es una prolongación mía, sino un ser humano claramente distinto.

Además, soy muy consciente de que si un hombre exhibe demasiadas señales de apego, pierdo el interés, y el sexo se convierte en una obligación. El deseo es excitante, una manifestación del libre albedrío; el apego es el enemigo del libre albedrío. Un Hombre, haciéndose de rogar, ha sido el primero en tenerme en ese delicioso punto donde florezco y sufro a la vez: siempre en estado de deseo, siempre en estado de necesitar más.

Es más fácil querer algo que tenerlo, y muy a menudo cuando

consigues lo que querías desde hacía tiempo, estás ocupada con diversos sucedáneos. Con él, querer y tener se combinan, existen de manera simultánea. Es mi fantasía real y a la vez eternamente imposible: un hombre al que puedo respetar.

Dado que vive inmerso en el presente, él no deja rastro. Está aquí cuando está aquí. No está cuando no está. Otros permanecen cuando no están, como un mal olor, aunque nunca hayan estado aquí realmente. Él es el más presente y, en consecuencia, noto su ausencia de manera más nítida y dolorosa.

Rehúye la nostalgia, detecta el sentimentalismo a la legua, y la única prueba concluyente de nuestros encuentros es la implacable dureza de su polla. Desde luego no es algo a lo que una chica puede aferrarse después del acto. Se reserva su vida privada. Yo no conozco a sus amigos y no sé qué hace durante el tiempo que no pasa conmigo. No es un romántico, es un militante del aquí y ahora. Actúa como un hombre sin miedo a la muerte, o al menos gozosamente desafiante. En cambio yo vivo atormentada por mi mortalidad, y por eso escribo y escribo, buscando las pruebas, creando las pruebas de nuestra relación. El dice que no necesita devoción, dice que ni siquiera necesita que lo escuchen. Si no lo oyen la primera vez, lo repetirá. Lo que quiere, dice, es la aventura, el viaje juntos, la oportunidad de dar un salto en el tiempo con alguien.

Un Hombre tiene muchos recursos. Puede colgar un espejo con tacos, limpiar una claraboya, asar un costillar de cordero, posar desnudo en el jardín como una estatua de Rodin y follarme por el culo. Es un hombre de acción, no un pensador, y admite abiertamente que quiere que una mujer sea más lista que él. Nunca he conocido a un hombre tan valiente como para desear eso. Es la seguridad de un hombre que es dueño de su polla y sabe exactamente qué hacer con ella y dónde ponerla. Los pensadores, en mi experiencia, no pueden follar; están demasiado ocupados con el significado y las metáforas, demasiado ocupados eludiendo su herramienta, temerosos de entrar por un agujero sin una salida claramente marcada. Él es un infrapensador, y un superfollador. Un Hombre me deja a mí el significado de las metáforas.

No me ha hecho casi ningún regalo material. Excepto uno. Un paquete de diez blocs de papel pautado. Lo estoy usando ahora. Un

tío listo.

¿Por qué él? Cuatro cosas:

1) Me ama.
2) Sabe follarme.
3) No me toma en serio.
4) No le doy miedo.

Ningún otro poseía estas cuatro virtudes. La mayoría sólo tenía la primera. Incluso ésa era por lo general sólo un sentimiento, no una manera de actuar. Si me amas, me follarás sin miedo. No quiero ser la puta de las inseguridades de un hombre. Quiero ser mi propia puta.

Estadísticas

Dejemos ya mi historia, por el momento. ¿Y qué hay de la vuestra? Os diré que no soy la única en mi obsesión, para algunos ilícita. Pese a la histórica decisión del Tribunal Supremo en el año 2003 respecto al caso «Lawrence contra el estado de Texas», que declara inconstitucionales e inaplicables las leyes contra la sodomía, las leyes siguen presentes en los códigos de veintidós estados y Puerto Rico (y sospecho que Disneylandia tiene en letra pequeña una ordenanza al respecto). Todos los estados de la Unión contaron con una ley contra la sodomía hasta 1962, cuando Illinois fue el primer estado que la revocó. Las revocaciones se propagaron por veintisiete estados más y el distrito de Columbia; es bueno saber que todo ese dar por el culo en la capital de la nación por fin se ha legalizado.

Entre todos los estados donde las leyes contra la sodomía se encuentran aún en la legislación vigente, Kansas, Missouri, Oklahoma y Texas son los únicos en que «el vicio inefable de los griegos» sigue siendo ilegal sólo para los homosexuales, en tanto que Alabama, Florida, Idaho, Louisiana, Michigan, Mississippi, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Virginia lo prohíben sin distinción de sexo o especie.

Las definiciones varían: en Rhode Island, por ejemplo, donde la ley se revocó en 1998, la sodomía era un delito mayor, un «atentado abominable y repugnante contra la naturaleza» que merecía entre siete y veinte años de prisión; a menos, claro, que se estuviese casado. Entonces no pasaba absolutamente nada. ¡Y pensar que había que casarse para ser legalmente «abominable y repugnante»! Siento un verdadero respeto por esa clase de lógica jurídica.

Carolina del Sur es el único estado que todavía hace referencia a

la sodomía con el arcaísmo *buggery*, «bujarronería», un afectuoso gesto de reconocimiento, supongo, a su antigua condición de colonia británica. Este estado también ostenta el impresionante honor de contar con el mayor número de acusaciones: entre 1954 y 1974 hubo nada menos que 146 casos de sodomía, que dieron lugar a 125 condenas.

En Oklahoma, en 1977, un intento de revocar la ley contra la sodomía fracasó debido al «coro de risitas» que demoró la votación, según las actas oficiales. En Arkansas, donde la sodomía se definió como un delito menor sólo para homosexuales, la ley iba explícitamente «dirigida a bichos raros y maricas que viven en un mundo de plumas e intentan destruir la vida familiar». Por suerte esta ley se declaró anticonstitucional en 2002, aunque fuese sólo para desviar la atención de la tendencia de las leyes de Arkansas a usar vocabulario como «bichos raros y maricas».

Minnesota se lleva la palma en lo que se refiere a la defensa de los derechos de los animales: antes su ley, hoy revocada, tenía un anexo curioso donde se especificaba que el sexo «entre seres humanos y aves» estaba terminantemente prohibido. Por lo que se ve, algún enfermo mental confundió una pájara por otra. Como mujer para quien la mayoría de los animales son preferibles a la mayoría de las personas, diré sin reservas que, en mi opinión, esta ley en particular debería reinstaurarse para perseguir a aquellos ejemplares de *Homo sapiens* que representan una amenaza para la comunidad aviar.

Las penas que acompañaban estas leyes variaban ampliamente: en Utah, podías salir del paso con una multa de mil dólares, por lo que era uno de los estados de la Unión más baratos para la práctica de la sodomía ilegal. En 1857, un mormón de veintiún años fue condenado a muerte por «bestialismo» con su caballo, pero en una inversión brutal perdonaron al mormón y mataron de un tiro al caballo. Lógico.

A propósito de Utah, no puedo por menos que preguntarme qué opinan los mormones del sexo anal —es decir, con humanos— con todas esas esposas y orificios de más por la casa. ¿Es posible que la prohibición de disfrutar de múltiples opciones conduzca a otros disfrutes?

Sin embargo, uno tenía que andarse con cuidado en el contiguo

Idaho, donde el mismo acto podía mandarlo al trullo de por vida con los demás sodomitas recién convertidos. Esta enorme variación de penas en tan estrecha proximidad geográfica induce a pensar que la frontera de doscientos cincuenta kilómetros entre Utah e Idaho podría estar plagada de moteles baratos —la Ruta de la Sodomía—, llenos de residentes de Idaho gozando de una conducta fronteriza a precio de ganga.

Pese a su nuevo estatus jurídico, la sodomía sigue siendo el último tabú, sexual y social. Oprah Winfrey habla de todo: violación, abusos deshonestos a menores, incesto, adulterio, asesinato, drogas, homosexualidad, bisexualidad e incluso tríos. Pero nunca, jamás, de la sodomía, excepto para presentarla como ejemplo de malos tratos y comportamiento delictivo. Siempre un escándalo, nunca publicidad. «Es curioso que la literatura del siglo XIX esté delimitada en sus dos extremos por un escándalo anal», observó el crítico de teatro Kenneth Tynan. «Wilde en el trasero de Bosie, Byron en el de Annabella».

Todas estas pruebas me llevan a pensar que entrar por la salida nunca será una práctica dominante. Ni siquiera el corrector ortográfico de mi procesador de textos, que reconoce más de 135 000 palabras, reconoce el verbo «sodomizar». Pero no importa. Sé cómo se escribe.

Interés público

Sin embargo, según el estudio nacional más amplio y serio de la conducta sexual publicado en Estados Unidos, existe un creciente movimiento clandestino de conducta heterosexual por la puerta de atrás. «Nuestros datos ponen de manifiesto que el sexo anal tiene mucha más presencia de la que cabría esperar», comienza el seco reconocimiento de los sorprendidos investigadores. En total, el 25 por ciento de los hombres y las mujeres lo intentan a lo largo de sus vidas, y el 10 por ciento lo ha hecho en el último año. Sólo un dos por ciento, sin embargo, en su encuentro «más reciente». Me encantan las estadísticas.

No obstante, entre los treinta y los cincuenta años, la probabilidad de sodomía heterosexual masculina se eleva a la respetable cifra de un tercio de todos los hombres. Uno de cada tres. Pensad en ello la próxima vez que estéis en una fiesta y echéis un vistazo alrededor. Una curiosa nota a pie de página señala que todos estos porcentajes se basan sólo en las dos principales relaciones de una persona. Lo cual significa: si alguien practica el sexo anal con su amante número tres, no queda reflejado en estos datos. ¿Acaso el sexo anal con el tercero no cuenta como comportamiento estadísticamente válido? ¿Por qué no se incluye? Me huele a juego sucio. Me gustaría saber quién pagó este estudio. O tal vez los rastreadores habían encontrado la pista de una verdad oculta: quien sea que te dé por el culo nunca será el tercero o ni siquiera el segundo. Los sodomizadores serán siempre el primero.

Cuando empiezan a desglosar en categorías socioeconómicas a los prospectores anales, las cosas pasan a ser aún más interesantes: a mayor nivel educativo, más sexo anal. ¿Qué enseñan hoy día en las universidades?

Como quizá no deba sorprendernos, los hombres y las mujeres

ateos son los mayores entusiastas del sexo por la puerta de atrás, pero los católicos, que ocupan el segundo lugar, no les van a la zaga. Para los primeros, es el placer, la perversión y posiblemente su única oportunidad de una experiencia religiosa de sumisión: para los segundos, sin duda, es un simple método para el control de la natalidad.

Si bien las mujeres blancas son las receptoras sodomitas más comunes (Sue Johanson, la doctora Ruth de Canadá, dice que el 43 por ciento de las mujeres han probado el sexo anal), según parece los hombres blancos no son los perpetradores más probables. Los hombres hispanos son el acompañante más probable de las mujeres blancas en el viaje al otro lado. ¡Y pensar que el sexo anal fomenta la integración!

Quizá sea todavía más políticamente correcto el movimiento del «novio mío, agáchate», menos extendido, pero significativo. Este movimiento merece con toda seguridad…, bueno, en fin, estos chicos se merecen una mención especial por afrontar no sólo el terror a la homosexualidad, sino también a una novia blandiendo un consolador más grande que sus propias pollas. ¡Y vaya un movimiento! La oportunidad de ser una chica, la oportunidad de averiguar lo que hay de sumisión en el hecho de tener una polla dura de quince centímetros metida por el culo. Vamos, chicos, agachaos…, aceptadlo como hombres.

Y helo ahí: el curioso doble rasero común a tantos hombres heterosexuales, aterrorizados ante la idea de recibirlo, pero demasiado deseosos de darlo. ¿Y eso a qué viene? ¿Cómo pueden pretender que una mujer se deje meter una polla por el culo cuando ellos se ponen a chillar si se les acerca algo mayor que un pulgar? No es que yo quiera que cualquiera de mis hombres muestre demasiado interés en agacharse. No es eso. La protesta es la única postura digna para un hombre heterosexual que consiente en ser follado por el culo. La protesta en cada centímetro del camino, diría yo.

En la popular obra de Eva Ensler *Monólogos de la vagina* la protesta está muy presente. Pero ¿por qué en todas esas entrevistas, en todas esas preguntas, en todos esos monólogos, no se menciona ni una sola vez el agujero del culo de una mujer? Tan cerca y, sin embargo, tan lejos; el espacio que podría cambiar el mundo. Toda

esa Charla sobre Coños «liberada», y sin embargo cuánto evita lo que está detrás del lugar sagrado: el agujero sin retorno. En fin. Para aquéllas que ahora claman victoria por delante, sería una traición, supongo, defender la rendición por detrás. La victoria por detrás, sin embargo, parece mucho más…, cómo decirlo…, honrosa. No puedo evitar preguntarme, si escribiera una obra titulada *Diálogos anales*, si encontraría una sala siquiera en el off–off–off Broadway. Tal vez en algún oscuro espacio teatral en un callejón trasero poco frecuentado.

Obviamente, no es recomendable hablar a gritos sobre el sexo por el culo desde los tejados, ni en las ondas de las radios nacionales. En abril de 2004, se pretendió que Clear Channel Communications, la mayor emisora de radio del país, fuera multada por la Comisión Federal de Comunicaciones nada menos que con 495 000 dólares a causa de un único fragmento de veinte minutos del *Howard Stern Show* en el que Stern hablaba, con cierto detenimiento, de lo que él llama «anal». (No debió de hacerle ningún favor el hecho de que en la conversación se intercalasen pedos). Menos mal que el sexo anal es mucho más barato que hablar de él.

Pese a esta nueva tendencia a censurar la sodomía, últimamente el sexo anal ha tenido varias prometedoras apariciones tanto en la gran pantalla como en la pequeña. El tema salía con regularidad en la popular serie de televisión *Sexo en Nueva York*, cuyas protagonistas no sólo hablaban del creciente interés de los hombres en «el culo», sino también de su propia predisposición a acomodarse a esos intereses, si era apropiado hacerlo en una primera cita y los aspectos básicos de la lubrificación. Quizá más sorprendente fuese la mención en la taquillera película de Hollywood *El diario de Bridget Jones*. En un momento dado, cuando Bridget está en la cama después de mantener relaciones con el canalla de su amante, Daniel Cleaver, le recuerda que lo que acaban de hacer es ilegal en varios países. A lo que él responde, sin inmutarse, que ésa es una de las razones por las que le complace tanto vivir en Inglaterra en la actualidad.

¿Es Daniel Cleaver la última encarnación del chico malo, el follador incontenible del siglo XXI? Al fin y al cabo, el sodomizador incontenible sencillamente traslada su incontinencia a un nuevo

agujero. Lo mismo ocurre con el coito anal en la posición del misionero. El término en sí evoca la contradicción perfecta: la posición más patriarcal, la más sancionada bíblicamente y, sin embargo…, en fin, hay que ver cómo cambia las cosas un par de centímetros. Por otra parte, la experiencia —mejor realizada con una buena almohada, bien firme, debajo del culo— me hace sentirme claramente como una misionera. Al fin y al cabo, aquí estoy difundiendo el mensaje, compartiendo la epifanía como una creyente neófita, una conversa, una fanática anal.

N.os 145 y 146

Hemos llevado a cabo el número 145 y 146 consecutivamente en el transcurso de una hora y media. No se le ha bajado ni un momento. Le he cogido la polla por la base poco después de que él la sacara y lanzara un chorro vertical por mi espalda arqueada, que ha pasado por encima de mi cara. Su semen ha aterrizado de pleno en la almohada de terciopelo negro con un ruido placentero. Tenía aún en los ojos esa mirada, la mirada enloquecida de cuando folla, y le he preguntado:

—¿Te puedo lamer la polla?

—Sí —ha contestado en voz baja, con generosidad.

Y hemos vuelto a repetirlo todo. Doble dicha, doble corrida, diversión exponencial.

La preparación

> Si lo quieres todo, los dioses te lo darán. Pero debes estar preparado para recibirlo.
>
> Joseph Campbell

Seco con la toalla los tubos de K–Y recién lavados y vuelvo a guardarlos en el cajón de la mesilla de noche. Cierro el grifo de la bañera y me desnudo en el vapor caliente. Con las rodillas en alto, me lleno el coño de agua y la expulso como el chorro de un manantial bajo la superficie. Observo las ondas en el agua, y a veces levanto la cadera para poder ver el manantial por encima del agua. Tras enjuagarme, enjabonarme y depilarme, quito el tapón, me acuclillo y, tras enjabonarme un poco el dedo corazón, me lo introduzco en el culo y me hago un buen lavado con agua caliente. Se podría comer de mi culo y en mi culo; así de limpio lo tengo.

Al salir de la bañera, me seco, me pongo crema y polvos de talco por todo el cuerpo —pantorrillas, muslos, culo, vientre, brazos, cuello, pechos—, me lavo los dientes, me peino, me perfumo las muñecas y el cuello y me doy un toque de rojo con un brillo de labios.

Ordeno el dormitorio, quitando de la cama los libros, papeles, revistas y mandos a distancia y apilando las almohadas en la cabecera. Saco del armario el cuadrante rosa un cojín rectangular que compré porque me gustó el dibujo de flor de lis. No pega con los colores de los demás cojines, pero encaja perfectamente bajo mis caderas, elevándolas a la altura de la polla. Es uno de los complementos preferidos de Un Hombre y, una vez en que me

olvidé de ponerlo en la cama, lo vi de pronto recorrer la habitación con la mirada, inquieto: «¿Dónde está el cuadrante rosa?».

Voy a mi armario y planeo lo que me voy a poner. A veces un sujetador negro y un tanga o, algún día, cuando quiero ir de puta, bragas sin entrepierna. A Un Hombre no le dicen gran cosa los toques postizos de puta; cuando ve esas monadas sin entrepierna se limita a sonreír con indulgencia. Pero tampoco lo disuaden.

Lo más habitual es un camisón largo de seda o de terciopelo, elegante pero fácil de levantar. Si me apetece mostrar más, elijo un pantalón muy corto bien ceñido y un top mínimo. Dama o puta, me pongo pantuflas de tacón alto y no me las quito en toda la sesión; o al menos eso intento. El ruido de esas pantuflas al caer al suelo, con el arrebato del momento, una detrás de otra, es lo que él interpreta como la señal de que las cosas van bien, de que vamos por el buen camino, de que ahora yo he perdido el control de las apariencias, los miedos e incluso los zapatos. Por lo general, cuando lo tengo a él bien metido en el culo es el momento en que ya no puedo mantener las pantuflas en los pies.

Extiendo la ropa en la cama y lleno un par de botellas de agua, las dejo al lado de la cama y le abro una cerveza fría. Corro las cortinas y enciendo velas: al menos diez. El incienso se añade al humo: la capilla está lista para su confesión, y para mi bautismo. Conecto el contestador y pongo música. Tiendo a la espiritualidad New Age y los cánticos monásticos —ante lo que él comenta sonriente: «¡Vaya, con que hoy toca un polvo sagrado!»— o Leonard Cohen o Tom Waits, que gruñen como sólo ellos saben hacerlo: con una angustia inimitable. Pero Ella cantando a Gershwin es lo mejor. Ella es sexy pero no ligera, feliz pero no empalagosa, seria pero divertida, y completamente subversiva. Ella utiliza la voz de una manera cadenciosa; yo lo aprendí de ella. Canta sobre las rameras, las furcias, Delilah, y las «diversiones entre chicos y chicas». Pero en último extremo lo que cuenta es el ritmo. Es un ritmo de mamada. Ella me inspiró a mamarla del mismo modo en que canta: suave, relajado, profundo, sorprendente, pícaro, indulgente, claro.

Luego el último aviso. Suena el teléfono y él me susurra al oído: «Es la hora». Eso me deja diez minutos para el ritual de cierre. Afeitarme el coño. Lo dejo para el final, por costumbre. Al principio, dudaba tanto que fuera realmente a venir, me costaba

tanto creer que fuera a recibir ese placer una vez más, que por miedo no me afeitaba hasta esa última llamada. No estaba dispuesta a arreglarme el pubis por nada. Un coño recién acicalado sin fiesta a la que asistir es una imagen muy triste. Habría sido una desilusión mayor de la que podía resistir. Así que lo dejo para el final.

Ahora estoy desnuda, pero con las pantuflas de tacón. No puedo afeitarme el coño sin tacones, nunca lo he hecho, jamás. Me estiran las piernas, convirtiendo mi cuerpo en un caballete con el lienzo expuesto, la entrepierna, para el diseño inminente. Por alguna razón me induce a pensar en Jackson Pollock, aunque yo soy más precisa que él en la realización.

Saco dos maquinillas Daisy nuevas de color rosa del cajón y extraigo la funda protectora de plástico de la primera. Dispongo el instrumental: espejo, talco y gel de aloe.

En ese momento decisivo, cuando estoy a punto de ponerme manos a la obra, pero antes del primer corte, siempre leo el poema de William Blake que tengo en el alféizar del cuarto de baño en un pequeño marco verde y dorado. Se titula «Eternidad».

Aquél que se aferra a un goce
aniquila la vida alada;
pero aquél que besa el goce al vuelo,
vive en la aurora de la eternidad.

Este poema de cuatro versos es la razón por la que he tenido el valor día tras día, mes tras mes, para dejar de lado el miedo a la pérdida y vivir con Un Hombre en el presente, el único lugar en el que podemos existir juntos. En estos versos encuentro el valor para afeitarme el coño, poniendo en peligro mi dignidad con cada pasada de la cuchilla. Cada roce de la hoja revela mi vulnerabilidad mucho más que mi sexo. Estoy segura de que Bill Blake nunca imaginó que su profundo poema encontraría un uso tan práctico para un acto profano en terreno tan sagrado. Da igual, él es mi profeta.

Bien, el afeitado del vello púbico es un tema interesante. Yo le tengo una fe absoluta. Recortaos esa pelambrera, chicas, proporcionadle una buena vista, dejadle libre acceso. La cera en realidad no va bien. Dura una semana, pero luego os esperan tres

semanas de granos y puntas que asoman hasta que podéis volver a depilaros. Yo no soporto esos granos y esas puntas durante tres semanas. Así que me afeito cada vez. Me lo hago en seco, poniéndome mucho talco y con dos maquinillas desechables de doble hoja. A contrapelo, pero con cuidado. Nunca me corto y nunca me quito una capa de piel como cuando me afeito con agua.

Luego está la forma. Al principio, sólo recortaba por los lados, el corte tutú, de mis tiempos de bailarina: un bonito triángulo isósceles. Pero luego fui a unos cuantos clubes de *striptease* y sentí envidia de esos coños sin vello y a la vista. Ahora me afeito todo lo que hay en torno a los suavísimos labios y dejo un bonito triángulo en la parte superior; aunque, con muchísimo cuidado, recorto a ambos lados de lo alto de mi raja, sólo para resaltar la grieta mágica. Muy sexy, muy porno. En la cama, con las piernas por encima de la cabeza, espejo en mano, me afeito los pocos pelos alrededor del culo: suave como un bebé. En esta postura, veo lo que ve él, lo que ama, adonde va. Mi ojo del culo.

Me visto. Llaman tres veces a la puerta con firmeza. Estoy lista.

Aritmética de Año Nuevo

Este año, ochenta y cuatro polvos anales: eso equivale a una media mensual de siete, es decir, 1,75 por semana, uno cada 4,3 días. Pero él estuvo de viaje 21 semanas, en la ciudad 31 semanas, lo que equivale a una media semanal de 2,7 polvos por el culo, o sea uno cada 2,6 días. Me gustan las matemáticas; lo hago para tener fe. El marqués de Sade y yo: él también contaba.

Su polla

Las pollas siempre me han parecido bastante feas; mejor no mirarlas muy detenidamente. Arrugadas, asimétricas, con distintas tonalidades de color. Colgantes y absurdas cuando están caídas, curvas, venosas y francamente raras cuando están en alto. ¿Se supone que esa extraña protuberancia se concibió para que yo me humedezca? Visualmente, me dejaba seca. Visualmente, era cómica.

Y daba miedo. Y todos quieren que se la lamas, se la chupes y se la frotes. ¡Agh! Lo único que me gustaba de ella era la metáfora, un monumento de deseo vertical. Y ese pelo enmarañado por todas partes. Es ofensivo. Cuando me dignaba hacerle una mamada a un hombre, se me quedaban pelos en la lengua; y una puede tardar años en encontrar a ese culpable rizado. En pocas palabras, para mí la polla no era hermosa.

Las mujeres, en cambio, sí son hermosas. Pechos, caderas, curvas, culos, caras, ojos, labios, olor, coño: todo en una mujer hermosa es, en fin, hermoso. ¿Verían mis ojos alguna vez una polla como un objeto bello? Como mucho, las toleraba y en el mejor de los casos sentía un pasajero afecto por ellas. Y como no hacían gran cosa por mí durante el coito, la verdad es que no encontraba un lugar apropiado para ellas.

Y entonces apareció él y todo cambió, en esas tres primeras horas. La epifanía de la polla. Me encanta su polla. Cada milímetro, cada centímetro, cada movimiento en todo momento. La suya fue la primera que me habló, que me tomó personalmente, que nunca me falló. Un Hombre permanece sereno ante su propia erección: la prueba final de la dignidad masculina.

En mi experiencia, la mayoría de los hombres, cuando la tienen tiesa, no actúan como si el pene fuese suyo, sino como si de pronto estuviesen sometidos a una especie de radar eréctil que los obliga a

renunciar a toda responsabilidad por su conducta errática. En cambio, Un Hombre plantea una paradoja absoluta. Rebosante de los mismos jugos, los mismos deseos, la misma dureza, nunca pierde el control. Usa su deseo para crear un acontecimiento, para derribar barreras, para hacer algo que no se ha hecho antes. Es el único hombre que he visto capaz de pasearse por una habitación con una erección brutal y aun así parecer un hombre con un objetivo: concentrado, alerta, controlado y travieso. Tiene las erecciones más nobles que he conocido.

A veces hablamos de adonde va exactamente su polla dentro de mi cuerpo. A algún lugar en pleno centro, por detrás de mi ombligo. Incluso lo hemos medido con la cinta métrica. Es difícil calcular el ángulo exacto. Lo que es cierto es que agita mi vientre, de derecha a izquierda, hacia delante y hacia arriba, de lado y hacia atrás. Realmente capta tu atención, eso de tener una polla enorme en el culo, induce a la concentración. Cada vez, es un renacer. De momento llevamos ya casi ciento cincuenta. Eso es empezar una nueva vida muchas veces. Cabría preguntarse, después de tantos polvos por el culo, por qué seguir contando. ¡Es que soy anal! Ahí lo tienen. He vuelto a la difícil edad de los dos años.

La mejor manera de sentir, de conocer la polla de un hombre es por el culo, donde las paredes se adhieren a cada centímetro hasta el glande. Un coño es menos sensible, tiene menos terminaciones nerviosas, menos fuerza, menos potencia muscular, y a menudo menos interés.

Un coño, desde el punto de vista genético, quiere ser impregnado, quiere los jugos; un culo quiere pasárselo en grande. Ambos agujeros, me atrevería a postular, reconcilian el problema de la mortalidad como cavernas de la creación: las vaginas para los bebés, los culos para el arte.

Y hablando de Miguel Ángel, está la cuestión de recortar la pelambrera, la pelambrera masculina. Un Hombre lo hace. Al principio no, y luego un día propuse que un círculo recortado en torno a la base de la polla quedaría fantástico, como un guerrero samurái. «La depilación es el acto de un amante quisquilloso», declara el *Kamasutra*. Se lo pensó un momento y acto seguido entró

en el cuarto de baño y se sentó en el borde de la bañera. Mientras yo le sostenía la linterna, él se recortó el vello.

Y se recortó y recortó. Fue más allá de la idea original y se lo cortó todo: los lados, arriba, los huevos, debajo de los huevos, todo. Ahora ya no hay vuelta atrás a la pelambrera. Disfruto un contacto mucho mejor con la mano y la boca, sin pelos rizados en la lengua, y su polla y sus huevos tienen un aspecto magnífico. ¿Por qué no se recortan el vello todos los hombres? Vanidad. El vello camufla su vergüenza. Sin vello, no hay vergüenza.

La importancia del tamaño

Mucho se habla del tamaño. ¿Desde dónde hasta dónde se mide? ¿Desde la parte de delante? ¿Desde el estómago? ¿Desde el ombligo a la punta? ¿O desde la base por encima de los huevos? ¿O, ya puestos, desde los dos laterales, más neutros? Y luego, ¿se mide el pene en una erección en el aire o se puede coger la polla por la base y estirarla hacia abajo y hacia el cuerpo e incluir ese par de centímetros de más en la medición? ¿Y con qué se mide? ¿Con una regla, que no se dobla? ¿Con una cinta métrica, que se desliza una y otra vez? ¿Con la palma de la mano? ¿A «ojo de buen cubero» para dar un cálculo aproximado?

¿Y quién la mide? ¿Un médico? ¿Una amante? ¿El propio hombre? (No podemos fiarnos de esos datos). Con tantas discrepancias posibles —y probables—, yo diría que el cálculo del tamaño del pene es una ciencia de lo más inexacta, un estudio sujeto a variaciones tan extremas que cuando los hombres hablan y hablan sobre el tamaño, dudo que estén siquiera comparando un pene con otro. En su libro *Mujer, una geografía íntima,* Natalie Angier dice que el falo humano erecto mide de promedio 14,5 centímetros (me pregunto si obtuvo esta cifra tan precisa a partir de una investigación de primera —o segunda— mano. El término «manual» adquiere de pronto un nuevo significado). O sea, no llega a los quince centímetros. Varios metros menos que un pene de ballena, pero casi el doble del pene de un gorila de doscientos kilos. He ahí el sentido del humor de Dios.

El tamaño importa. Mejor dicho, la percepción del tamaño. Por parte del hombre. En última instancia, el tamaño es más una cuestión de actitud que de centímetros, aunque la actitud puede acompañar a los centímetros. El tamaño de la actitud de un hombre sobre su pene es más importante, y eficaz, que ese centímetro de

más de un hombre de miras más estrechas. Por otra parte, una polla más grande puede llevar a una mujer a adentrarse más en sí misma, a una mayor profundidad. Pero puede que algunas mujeres no quieran ir hasta ese punto, que las lleven ahí.

A la hora de follar, cómo embiste un hombre con la cadera es un factor vital y a menudo pasado por alto. Una polla pequeña con una embestida poderosa puede alcanzar una dominación mayor que una polla grande que apenas se mueve, incapaz de bailar. Personalmente, no puedo amar una polla que no me domine. De lo contrario, conservo demasiado poder. Y paso a ser totalmente tiránica.

Y también hay que tener en cuenta la anchura, un aspecto al que los hombres aluden con mucha menor frecuencia, lo que demuestra una vez más que les preocupan más los otros hombres que sus mujeres. En un coño, donde la zona más sensible está en la entrada, una polla más gruesa puede generar una sensación de dominación incluso más profunda que una polla larga. En un culo, la longitud cuenta más. Es más difícil meter una polla larga, pero entra a más profundidad; una tiene la sensación de que está golpeándole el cerebro a la vez que le invade el alma. En resumidas cuentas, por lo que se refiere al tamaño de la polla, la fórmula ideal es: anchura para el coño y longitud para el culo…, lo que, naturalmente, subraya la importancia de la variedad. Si bien una polla grande, obviamente, no lo es todo —desde luego podría acoplarse a un culo—, sí puede ser la respuesta a vuestro agujero en particular, y eso ya es un punto de partida.

A las mujeres se nos enseña que el tamaño no importa, que todo depende del uso que se le dé. Pero eso es una teoría propagada por los hombres, esas lumbreras con inseguridades que necesitan grandes teorías. Los hombres a quienes les encanta su polla están demasiado ocupados follando para preocuparse. Meten la polla donde otros meten sus teorías. Yo, como buena chica, me creía la teoría; hasta que me di cuenta de que me habían tomado el pelo, no tanto las pollas pequeñas como los hombres que creían tenerla pequeña.

He aprendido a ser cauta con los hombres a quienes no les gusta su pene. Recelosa de la multitud de maneras, físicas y psicológicas, en que intentarán compensar. Dinero, literatura, flores, poesía,

promesas, propuestas y un piloneo diestro son algunos de los camuflajes que he padecido. Pero al final siempre es el caso del nuevo traje del emperador y asoma la inseguridad.

Ahora bien, siempre habrá muchas mujeres que se sientan felices, más felices, con los camuflajes. Así que esos hombres no tienen por qué preocuparse; basta con que se aseguren de que encuentran a una chica que prefiere un collar de perlas auténticas a las lavables, y una casa con hipoteca a tener su polla en el culo.

Admito la envidia del pene, pero sólo de un pene grande. Si tuviese uno de ésos, me follaría todo chocho que me encontrase, clavando cada uno a la cruz de su servilismo con mi gran polla. Lo consideraría mi misión, mi deber, mi destino. Pero al final —en mi final, al menos—, lo que cuenta no son los centímetros. En el culo no noto la longitud real; no hay una regla en las paredes de mi ano. Percibo el tamaño por la presencia, por la presión, por la profundidad. Un Hombre es adicto a la profundidad. Con respecto a sus profundidades emocional y espiritual, no puedo hablar con autoridad, pero sí sé que busca la profundidad en mis entrañas como un demoniaco explorador Victoriano, como un caballero poseído. Como sir Richard Burton al entrar en La Meca, es el primer occidental que se ha infiltrado en la enmarañada selva de mis entrañas, mi territorio ignoto, el corazón de mis tinieblas. Y lo hace con una singular arma penetrante.

N.º 156

Él cuelga un gran espejo dorado en mi habitación y yo se la mamo delante, de perfil, probando el reflejo: merece la pena. Luego se sienta en la cama y dice: «Ahora échate hacia atrás y siéntate en mi polla…». Estamos los dos mirando en la misma dirección. Obediente, me muevo demasiado deprisa, demasiado ansiosa, y me traspasa el culo ese dolor de virgen anal. «Calma, calma», me tranquiliza, «ya lo haré yo…».

Me da la vuelta, me coloca en el cuadrante rosa, y apoya la verga en la entrada de mi culo. Sin moverse, tiende la mano, me rodea la cadera, encuentra mi clítoris y lo estimula hasta que relajo el culo. Después embiste contra mi culo y lo lleva al Reino de los Cielos.

La lección

Un día tuvimos una conversación. Tras descubrir cómo rendirme, me vi obligada a seguir haciéndolo. Eso conllevaba permanecer pasiva, dispuesta a someterme, a permitirle que me maltratara, a dejarlo entrar en mi culo. Esa tarde en concreto, me dijo que le encantaba follarme —y a mi culo—, que todo era extraordinario, y que si todo seguía tal cual, continuaría encantándole. Pero, prosiguió, si aprendía a chuparle la polla realmente bien, sería un auténtico extra. Después de tragarme el orgullo, dije: «Vale, enséñame». Y eso hizo. Muy bien. Y luego empecé a añadir detalles de mi cosecha.

Chupar una polla es un arte. Él me proporcionó los rudimentos. Humedecer, humedecer, humedecer, cuanto más húmeda, mejor. Rodear la base por encima de los huevos con firmeza está bien. También rodear la polla y los huevos con una sola mano. Boca: no dientes, eso jamás. La lengua dentro, suave, húmeda, o mejor aún, la lengua alargada y lamiendo. Luego tenemos las variaciones de movimiento, velocidad, tensión y ritmo. Cambia de rumbo, me sugería, la sorpresa se agradece. No repitas el mismo movimiento una y otra vez. Haz un movimiento varias veces y luego cambia. Por ejemplo: con el pulgar y el dedo corazón alrededor de la base, los labios relajados en torno a la polla, desliza la boca polla abajo, busca un ritmo constante, obsérvale la cara, mira cómo se acerca al orgasmo, y entonces retírate y lámele la parte inferior del tronco, por encima de los huevos, y después, primero un huevo y luego el otro, succiónalos con la boca, y humedece, humedece, y con los huevos en la boca, hazlos girar con la lengua como almendras, y a continuación vuelve a lamerle el tallo hacia arriba y engulle por completo esa cosa palpitante. Y variaciones sobre lo mismo.

La profundidad es buena. Tener arcadas es bueno. Si no tienes

arcadas por tu hombre, ¿cómo vas a amarlo? Jugos más densos que la saliva ascienden por la garganta y envuelven su polla. Es el orgasmo de garganta.

Mis mamadas incorporaron otra notable mejora en el campo visual después de chuparle la polla delante de distintos espejos. Experimentando con diversos ángulos, aprendí teatralidad, delineación del movimiento, claridad de intención.

Aprender a chuparle la polla era una cuestión de concentración. Ahora es el acto en sí, el único; no es un calentamiento, es el acontecimiento principal del momento. Con este puñado de indicaciones, practiqué, y practiqué, y practiqué. Todo se reduce a la práctica, como en el ballet, no es nada más que práctica. Cuanto más practiqué, más descubrí, más adoré su polla, más me adoré a mí, más lo adoré yo a él, más me gustó chuparle la polla, más contento estuvo. Ahora se pone tan contento que aparta de mí la mirada y pone los ojos en blanco y le cambia el ritmo de la respiración y se le sonrojan las mejillas y yo me lleno de júbilo como un depósito vacío en una gasolinera.

Fue mientras me preparaba para hacerle una mamada una soleada tarde cuando otro cojín apareció al lado del cuadrante rosa. Un año, por San Valentín, me regalaron un pequeño cojín decorativo en forma de corazón. Sólo medía unos veinticinco centímetros de ancho, era muy duro y presentaba bandas de satén doradas, negras y rosadas, en la funda con borlas de color rosa en el contorno. La primera vez que Un Hombre vio esta pequeña y tonta muestra de frivolidad femenina, lo cogió con la palma de la mano como un balón de fútbol y preguntó con sonriente perplejidad: «Pero ¿esto qué es?», y se apresuró a tirarlo al suelo.

Nunca había visto algo tan absolutamente inútil recibir el nombre de cojín; un cojín era para dar apoyo y comodidad, y éste en particular no prometía ni lo uno ni lo otro. Hasta aquella inspirada tarde en que el pequeño cojín desterrado encontró de pronto su cometido. Cuando Un Hombre se sentó en el extremo de la cama, tomé el cojín en forma de corazón y, dirigiendo la punta hacia su culo, coloqué sus huevos encima. Y allí se quedaron, sostenidos, con la polla encima, como una ofrenda real rodeada de resplandecientes hebras doradas y borlas de color rosa colgando. Los dos contemplamos la imagen en silencio. Tras una breve pausa,

anunció triunfalmente: «¡Es el cojín de las bolas!». Los dos nos reímos tanto que su inminente mamada se retrasó un buen rato. Y después de ese día, siempre me pedía, junto con el cuadrante rosa, el cojín de las bolas.

Nunca se corre en mi boca. Puedo chupársela durante cuarenta minutos y él se contiene hasta el final, permitiéndome darle más, amarlo más. Para mí, es un regalo que él reciba del modo en que lo hace. Yo ignoraba en qué medida la mamada podía ser un gran arte, o qué dominio podía yo alcanzar, hasta que encontré a un hombre capaz de soportar tanto placer durante periodos de tiempo tan largos. Es tan difícil con esos hombres que se corren sólo de ver tu boca en la punta de su polla… Eso me deja incapacitada, impotente.

Después de chuparle la polla más fabulosamente que nunca, más profundamente, más despacio, más deprisa, con mucha succión de huevos, y luego, cuando ha puesto los ojos en blanco varias veces y se lo ve francamente desorientado, me coge la cabeza con firmeza entre las manos, vuelve a concentrarse, me mira a los ojos y dice: «Buena chica».

Y pensar que he pasado por todo esto, que he llegado tan lejos, sólo para averiguar que lo único que deseaba en realidad era ser una buena chica, la buena chica de papá. Por fin.

La desdichada y aburrida situación de tantas mujeres

Soy víctima de la desdichada y aburrida situación de tantas mujeres: allá en mi infancia, papá no me quería. Y mi vida con los hombres se ha convertido en una larga sucesión de intentos, en general inconscientes y a veces desesperados, por llenar ese vacío, por sentir ese amor, por curar esa herida, por afrontar la pérdida. Ahora mi padre me quiere, me acepta, me respeta, y yo lo quiero a él. Pero eso no viene al caso. Esa brecha se abrió a una temprana edad y ahora forma parte de mí. Mi padre ya no puede llenarlo.

Además, ¿quién sería yo si él no fuera mi padre? No yo. No yo la que escribe esto. Claro que no. Así que, en definitiva, le estoy agradecida. Al fin y al cabo, no querría tener mi yo ileso; a esa otra mujer no le gustaría que le dieran por el culo, ¿y dónde estaría entonces? Desde luego, no en mi privilegiada posición, apuntalada en el cuadrante rosa, con el culo al aire varias tardes por semana. En ese momento probablemente estaría haciendo cuatro coladas para su marido y sus tres hijos y se preguntaría cómo llenar ese vacío que siente.

Únicamente he conocido a una mujer que decía que no sólo siempre había adorado a su padre, sino que él la adoraba a ella, siempre la había adorado, y ella afirmaba con orgullo que él era el hombre a quien más había querido en su vida. Todos los hombres deseaban a esa mujer. No tenía heridas, ni ira, ni aristas. Al final, se casó con un empresario absurdamente rico. Pero las demás estamos heridas, iracundas y llenas de aristas. Somos bombas de relojería. Desactivar la bomba es un desafío para el hombre feminista, y en su arrogancia se cree capaz de conseguirlo. No puede. Es mi herida, mi dolor, ¿y quién eres tú para quitármelo? No necesito que me

rescaten, no necesito compasión, necesito follar, y tal vez una azotaina en el culo por dejarme llevar por la ira.

Siempre he asumido el desafío de David Copperfield: ser la heroína de mi propia vida. Sin embargo, pensaba que eso implicaría grandes hazañas públicas y sacrificios desgarradores, pero no, no es eso en absoluto. Cuando le chupo la polla y me da por el culo, soy esa heroína. Es el conocimiento profundo y cierto de que por fin, por fin, he amado de verdad a un hombre sin más propósito que el propio amor. Con el padre que tuve, eso desde luego es un milagro.

Él ha sanado mi herida.

Mi culo inició su vida como el pequeño y pálido receptor de la mano airada de mi padre. Era el lugar de la vergüenza, el punto de la humillación, la zona que ocultar a La Mano. Recibía la prueba de mi maldad vergonzosa, mi mala conducta en apariencia inevitable. Yo era Mala y recibía mi Castigo. Y ahora el mismo culo —más viejo pero más sabio— es el codiciado espacio del placer de un amante donde soy traviesa y recibo mi recompensa. Y de ese modo mi culo sigue siendo el mayor punto de contacto con los hombres más importantes de mi vida. Contiene mis terminaciones nerviosas emocionales más profundas y antiguas.

¿Existe una relación directa entre recibir, de niña, una azotaina en el trasero y esta inclinación a la penetración anal? Posiblemente. Si todo padre que ha azotado a su niña pensara que está creando a una voraz sodomita, quizá fuese disuasorio.

Ser sodomizada ahora, por voluntad propia, reconcilia esta herida con la situación del macho dominante y la niñita obediente. En lugar de rechazo y críticas, oigo: «Buena chica, buena chica». Cuanto más mala soy y cuanto mejor le chupo la polla, mejor soy, hasta que soy la niña más buena del mundo. Por fin soy amada. Siento un profundo alivio.

De hecho, yo, con mi sumisión absoluta, poseo un gran poder sanador: cuanto más me someto, más se excita él, hasta que inicio la fase más profunda de rendición y se corre. Sólo se corre cuando yo me he abandonado. Hace falta mucha rendición, disciplina y amor para dejar que un hombre te dé por el culo el tiempo suficiente y con suficiente fuerza, profundidad y ritmo para

eyacular. Su orgasmo es mi victoria sobre mi yo inferior, sobre el dolor de mi ira. Llena el agujero; por fin estoy entera.

N.º 162

¡Ayyyy! Mi padre se marchó después de una agradable visita de una semana, y al cabo de tres horas me retorcía literalmente de un dolor de tripa que me duró veinticuatro horas largas. Como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago, como si toda la distensión de 161 polvos por el culo se hubiese convertido de pronto en tensión. Así que la única solución lógica era ir a por el 162. Dios santo, cómo dolió. Nuevos niveles de tolerancia, nuevos niveles de liberación, nuevos niveles de disciplina. Cuando me penetró, pensé: «No es tan doloroso; ya estoy curada por el hecho mismo de estar desnuda con el culo al aire». Me equivoqué. Cuando entró doce centímetros y un poco más, empujaba contra el nudo que se me había formado en las tripas y me masajeaba por dentro. Fue una sensación atroz pero no rechisté. Simplemente mantuve el nivel de dolor justo por encima de lo soportable y disfruté el reto mientras pensaba: «Chica, eres realmente la masoquista de papá».

Devoción

Un Hombre no necesita mi devoción, dice, pero la tiene de todos modos. A veces le cedo muchísimo poder, le cedo incluso más del que tengo, y eso me hace más vulnerable de lo que puedo soportar. El mejor antídoto no es morder la bala y sufrir como una mujer con un profundo sentido ético; al menos he madurado y estoy por encima de eso. No, el mejor antídoto es otro hombre. Se llama la «Solución de los Dos Hombres». Toda mujer debería emplearla cuando es necesario. Muchas lo hacen ya sin admitirlo. Me dijo una amiga: «Si tienes problemas con un hombre, llama a otro». Para mí, la combinación ideal es Un Hombre más el Pilonero de vez en cuando. Alguien tiene que darme del mismo modo que yo le doy a él; dar poder, quiero decir.

Si bien mi mayor deseo es rendirme a él, con todos los demás soy dominante. Nunca follo con nadie más, y nadie más mete su polla en mi culo.

En una ocasión, poco después del n.º 169, sentí la necesidad y telefoneé a un viejo amigo pilonero. Para mi sorpresa, anunció que deseaba realmente follarme, cosa que quedaba descartada. Aun así, me dio a entender que por cierto precio me comería el coño: es increíble lo exigentes que se vuelven los piloneros cuando se los deja solos demasiado tiempo. El dinero le permitiría distanciarse: sería una lengua de alquiler. Me encantó la idea de convertir a un hombre en puta, aunque me pareció un poco demasiado políticamente correcto. Pero antes siquiera de negociar el precio, me propuso hacérmelo gratis a condición de que yo fuese totalmente dominante, dictándole cada giro, cada movimiento, satisfaciendo todos mis deseos. Vale, vale, dije, pero sólo esta vez. De vez en cuando puedo ser complaciente con un pilonero; podía ser una Dominadora durante una noche. Sin embargo, habría sido

más fácil pagarle. Ahora los dos rivalizábamos por la posición inferior, y yo ya no sabía muy bien quién estaba al mando en realidad.

Cuando llegó a casa, yo estaba lista para él, reclinada en mi cama con lencería negra. Primero le pedí que se sentase en una silla y me admirase. ¿Por qué era la chica más sexy de la fiesta? Me lo explicó. ¿La más sexy de su vida? También me lo explicó. El juego me pareció muy divertido. ¿La más sexy del mundo? Siguió explicándomelo, pero esta vez no me convenció. Siguiente juego. Examinamos mi culo en el espejo desde todos los ángulos, y él señaló cada curva y línea para explicar por qué era el mejor culo, o al menos el mejor de la habitación. Luego miramos cómo los labios de mi coño afeitado asomaban entre mis muslos por debajo de mi culo cuando yo me agachaba. Eso fue muy divertido: allí con todo a la vista, impúdicamente.

Hasta ese momento no le había permitido tocarme. Tendida en la cama, le pedí un masaje en la espalda, luego un masaje en el pecho y el abdomen, luego un masaje en el culo, luego un masaje en las caderas y los muslos. Luego le dije que volviera a la silla, se sentara, se sacara la polla y se la acariciara mientras yo le enseñaba el coño como en una pasarela de *striptease*, con los labios abiertos, el clítoris rojo e hinchado, las piernas largas y esbeltas, unos zapatos criminales. Se empalmó de mala manera.

A continuación, le pedí que me lamiera el coño un rato, con largos lengüetazos desde el culo hasta el clítoris y a la inversa, a lo largo de todo el húmedo paquete. Fue genial. Realmente genial. Después le pedí que se concentrase en lamerme el ojo del culo con creciente presión hasta que la lengua empezase a penetrar: «Como si lo desearas de verdad», le dije. «¿Como si lo deseara?». Y tanto que lo deseaba. Luego me metió en el culo un consolador en forma de chile picante a una profundidad de diez o doce centímetros. Esa parte no la había pedido yo, digamos, pero estaba demasiado caliente para protestar.

A continuación pasó a lamerme directamente el clítoris, durante todo el tiempo que aguanté sin correrme. En ese rato me abandoné a todas mis fantasías, saltando al azar de un nombre a otro de mi agenda de teléfonos. Un Hombre miraba a este otro mientras me lamía y, divertido ante mi escandaloso abandono, daba su

aprobación y le decía: «Sigue con eso hasta que ella tenga bastante y entonces le daré por el culo». Luego fantaseé con que Un Hombre me lamía el clítoris implacablemente, pero eso era demasiado excitante, así que tuve que dejarlo. Después imaginé a todos los hombres con los que he estado y a los que he abandonado, en fila frente a la ventana de mi dormitorio, observando. Yo exhibía mi placer y mis jugos como una puta. Una tras otra, todas las fantasías hasta la última, la definitiva: la realidad.

Este hombre, por razones que en el fondo no entiendo —¿podría ser amor?—, está dispuesto a ser esclavo de mi orgasmo, lamiendo hasta que yo quede saciada (y yo no me sacio así como así). Esta experiencia abrumadora de abundancia me llevó inesperadamente a un estado de gratitud que se manifestó en un orgasmo silencioso, profundo, curvo, por todo el cuerpo, del que tardé veinte minutos en recuperarme. El Pilonero, mi querido Pilonero, se marchó sigilosamente para que yo me deleitara en la enorme dicha de mi vida y la paz del poder devuelto: su sumisión a mí, que equilibraba la mía a Un Hombre. Ahora ya estoy lista para que me den otra vez por el culo. Haré lo que sea necesario a fin de estar lista para Un Hombre. Ésa es la medida de mi devoción y, supongo, también de la devoción del Pilonero.

Dejarse la piel en la barra

La formación de una bailarina de ballet clásico, como la que recibí yo, es la preparación física más intensa para un cuerpo joven: día tras día, hora tras hora, te entregas a un meticuloso esfuerzo para esculpir, modelar y para obligar al cuerpo, el vientre y los miembros a adoptar formas, ángulos y líneas que van más allá, mucho más allá, del estado físico natural. Para alcanzar siempre más de todo, más longitud, más vueltas, más rendimiento, más fortaleza, más, más, más. Lleva al cuerpo y a la mente a un lugar que está más allá de la experiencia normal. Desde los cuatro años aprendí a experimentar mi vida a través de mi cuerpo, dentro de mi cuerpo, siempre al límite del aguante perpetuo.

Todo esto, creo, me preparó para que me dieran por el culo. Responde a las exigencias de mi masoquismo físico. Recrea el extremismo físico de la danza, la disciplina, el esfuerzo del perfeccionamiento. Es mi esencia llevada al extremo. Ahora que me he retirado de la danza, todo en la vida tiene un lado insípido; salvo esto. Un Hombre lo llama «El Lado Duro de la Verdad».

La danza consiste en ponerse al servicio del coreógrafo, de los pasos, de la música. Permitir que este hombre penetre en mi culo reproduce esta dinámica de servicio, de sumisión a algo mayor que yo misma. Aprender a ir más allá —mucho más allá— del bienestar físico y adorar ese momento de superación es intrínseco a la formación de una bailarina. Sólo al superar ese límite se encuentra ese Lado donde el Riesgo es real y reside el Éxtasis.

Si tienes el culo prieto de una bailarina, como es mi caso, el dolor y el placer de la presión interna de la sodomía son inseparables. La escuela de ballet perfecciona el deseo de ser perfecta y puedes acabar convertida en una esclava deliciosa y disciplinada. A mi modo de ver, recibir una polla en el culo va de la

mano de la psicología del perfeccionismo que padecen las personas con un alto rendimiento como yo. Para empezar, lo necesitamos: el resultado de ser perfecta es un culo muy prieto. En segundo lugar, el desafío de seguir siendo perfecta al tiempo que se es penetrada analmente es uno de los mayores que uno puede concebir. Conseguirlo demuestra sin duda la perfección interna y externa del propio ser, la forma, la salud y la actitud resistente. La sodomía en el papel de receptor es el sueño del perfeccionista, el nirvana del masoquista.

Pero —como ocurre con todo lo anal— lo opuesto es también cierto. Ser sodomizada cuando una lleva puesto el tutú metafórico es tal vez el debut más propicio —y escandaloso— de una bailarina. Pero también es su crucifixión, su máximo sacrificio para trascender lo humano y encontrar lo divino. Sin embargo, en el escenario jamás sentí lo que siento cuando obedezco totalmente a Un Hombre y él me tapa la cara con su mano grande y fuerte y me mete la polla en el culo. Una inmensa sensación de alivio: he abandonado por completo no sólo el control, sino también toda responsabilidad y la he puesto en sus manos. A su lado, la sensación de seguridad es tan grande que el tiempo que paso con él es el único en que no siento angustia, en que no tengo miedo.

N.º 175

En fin, le hice una mamada auténticamente demencial: la polla, los huevos, el culo…, el recorrido completo una y otra vez, terminando de vez en cuando con una inmersión total en la garganta. Para mí, toda mamada es un acto de demencia, porque siempre siento que ésa puede ser la última y, por tanto, me doy por entero en todas. Follar al límite. Mamar al límite. A por todas.

Los viejos orgasmos

¿El sexo anal es sexo? No dejo de preguntármelo. Mi conexión con él se basa en la penetración y, concretamente, en la penetración anal. ¿Eso es sexo? ¿O simplemente un acto de sumisión espiritual, sumisión divina?

El arco de mi orgasmo con él es un acto de entrega, de apertura, de entrega. Con otros es contención, un campo de batalla en torno al control. Antes, llegaba al orgasmo mediante la paradójica experiencia de mantener el control de mi placer todo el tiempo que mi orgasmo, con fuerza vital propia, deseaba su propia satisfacción. La batalla —y es una batalla— siempre termina con un orgasmo más potente por su liberación que por un placer emocional. Hay por ahí bastantes hombres que no desean más que complacer. A ellos llego con actitud airadamente triunfal: cuanto mayor es mi desprecio hacia ellos por su deseo de complacer, mayor es mi resistencia. Y cuanto mayor es mi resistencia, mayor es mi orgasmo. Éste es el placer, literalmente —y clitorideamente—, de la guerra entre los sexos. Después, tan sensibilizada estoy que rehúyo todo contacto y, como la Garbo, deseo quedarme sola. Tomar notas, cenar y leer *The New Yorker*. ¿Es ésa manera de correrse? Pues es una manera.

Con él, he aprendido otra. La manera de la no resistencia. De las contracciones infinitas y las múltiples llegadas. Y no hubo una lucha para abandonar la lucha. Simplemente pasó con él, como si mi cuerpo supiera —desde luego yo no— que era él, el único hombre en quien podía confiar, el único hombre a quien podía dar sin que malinterpretase el regalo, se aprovechase de él, le diese un sentido distinto del que tenía. Quizá fue su belleza. ADN con ADN. Objetivamente hablando, posee el físico más hermoso de todos ellos. Quizá mi clítoris sabía que era mi compañero sexual mucho

antes que yo. Igual que sabía que la resistencia era necesaria con todos aquellos hombres cuyo ADN no coincidía con el mío. Con ellos, me corría por hostilidad; con él, por amor.

N.º 181

Anoche: el 181.

Después le digo: «Ciento ochenta y uno». Y señalo que eso son sólo los polvos por el culo, que no incluye el calentamiento vía coño.

—¿Qué significa eso para ti? —pregunto.

—Significa trescientos sesenta y dos —contesta—, eso significa. Trescientos sesenta y dos significa que es un buen año.

Recuerdos

Cuando nos acercábamos al doscientos, sentí que se intensificaba mi deseo de repetición continua, de garantías imposibles. Administrar mis ansias de estar con él se convirtió en un trabajo a jornada completa. Hubo un día espantoso en que la mujer de la limpieza cogió su camisa usada de la cama, junto con las sábanas, y cuando yo llegué a casa vi, horrorizada, que había lavado, secado y plegado cuidadosamente mi ancla de salvación aromática. Había dormido todas las noches con la camisa que olía a él. Ahora olía a detergente.

Todas estas palabras interminables arrojadas hacia ese acto, ese Polvo Sagrado, todas parten del intento de creer en ello, de creer en una cosa tan profunda y tan poderosa, aferrarme a ella, no dejar que expire en el agujero negro de mi íntimo terror. Mis demonios son como una infección en el alma y desean devorar y destruir la verdad —e incluso la belleza— de mi propia experiencia. Son los demonios. Mis demonios. Malditos demonios.

Todo se reduce a reunir pruebas. Mi búsqueda mística de pruebas. Pruebas de apego porque el apego augura la repetición. Cuando una se ha visto transportada a la tierra de la dicha primigenia, volver a esa tierra se convierte en el único deseo. Unas palabras, una llamada, una mirada, un suspiro, la tercera erección de la tarde, todo son pruebas. Un condón lleno de semen; dos condones, uno lleno de semen, el otro vacío porque él salió y se corrió en mi espalda y en el vello de mi nuca. Su camisa usada, su aroma…, mi magdalena. O el recuento de polvos. Por eso los cuento, para saber que realmente han ocurrido, para saber que pueden volver a ocurrir. Como una detective, reúno las pruebas del amor, el amor que fue, el amor que es, y por eso intento convencer a mi jurado interno de que el amor será. Sin embargo, demasiado a

menudo no me creo las pruebas. Hasta la siguiente vez. Otro número, otro aplazamiento. Otro chute, otro colocón.

Soy una adicta anal, pero sólo con él. Quiero hacerlo de manera constante, frecuente, repetitiva, ritual, y si no lo hago, me siento triste, llorosa, sola, desdichada, infeliz, malhumorada, sin fe y apenada. Necesito una dosis de él. Sólo su penetración en mi culo excava mi miedo y restaura mi fe, la fe que él ha creado.

Cuando llega una experiencia amorosa que reduce todas las demás a imposturas, eso conlleva, en el propio júbilo, un miedo atormentador. ¿Cómo es posible que esta delicia haya recaído en mí, una mujer mortal con los pecados habituales, heridas sin curar, ira desesperada y un deseo feroz?

«¿Por qué yo?», dice mi voz de la incredulidad.

«¿Por qué no yo?», dice una vocecilla que no es la mía y resuena como un eco procedente de mis entrañas.

De pronto encontré la mejor prueba de todas, la que de verdad surtía efecto, la que aliviaba los síntomas de abstinencia y me daba consuelo. Él tenía un juego, el juego poscoital de lanzar el condón a la papelera junto a la cama. Como no es de extrañar, tenía una puntería asombrosa. Después de marcharse, yo cambiaba de sitio el condón para dejarlo colgando del borde de la papelera, tirante por el peso de la bolsa de semen, la abertura cerrada por el
K–Y
aún viscoso. Y dejaba ese trofeo allí donde podía verlo, hasta la siguiente vez que llamaba y decía: «Es la hora». La hora de afeitarme el coño, la hora de poner el contestador del teléfono, la hora de dar paso a nuevo ADN, la hora de poner fin al tiempo. Con este ritual, me las arreglé para no quedarme nunca sin su estructura molecular cerca de mí en todo momento.

Cada vez que miraba el condón, y lo miraba mucho, sentía la erupción de su belleza en mi interior. Siempre he tenido debilidad por el simbolismo; esta goma colgante me proporcionaba la prueba opaca de lo que fue y de lo que volverá a ser. Me aferré a su ADN hasta recibir el siguiente depósito, como si mi inconsciente se refugiara en el conocimiento teórico de que existía una posibilidad de recrear su esencia en todo momento. Esos condones me consolaban, recordándome la cuarta dimensión, la dimensión más allá de las facturas, la ansiedad, el autodesprecio y el deseo, la

dimensión donde reina la dicha, y yo soy su esclava balbuceante.

N.º 200

Antes, siempre dudo.

Después, nunca dudo.

Doscientos accesos a mis entrañas, doscientas veces en que dudo y luego creo.

¿Cuántas harán falta? Doscientas una.

El juego previo

Toc, toc, toc. Cuando le abro la puerta, siempre entra despacio. No tiene prisa; Un Hombre sabe adonde va.

Y también a lo que va. Entra, cierro la puerta con llave y nos quedamos encerrados dentro. Ya siento subir la temperatura. Entonces nos abrazamos, nos estrechamos. Nos estrechamos cuerpo con cuerpo y eso es el principio del orgasmo, el suyo y el mío. Fuerte, envolvente, posesivo. Empiezo a gemir y siento la presión de su polla en mí. Me agarra por las caderas y me aprieta contra él, contra su polla. Es difícil romper ese abrazo, pero debemos ir al dormitorio, es un imperativo. Si no vamos, siempre acabamos chocando y destrozando algún adorno. El dormitorio es nuestra celda acolchada, donde se puede dar rienda suelta a la locura sin excesivos daños materiales.

A veces se limita a darme la vuelta, a ponerme de cara al frente y a apretar la polla contra mi culo y, manteniendo el contacto, me guía hasta el dormitorio, andando ambos con el paso sincronizado para no perder la postura. Pero antes de ponerme en movimiento, consigo hablar y le pregunto si quiere comer, si tiene hambre. Siempre rehúsa el ofrecimiento, pero yo siempre pregunto. Somos muy corteses el uno con el otro.

Ya en el dormitorio, suele repetirse el abrazo. Esos primeros abrazos establecen el Territorio del Amor, pero ha llegado el momento de abandonar ese lugar invisible y viajar al territorio de la lujuria, donde las cosas son visibles y tangibles… y tan irreales. Ahora la tiene totalmente empinada, ni siquiera le cabe en los pantalones. Se aparta de mí y se desnuda lenta y deliberadamente, sin dejar de mirarme. Yo me limito a observar y esperar. Ya me hará saber lo que quiere, como siempre.

A veces me habla en voz baja y dice: «Súbete a la cama, de

rodillas, y levántate el camisón». Entonces me come, por detrás. Otras veces, me coge y me coloca donde quiere tenerme, a horcajadas sobre un cojín ante él mientras me la mete por la boca, o tendido de espaldas en la cama mientras me pellizca los pezones a través del camisón o… Pero, pase lo que pase, todo ocurre a cámara lenta. Después de mucho mamársela, y cuando digo mucho, es mucho, me obliga a darme la vuelta y coge un condón, y entonces sé que vamos a pasar a la siguiente fase.

El sexo por el coño es juego previo. A veces se salta el coño sin más y va directo al culo, totalmente obsceno, sólo culo: la fase final. Pero normalmente empieza por el coño. Cuando me penetra, siento que empuja contra el cuello del útero, empuja hasta entrar en el cuello mismo del útero, y siempre me sobresalta. Entro en la zona de la relajación. A veces llega muy arriba y entonces empieza a palpitar con embestidas cortas y diestras, empujando mis paredes hacia fuera, hacia arriba, hacia dentro. A cada palpitación quiere más y recibe más. Éste es el principio del más, un estado de creciente ansia corporal. Las olas del placer avanzan lentamente, luego más deprisa, pero nunca se detienen. Cúspide tras cúspide, y para la mayoría de la gente eso sería ya insuperable, incluso trascendente, pero él y yo somos ávidos y sabemos adonde ir a por más. Sigue ese asombroso momento en que el amor satura la habitación y sin embargo la pérdida no está presente. Sólo estamos empezando, calentando.

Cuando ya ha tenido coño suficiente (siempre a elección suya), sale y me sitúa: a veces en el cuadrante rosa, a veces a cuatro patas, a veces de lado, con la curva de la cadera en alto como una escultura de Henry Moore. Comoquiera que lo vea, lo coge. Ya bien follada, ahora estoy muy obediente. La voluntad me ha abandonado en un cuarenta por ciento, pero me aferro aún a mi conciencia, y a mis pantuflas de tacón. Tengo mucho más que dar, mucho más. Tengo el poder de dar, tengo que dar poder. Otros amantes ni siquiera obtuvieron el 10 por ciento de lo que yo tenía que dar, no tenían el poder para pedirlo. Él sí…, y luego pide todavía más.

La entrada trasera

Me vuelve sobre el costado izquierdo, con la cadera cómodamente apoyada en dos cojines, que me levantan el culo en un propicio arco lateral ascendente. Apoyo la mejilla izquierda en la cama, vuelvo la cabeza y lo miro desde abajo: con él siempre es desde abajo, nunca desde arriba. Coge uno de los tubos de K–Y esparcidos por la cama. Me encanta el chasquido del tapón al abrirse. Mirándome, aprieta el tubo y extrae una dedada. Mirándome el culo, separa las nalgas con tanto cuidado que no doy crédito a la suerte que tengo. Me unta el gel con suavidad pero con firmeza en el agujero del culo, dentro del agujero, en torno a la entrada, preparando el paso. Al hacerlo, tiene una expresión magnífica, mirándome alternativamente a los ojos y el culo. Me mete un dedo dentro, luego dos, mirándome a la cara, sin apartar la vista de mí mientras siento la rotación de sus dedos dentro de mí, uniéndonos interna y externamente en un círculo completo. Saca los dedos y, apretando el tubo de K–Y, coge más gel y se lo extiende uniformemente a lo largo de la polla, dura como el granito.

Es la Hora.

Sujetándose la polla, la guía hacia la raja de mi culo, como una canoa rumbo a un estrecho desfiladero. Siento la punta suave, dura y a la vez aterciopelada en mi piel.

El centro de mi culo, como un imán, se desplaza, hacia la presión. Nos unimos. Su llave de mi puerta, su polo positivo con mi polo negativo, su enchufe en mi toma.

Y se enciende la luz.

El centro con el centro, presiona ligeramente, respiro, empuja,

me relajo, palpita, me abro, empuja, empuja, me abro, arremete, nos miramos a los ojos y me tiene ya a punto.

A veces en ese momento se retira, e inicia embestidas cortas en la entrada durante un rato; otras veces sigue adentrándose, bajando, despacio, muy despacio, hasta que está totalmente hundido en mi culo, con todo el tallo dentro, y fuera sólo quedan los huevos. Permanece así un momento, inmóvil. Después, con rítmicas sacudidas, me penetra un poco más. A veces me cambia de posición: a cuatro patas; o de pie y doblada por la cintura, con las manos apoyadas en la pared; o boca arriba y con los pies hacia el techo; o, la favorita, colocándome primero boca arriba y doblada en dos, para alzar luego las piernas sobre la cabeza y colocar el culo hacia el techo. Sea cual sea la posición en la que me encuentro, está encima, siempre mirándome desde arriba, contemplándome, amándome. Y normalmente hace estos cambios sin sacar la polla de mi culo. Extraordinario. Pero al margen del ángulo, siento crecer su polla dentro de mí, más fuerte, más dura, más profunda, hundiéndose en mis ansiedades, en mi mojigatería, mi orgullo, mi vanidad. Como una aspiradora, absorbe mis yos inferiores, elimina mis pecados. Uno tras otro, son aspirados, y debajo encuentra mi bondad, mi inocencia, la niña de cuatro años antes de recibir los azotes de la Mano y enloquecer. Esto es lo que él buscaba. Esto es lo que encuentra. Esto es lo que me da.

Follada hasta el delirio, se me caen las pantuflas al suelo con un ruido sordo, una tras otra. Él sonríe y dice afectuosamente: «Ahora nos lo estamos pasando bien». Ahora viajo en el tren de alta velocidad al paraíso. Lega como soy en el proceso, a menudo se me saltan las lágrimas. Como un auténtico caballero, me cubre los ojos con la ancha mano, dándome intimidad, mientras me folla más y más fuerte, más y más rápido, exprimiéndome las lágrimas.

Cuando por fin me relajo y ni un solo centímetro de mi ser se aferra a absolutamente nada, cuando mi ego ha sido aniquilado, empieza la risa. Puede empezar mientras aún estoy llorando; al fin y al cabo, las energías son las mismas, aunque las lágrimas me son más familiares. Pero en algún lugar, de algún modo, en el camino, mi inconsciente se abre repentinamente y me río, me río a carcajadas. Cuanto más me río, más me folla por el culo hasta que todo pierde el sentido. Ahora sí que nos divertimos de verdad. Me

mira mientras río, y entonces, satisfecho de ver que lo acompaño en el viaje, me folla un poco más, siempre alerta, siempre presente. A veces mi risa se vuelve más profunda y me río como nunca me he reído. Lo reconocí de inmediato la primera vez que me pasó: el cacareo de la vieja bruja. Es el sonido de una mujer sorprendida en el misterio del universo, en la ironía de la angustia, en el lugar que aborrece el ego. La dicha.

Al principio el placer era insoportable, y yo intentaba apartarme, intentaba saber qué ocurría. Pero él nunca me lo permitía, pues me follaba de una manera tan implacable que cualquier intento de recuperar el control era inútil. Es aquí donde su dominación era completa. Yo era su esclava y me imponía la armonía, contra mi miedo cerval. Con la repetición acabé aceptándolo, y ahora no sólo llego a ese punto, sino que he aprendido a permanecer ahí.

Entretanto, me mira, deshecha en lágrimas, risas y carcajadas guturales, y dice: «¡Qué loca estás, muchacha!». Él mismo parece un tanto aturdido, pero a diferencia de mí, conserva un control absoluto, una conciencia absoluta.

Lo miro mientras se arrodilla encima de mí, muy dentro de mí, y veo lo más hermoso que he visto jamás. Como el *David* de Miguel Ángel, su pecho es ancho, su piel suave, sus manos enormes, su semblante beatífico. Veo la belleza de este hombre, la belleza del hombre.

Nunca lo había visto antes.

N.º 220

Me rendí a él locamente, enseguida y por completo, para siempre, la primera vez que me folló por el culo. Ahora vamos por el n.º 220, y mi amor es aún más profundo, 220 veces más profundo. Lo adoro, para bien y para mejor (nunca para peor), y adorar de una manera tan incondicional toda la piel del cuerpo de otro ser humano es una especie de abandono arrebatado. Antes me gustaban los hombres por partes: los labios o los ojos, las manos o el pecho, sólo a veces la propia polla. Con él, venero todo eso y cada rincón, cada resquicio y espacio entremedias, y sobre todo la polla, los huevos y el agujero del culo.

En la veneración reside la libertad. La libertad de no inhibir nada, que la impulsa a una al mundo elíptico del amor.

El orgasmo anal

Cuando aprendí a permanecer en la dicha, no busqué nada más. Me convertí en un puro vehículo de su polla, sin oponer resistencia. Puedo ceder todo el poder. Siento una atracción gravitacional hacia este hombre, que puede y quiere arrebatarme el poder, someterme hasta que lo doy todo, se lo concedo todo. Nunca supe cuánto poder tenía hasta que se lo di a través de mi culo. Mi culo es un conducto del poder.

Soy, me he dado cuenta, su pista de despegue, su plataforma de lanzamiento. Y después de muchos recorridos hasta el borde de la inevitabilidad, empieza el recorrido final. Lo reconozco porque coincide, siempre, con mi capacidad de someterme por completo, permanecer totalmente abierta sin reservas, sin límites. En cuanto él lo percibe, se lanza a por todas. Si yo revelo algún indicio en mi rostro, o dentro de mi culo, de resistencia a esa sumisión, aminora el ritmo y me reconduce hasta que mi culo cree que sólo hay una opción, un camino. No hay más alternativa que la rendición. Soy suya por completo, en cuerpo, alma y culo. Gozo de mi libertad.

Acoplada en torno a su polla, siento su apremio. El camino hacia el orgasmo es una línea recta hasta mi culo, hacia el centro de mi ser, hacia el centro del mundo. No sé quién empieza a correrse. Sí sé, sin embargo, que es el único hombre cuyo orgasmo me interesa más que el mío y eso no es ninguna tontería. A un nivel, siento que su polla desencadena mis contracciones y entonces mis contracciones desencadenan las suyas…, pero entonces las suyas desencadenan las mías… Las contracciones en mi culo, contracciones involuntarias: el orgasmo anal.

Cabalgo sobre su orgasmo como una amazona sobre un corcel salvaje, sin perder nunca el contacto en ningún momento pero sin el menor control. Él estalla. Mi culo nos ha absorbido juntos en un

vacío sin aire y somos uno. Fundidos en un espacio intemporal, experimento que mi destino es directamente ese momento y no otro.

Después somos muy felices. Normalmente no hablamos, sólo nos miramos a los ojos. Antes, cuando recuperaba la voz, me gustaba hablar del acontecimiento. ¿Qué? ¿En qué consiste realmente? ¿Por qué ocurre? Más aún, ¿qué ocurre? Y así sucesivamente. Ahora ya no hablamos. Porque sé que en realidad nunca lo entenderé. Ahora sólo siento gratitud. Ahora sólo quiero un polvo por el culo de tres horas en el que le cedo todo mi poder, él lo acepta y me lleva a visitar a Dios. Es lo único que necesito. Una y otra vez. Deseo morir con él en mi culo.

N.º 246

Anoche volví a casa después de un viaje de tres semanas. Él viene, y nos quedamos en silencio. Me folla por la boca y también por el coño, larga e impetuosamente. A continuación, en mi culo virgen hasta hace poco, me la clava despacio, a gran profundidad, hasta la empuñadura. Cuando ya está toda dentro, y mi culo succiona en torno a su cilindro, por fin habla.

—Bienvenida a casa.

—Bienvenido a casa —repito, absorbiéndolo.

Más tarde, cansada, con jet lag*, abrumada, me echo a llorar, pese a que no me pasa nada en particular. Me mira sumida en el llanto y me dice lo maravillosa que es mi vida y luego me coge la mano pequeña y cerrada y se la lleva a la entrepierna, y dice: «Y yo tengo esta gran polla aquí para ti; puedes agarrármela si quieres». Me desprendo de mi autocompasión y meto la mano en sus calzoncillos, buscando su polla entre los pliegues, el cambio de marchas que impulsa mi vida. Le miro la cara en la penumbra y veo que le brillan los ojos. Pronto una lágrima resbala lentamente por su mejilla… y otra. Asombrada, le pregunto por qué llora. «No lo sé», susurra. Casi doscientos cincuenta polvos por el culo nos han llevado hasta aquí, a la esencia de la dulzura tácita.*

La caja

Una preciosa caja china lacada, alta, redonda, pintada a mano. Negra y dorada. Brillante. Un gato de largos bigotes blancos en la tapa.

La colección.

La colección de la colección.

Los condones. Usados. Llenos. A centenares.

Látex, sellado con

K–Y

.

La prueba. Mi mortalidad. Su inmortalidad.

ADN. La X y la Y. El Código. Para siempre.

Mi homenaje.

Mi altar.

Mi tesoro.

Su vida.

El Paraíso

A estas alturas he aprendido varias cosas sobre el Paraíso.

El Paraíso no es eso que está en un futuro remoto, nebuloso, en otro lugar, ni en otro mundo, ni en otra galaxia. No es un estado de ánimo, ni un lugar en la mente. Tampoco es el delicioso placer sexual de la sangre palpitante y el deseo anheloso. Al Paraíso no sólo se llega después de un gran sufrimiento. Puede haber gran sufrimiento antes o después del Paraíso, pero no es un requisito para entrar. El ego herido y un narcisismo exacerbado requieren sufrimiento. El Paraíso está justo al alcance de la mano, aquí mismo, si de verdad lo quieres.

Estoy sentada en el umbral. Quizás ésta sea la máxima paradoja entre todas las paradójicas maquinaciones de Dios: mi culo es la puerta trasera del cielo. Las Puertas del Paraíso están más cerca de lo que crees. Lo sagrado y lo profano unido en un agujero.

El Paraíso es gratis. Un don. Un estado de gracia. Una danza en el tiempo y el espacio. Está dentro y fuera del ego, un lugar de armonía pura, otro cuerpo montado en tu culo como si fuera el último polvo de la vida.

El Paraíso es una experiencia que en tiempo real puede durar sólo segundos. Pero en esos fragmentos infinitesimales el tiempo se detiene, y sólo cuando se detiene el tiempo, la muerte muere y se entra en el Paraíso. Éste se revela en los espacios de tiempo en que el yo se ve penetrado tan profundamente que se abre por la fuerza y el amor entra a raudales como un mar por un ojo de buey.

Y el Paraíso, cuando se ha conocido, se convierte en la meta de cada momento de vigilia y su pérdida es inherente a cada momento de vigilia. Éste es el peso del Paraíso hallado.

N.º 262

¡Ha vuelto! Se había ido, pero ahora ha vuelto. Una llamada telefónica y viene. Declaraciones. Lágrimas. Risas. Claridad. Delante del fuego abrasador, un delirio de besos, lamidas y polvos. Un delirio. Un delirio absoluto.

Veo claro. Claro en mi ceguera. Soy su madre, su hermana, su hija y su amiga. Él es mi padre, mi hermano, mi hijo y mi amigo.

Después miramos las llamas y él dice:

—¿Ves lo que hemos hecho?

—¿Qué?

—Hemos creado amor a partir del sexo… Y esto sólo es el principio.

—Sí —digo—. Quizá la próxima vez sea yo quien te dé por el culo.

Él sonríe, guarda silencio por un momento, y me dice que me ponga de pie delante de él, me dé la vuelta… y me obliga a agacharme…

Con Un Hombre no se juega.

Enculada

¿Adónde vas cuando ya estás en el Paraíso? ¿Qué ocurre cuando Adán y Eva entran en el Jardín del Edén, y se comen la manzana? Os lo diré. No es posible mantener la perfección. Con el tiempo, aparecen grietas en las tapias del jardín, y la realidad, la insípida realidad, penetra subrepticiamente con su insidioso veneno. La serpiente del conocimiento.

En cierto momento, pasado ya de largo el hito de los dos años, mis incansables intentos de confiar en que Un Hombre fuese real y estuviese realmente en mi vida dieron fruto. Por fin me convencí de que existía una forma de continuidad imprevisible en nuestra relación. Antes, yo sólo tenía un objetivo: la necesidad de creer en nuestra existencia. Pero una vez que dejé entrar la «realidad», pronto siguió el resto del mundo. Intenté taponar las filtraciones, hacer caso omiso de las señales, negar el caos, pero el mundo demostró ser más fuerte que mi pasión por Un Hombre.

Siempre se iba de viaje por trabajo; a veces durante semanas, a veces meses. Sus ausencias me resultaron cada vez más difíciles de sobrellevar. En una ocasión, pagué a una mujer guapa con un minivestido rosa de lentejuelas para que viniera a mi casa y rezara por mí, mientras yo lloraba, a cambio de ciento cincuenta dólares. Así de mal estaba.

Entonces llamó. Las plegarias fueron atendidas. Va todo bien, dice, salvo por una cosa. Su polla no tenía la capacidad de cruzar cuatro estados hasta mi culo. El mundo me parece otra vez alegre y divertido durante unas horas. Y no le digo lo mal que lo estoy pasando. Nunca se lo he dicho. Jamás. ¿Por qué iba a decírselo? La realidad se filtraba de todos modos, pero ¿por qué abrir la puerta de par en par?

Otra vez consulté con una amiga, temerosa de que después de

una ausencia de tres meses no volviese a mí como antes. Mi amiga se echó a reír y dijo: «¿Después de doscientos sesenta y pico polvos por el culo, y aún necesitas más pruebas?». El único que cuenta es el próximo, le explico. Y hablo muy en serio. Después hojeé un programa contra la adicción al sexo y el amor en doce pasos, asistí a unas cuantas reuniones y leí el manual. Desde su punto de vista —que intenté adoptar durante una semana o dos—, él es mi droga, yo soy una adicta, y la abstinencia es el principio de la recuperación. Esta información era terrible: ¡lo que me pasaba era una enfermedad! Y tranquilizadora: podía seguir su plan para curarme de la enfermedad, en compañía de otras personas igual de enfermas, y recibir toda la ayuda que necesitaba.

Pero me asaltaron las dudas. ¿Cuándo es amor y cuándo es adicción? ¿Quería yo, una vez más, considerarme un ser patológico, sobre todo después de mi liberación sexual, conquistada con tantos esfuerzos? ¿Deseaba ver la gran apertura de mi corazón y mi culo como un problema que requería solución más que como un don digno de rendirle todos los honores? ¿Deseaba ver a ese hombre de carne y hueso con sus taras como una simple proyección de mis propias ilusiones, obsesiones, conflictos y furiosos deseos sexuales? Se me antojaba una perspectiva muy limitada. Además, lo primero que un adicto al sexo debe hacer es abandonar el sexo. Yo ya había padecido el celibato en mis diez años de matrimonio. ¿Iba a elegirlo ahora voluntariamente? El manual dedicaba un capítulo entero a qué demonios podía esperarse de la abstinencia; no fue un gran consuelo. Desde luego, sería un infierno abstenerme de amar a quien amaba. Quizás esto no era el dolor de un adicto en las garras de la enfermedad, sino simplemente el dolor de la mujer enamorada ante la pérdida del ser amado. (Cuando, pasado mucho tiempo, después del n.º 270, le dije a Un Hombre que era «adicta» a él, lo encontró muy gracioso y, sin pestañear, respondió: «Más te vale»).

Otras cosas me disuadían de la «recuperación». A las reuniones asistían sobre todo hombres masturbadores compulsivos y obsesionados con el porno por Internet. Imaginaba los monitores de sus ordenadores con churretes de semen seco y sus fantasías sexuales desbocadas mientras compartían sus angustiadas y ambivalentes esperanzas de abstinencia. Tenía la impresión de que estar en su presencia, siendo una mujer atractiva, era peligroso. Un

día, al final de una reunión, un adicto a medio reformar me cogió la mano quizá con demasiada solidaridad, y no volví nunca más. Mi problema era el amor; el suyo era la lascivia.

A continuación, me dediqué a la meditación budista para deconstruir mi sufrimiento: aceptarlo como una consecuencia kármica de mis vidas pasadas y mi vida presente, tolerarlo sin culpar a nadie, incluso desearlo como parte del ciclo natural de la vida. Intenté ver mi propia contribución a mi infelicidad. Meditaba sobre el sufrimiento ajeno, e intentaba sentar las bases para sufrir menos la próxima vez que él se fuera de viaje. Intentaría recordar que el dolor de mi pérdida y mi apego eran fenómenos ilusorios.

Pensé en lo sencilla que sería la vida si una eliminaba la sexualidad de la ecuación. Entre la búsqueda, la conquista, el hecho mismo de follar, las emociones residuales y el deseo de repetición, mi vida sexual era casi un trabajo a tiempo completo: sin ese trabajo, ahorraría mucho tiempo y energía. Mucho. ¿Para qué? ¿Compasión para todos en lugar de obsesión con uno solo?

Pero después de meses y meses de este trabajo «espiritual», aún deseaba a Un Hombre en mi culo, de la manera más previsible y frecuente posible. Yo era, por lo visto, incurable.

Allí estaba yo: buscando, buscando, buscando en vano la solución a mi dolor. Y entonces ella me encontró.

Ella

Un día, al entrar en el vestuario del gimnasio, vi a la morena callada, a la que, según yo creía, se follaba Un Hombre de vez en cuando. La saludé con mi habitual cordialidad, y ella, en lugar de devolverme su cordial sonrisa de siempre, me respondió con una mirada glacial y un hosco silencio.

La siguiente vez que vi a Un Hombre le conté lo ocurrido. ¿Conocía el motivo de su hostilidad? Pues sí lo conocía. Por lo visto, ella le había plantado cara recientemente, exigiendo saber si follaba con alguien más. (Sin duda, me dije con suficiencia, ya conocía la respuesta a esa pregunta en particular). Él le preguntó si estaba segura de que quería saber la respuesta, y ella insistió. Así que él se lo dijo. Pero ella no se conformó con eso. Quiso saber con quién. Así que él le habló de mí. Al parecer, eso la pilló totalmente desprevenida. Ya sabía que éramos amigos, pero supongo que no conocía toda la historia. Ni siquiera la mitad. Ni siquiera la mitad trasera. En fin, que no podía parar de llorar, me contó. Era evidente que la situación lo violentaba, pero a la vez sabía que no había hecho más que contarle lo que ella había insistido en saber.

¿Se arrepentía de haberlo preguntado? Parecía un claro error por su parte. Por lo visto, no sólo se mostraba hostil conmigo, sino que también estaba enfadada con él. Tardé en darme cuenta de que yo también había preguntado algo que era mejor dejar correr: si yo nunca lo hubiese interrogado sobre mi encuentro con la morenita. Un Hombre nunca me habría hablado de su encontronazo. Fueron nuestras preguntas pidiendo información que en realidad no queríamos conocer lo que precipitó los hechos posteriores. Ese día, sin embargo, me limité a escuchar, un tanto distante. Si acaso, disfruté de la ligera emoción del drama en el ambiente cuando nos sumimos en el esplendor del polvo por el culo n.º 272.

Pero al día siguiente, y al otro, me di cuenta de que había recibido una confirmación no solicitada de que sí se la tiraba ocasionalmente y eso era algo que yo en realidad no quería saber. Eso la elevó a un rango de realidad que antes no tenía. ¿Rivalizábamos por Un Hombre? Sin duda ella así lo creía, y estaba presentando una especie de batalla, o al menos una protesta. Yo siempre había supuesto que no había batalla, no había rivalidad, porque sencillamente yo me hallaba en una posición superior a la de ella o a cualquier otra a quien Un Hombre pudiera estar follándose. Era técnicamente imposible que él tuviese algo mayor o siquiera equivalente con otra mujer; simplemente no había horas en el día ni semen en sus huevos. ¿O sí lo había?

Y así mi cabeza se puso en marcha. ¿Cómo era su relación? ¿Cómo era su sexo? ¿Estaba con ella tal y como estaba conmigo? ¿Envolvía ella su polla igual que yo? ¿Se la follaba también por el culo? ¿Cuál era la causa de tanto apego por parte de ella? ¿Y qué era lo que alimentaba el interés de Un Hombre? ¿Era ella para él lo que el Pilonero para mí? ¿Un acto de equilibrio? Ahora que tenía ante mis ojos su pequeño harén, no podía hacer como si no existiera. Empezaron los celos y no fui capaz de contenerlos. Pero estaba decidida a intentarlo.

Éste es el precio por no ser monógama, me recordé. Quizás había llegado el momento de replantearme el precio de la monogamia.

Si le pedía a Un Hombre que fuera monógamo, siempre sabría que le había arrebatado la libertad, y lo amaba recreándose en su libertad. No quería controlarlo. Recuerdo que una vez dijo: «Sales con una tía, te acuestas con ella una vez, y te viene con un montón de prohibiciones, y tú le miras las maravillosas tetas y el coño ardiente y ves las prohibiciones entre tus brazos y se las devuelves. “Oye, creo que esto es tuyo”». Eso me había despertado admiración: de ahí que fuese Un Hombre y no Cualquier Hombre. No iba a comprometerse a cambio de un coño, como hacen tantos hombres. Y yo no quería que Un Hombre se sintiese comprometido con mi coño; quería que Un Hombre fuese fiel a sí mismo… y que a la vez desease desesperadamente mi coño.

Pero eso no eran más que especulaciones ociosas, ya que sabía que Un Hombre no sería monógamo, aunque yo se lo pidiera. Me había contado hacía mucho tiempo que había intentado varias veces tener novia y siempre había fracasado penosamente. Era mejor no intentarlo siquiera. Le di la razón. El fracaso es el gran antiafrodisiaco.

Además, si yo quería que él sólo estuviese conmigo, tendría que devolverle el favor y estar sólo con él, y era muy consciente de que eso no podía hacerlo. Lo amaba demasiado. Yo era demasiado vulnerable para entregarme por completo a él. Si no había un compromiso que romper, al menos cualquier punzada de dolor que pudiera sentir por la morenita no se agravaba por el sufrimiento y la ira moralista de la traición.

Así pues, me dije: ¿sabes qué tienes que ser si no eres monógama? ¿Tal vez no ser celosa? No, los celos son inevitables. Valen la pena. Tú tienes que valer la pena. Él tiene que valer la pena. El sexo tiene que valer la pena. Y la pena es la locura desgarradora y esporádica de los celos.

La guerra

Con el paso de los días, sin embargo, empecé a sentir una necesidad imperiosa de reafirmar mi autoridad sobre la morenita. Cuando volví a ver a Un Hombre, sugerí astutamente que nos acostáramos los tres para aliviar el dolor de todos con amor y semen. Él me sonrió, encantado de ver que yo era la clase de mujer que resolvía el problema con una orgía. Bueno, mejor así que a punta de bayoneta. A continuación, admitió que en realidad él ya se lo había propuesto a la morenita en ese primer enfrentamiento, pero ella, en respuesta, había levantado aún más la voz y reconocido que los celos no se lo permitirían. Maldición. Tenía la certeza de que si podíamos arrastrarla a la cama, yo saldría victoriosa. De pronto la victoria se convirtió en un imperativo. No sabía muy bien qué ganaba, pero desde luego parecía haber mucho en juego. No era cuestión de poseerlo a él exclusivamente, nunca lo había sido; era cuestión de saber que yo era la más amada.

A partir de entonces, sentí la acuciante necesidad de diferenciarme de ella en mi propia cabeza. Un Hombre me contó que ella había tenido aventuras con hombres casados en el pasado; deduje que debía de tener un historial de subalterna en relación con otras mujeres. En tanto que yo, por mi parte, soy siempre la masoquista principal, la primera, la preferida, o si no, no juego. Y punto. También me obsesioné de una manera desmedida, delirante, con el tamaño de su culo. A fin de cuentas, era el doble que el mío, si no más…, quizá dos veces y media más grande. Si a Un Hombre le gustaba tanto mi culo estrecho, ¿cómo podía gustarle también ese culo tan amplio?

Hasta que un día, pocas semanas después, tuvimos la desgracia de coincidir los tres en el gimnasio. Había acabado ya mi tabla de ejercicios, y cuando cruzaba la zona de recepción para marcharme,

allí los vi a los dos, sentados en el sofá: ella tenía cara de pocos amigos; él daba la impresión de querer estar en cualquier otro sitio. ¿Qué había sido del dios del sexo que se paseaba por mi dormitorio con una erección letal? Ese mismo hombre estaba allí sentado, con las piernas encogidas, mirándose las rodillas, casi sin respirar.

Pasé como una exhalación camino de la puerta, saludándolos alegremente a los dos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y si bien no esperaba que ella contestara, me di cuenta de que estaba poniéndolo a prueba a él. Y Un Hombre me falló. Silencio. No reconoció mi presencia delante de ella. Una vez en la calle, desolada, rompí a llorar. Necesitaba algo de él y no lo recibí. Y tampoco iba a recibirlo. Necesitaba una prueba. Pero, claro —y he ahí el dilema irresoluble que formaba el núcleo de nuestra relación —, si él me hubiera dado la prueba que yo necesitaba desesperadamente, la prueba de mi lugar en su jerarquía y su corazón, el fuego entre nosotros seguramente se habría apagado. Siempre fue el equilibrio exacto de ese elemento, esa inseguridad, lo que me mantuvo tan enamorada, tan llena de deseo, tan excitada con él. Él nunca se había plegado a mi voluntad, y eso no iba a cambiar ahora. Siempre me había mostrado su amor; pero no lo confirmaría a petición mía.

Era evidente que Un Hombre no iba a hacer nada para resolver este problema. Así pues, la solución dependía de mí. Se me metió en la cabeza la idea de hablar con la morenita —en plan charla entre chicas— del problema, nuestro problema: él. El sufrimiento de esa mujer amenazaba la seguridad de mi mundo con Un Hombre, y quizá si hablábamos, ella y yo encontraríamos una salida. Además, ya no se trataba de su dolor; se trataba también del mío. Empezaba a ser una historia sobre ella y yo, y Un Hombre nos observaba entre bastidores. ¿Era eso un complejo de Electra mal resuelto? Tal vez, pero en esos momentos no tenía tiempo para andar pensando en la mitología. Aquello era la guerra. Y con ella no tenía intención de rendirme.

Tras elegir mi atuendo con sumo cuidado, provoqué un encuentro con ella en el gimnasio y, al abordarla, le pregunté descaradamente si teníamos «algo de que hablar». Aunque ella no

veía la necesidad, aceptó. Le pedí que me explicara qué había ocurrido. Dijo que se había sentido tan desdichada con él, por tenerlo tan poco, que le había preguntado por las demás mujeres de su vida. La Estrategia de que la Verdad Os Hará Libres: aun sospechando que la respuesta le haría daño, había albergado la esperanza de que le daría el valor necesario para dejar de verlo.

Obviamente, no había sido así, porque casi de inmediato puso en práctica la misma estrategia conmigo y empezó a hacerme toda clase de preguntas muy personales. ¿Follábamos muy a menudo? ¿Se quedaba a dormir? ¿Cenábamos juntos? Y, para mi asombro, hice lo peor de todo: le contesté, rogando que esta vez su estrategia diese resultado, aunque en el fondo me constaba que eso no ocurriría.

Y así seguimos a trancas y barrancas: sin monogamia, sin trío, más polvos, sin resolución.

N.º 276

Me hizo ponerme a cuatro patas. De pie detrás de mí, me dio unos golpecitos suaves pero insistentes en el pubis indicándome que lo elevara. Levanté el culo para unirme a él. Me dio unos golpecitos en la cara interna de los muslos. Separé las piernas. Apoyé la cabeza en la cama, con el culo en alto, la cabeza arqueada. Me abrió el coño, me encontró el clítoris y empezó a mirar y a chupar y acariciarlo con la punta de la lengua. Imaginé a la otra chica, la culona, sentada en una silla, desnuda, con las piernas abiertas, mientras él se arrodillaba ante su coño. No era un coño feo, sí era un coño más grande que el mío, un coño distinto, de morenita, y mientras está así, despatarrada, como un pendón, él le chupa el clítoris, ese clítoris grande y rojo, hinchado, bien visible. Ella parece ajena, impúdica. Yo observo a escondidas desde detrás de una puerta. Él sabe que lo observo y le abre el coño aún más para que yo le vea el clítoris. Ella no sabe que observo. Cuando el clítoris sobresale, como una pequeña polla erecta, orgulloso, espectacular y voraz, me corro. La conquista de la otra mujer es mi orgasmo, mi placer. La otra mujer es mi puta: la puta que llevo dentro. Después me folla por el coño y luego por el culo. Mi clítoris no da abasto.

El plátano

> El recuerdo de la humillación es la cicatriz sangrante de revivirla… La humillación, creo, no es sólo otra experiencia en la vida, como, por ejemplo, un momento de bochorno. Es una experiencia formadora. Forma la manera de vernos a nosotros mismos como personas humilladas.
>
> Avishai Margalit

Es curioso —bueno, en realidad no tanto— cómo empecé a perder la capacidad de recibir placer directamente de Un Hombre y tuve que derivarlo a través de otra mujer, su otra mujer. Tan sexy en la cama, tan catastrófico fuera de la cama. Y así construí otro triángulo freudiano con la fantasía de atraerla a la cama con nosotros para poder controlar lo que no podía controlar. Lo que nunca podría controlar: mi dignidad ante alguien a quien adoro. Perder esa dignidad fue lo primero que aprendí a temer; la causa de todos mis miedos. Mi Waterloo en el amor.

Tengo cuatro años. Soy una niña menuda y muy delgada. Tan menuda y tan delgada que mi madre me lleva al médico para asegurarse de que estoy sana. Después de examinarme, el médico disipa los temores de mi madre con una frase que enseguida pasa a formar parte del acerbo familiar. «Una *ninia* delgada, sólo eso», afirma con su marcado acento alemán. Propone que yo haga más ejercicio para estimular mi escaso apetito. Me mandan, pues, a mi primera clase de ballet.

Un día, pasado un tiempo, al salir de la escuela, le pido a mi

madre un plátano. (Ahora no recuerdo que me gustaran los plátanos especialmente —me gustaban los palitos de pescado y los macarrones con ketchup—, pero ese día en concreto quise un plátano). Mi petición se vio rechazada por dos motivos. Uno: en esta casa no comemos entre horas. Dos: no cenarás si te comes ahora un plátano. Pero insisto tercamente en mi deseo y ruego tanto que finalmente recibo un plátano grande y amarillo. Es más largo que mi cara. Victoria.

Voy al rellano en lo alto de la escalera y miro por el ventanal con el plátano en la mano. Retiro cuatro o cinco centímetros de piel de la parte superior y doy un par de mordiscos. Y me paro. No quiero más.

Mi padre, tras presenciar la batalla entre mi madre y yo en la cocina, sube por la escalera y me advierte que más vale que me acabe el plátano porque lo he pedido. Sé que mi padre habla en serio. Al cabo de diez minutos, pasa otra vez por el rellano, junto a mí y el plátano. Los escasos centímetros de piel cuelgan ahora alrededor del extremo mordisqueado, pero el resto permanece sin pelar, intacto. De nuevo me advierte que más vale que me coma el maldito plátano, pues en esa casa no se tira la comida: si lo pides, te lo comes. Mi padre habla muy en serio. Pero como soy una niña tozuda, me niego a acabarme el plátano. Ahora viene la lección.

Ante la mirada de aprensión de mi madre —los estallidos de ira son frecuentes en casa—, mi padre sube al rellano, coge el plátano, lo pela y me lo aplasta en la cara; luego me embadurna el pelo con el residuo que le queda en la mano. Yo permanezco inmóvil, petrificada, y mi madre grita desde el pie de la escalera: «¡No, no, que tendré que lavarle el pelo!».

Después de eso no recuerdo nada más, ni cómo me sentí ni qué ocurrió a continuación: probablemente mi madre me lavó el pelo. Pero mi búsqueda de la dignidad perdida se ha convertido en una eterna obsesión, una búsqueda de la cara detrás del plátano. Es una cara que nunca he visto. De hecho, fui borrada de mi propia existencia. Fue el nacimiento de mi vergüenza. Y de mi rabia.

Esta cruzada inconclusa me ha conducido a donde ahora estoy, a una obsesión con un acto voluntario y disciplinario que me devuelve a un estado de cordura perdido hace tanto tiempo que ni siquiera lo recuerdo. Todavía me encanta controlar la cantidad de

comida que ingiero. Y me he convertido en una mujer delgada. Una mujer que ha aprendido a abrazar su terror a la humillación eligiendo y deseando lo que para muchas es el mayor acto de humillación: la penetración anal. El arma se ha convertido en un instrumento de placer en mi mundo adulto, y tengo la firme intención de meterme esos últimos centímetros de polla en la garganta y en el culo. Sin embargo, hasta el día de hoy no me como ni un solo plátano sin pasarlo por la licuadora.

A veces me pregunto si la gracia de ser follada por el culo, contra las apariencias, está en que puedo entregarme a la maliciosa sensación de que me cago en un hombre. Cuando abres el culo lo suficiente para que te follen sin dolor, la sensación que se obtiene, y se disfruta, es como si se te abrieran las entrañas y pudieras cagarte en la polla que ha tenido el descaro de penetrarte. Como tal, quizá la sodomización pudiera interpretarse como mi respuesta al plátano, la venganza final.

Fuera del mundo de mi dormitorio, sin embargo, me temo que siempre seré una niña con la cara pringada de plátano, incapaz de olvidar que en cualquier momento me hallo bajo la amenaza de humillación de alguien a quien amo. Cuanto más lo amo, mayor es la amenaza. Cuando me veo privada por la ausencia de Un Hombre o la posibilidad de su pérdida, la amenaza de humillación real, humillación no elegida, acecha cerca de mí como un depredador que aguarda a su presa. La espera es un martirio y las percepciones de humillación se multiplican como un virus. Al final, son tan poderosas que las experimento como algo real y padezco la misma aniquilación de la identidad a la que me sometió mi padre al blandir una fruta a medio pelar ante mí.

N.º 291

Cuando nos acercamos al tercer año, nos acercamos a los trescientos polvos por el culo. Me encanta la simetría.

Después de ocho días sin su polla en mi culo, estoy para que me encierren. Enloquecida por la privación. Quedamos en vernos durante una Hora y Media de Máxima Intensidad. Cosa rara en mí, quiero charlar, hablarle de mi locura en ciernes.

Le insinúo que soy plenamente consciente de que él no es mi respuesta (aunque mi culo está convencido de que sí lo es). Él coincide con entusiasmo.

«No soy la respuesta, eso desde luego», dice. «Soy la pregunta».

De inmediato imagino su polla penetrando en mi culito, su pregunta firmemente plantada en el centro de mi ser. Lo había entendido al revés, claro. Mi culo es la respuesta, para los dos.

Se desnuda, se sienta en el borde de la cama, con las rodillas separadas, y pone un cojín en el suelo entre sus pies. Me arrodillo, y cuando empieza la mamada, siento alivio en el corazón. Me coge la cabeza con las manos, yo rodeo sus caderas con las mías, apoyadas en la cama, y lenta, suavemente me guía la cabeza, la boca redondeada, abierta y húmeda, a lo largo de su polla, muy despacio, hasta que la punta llega al fondo de mi garganta. Le cedo totalmente el control y me convierto sólo en una cabeza y una boca para su polla. La acción es muy lenta y tiene la polla muy dura, el borde de cemento. La belleza ha vuelto a inundar mi ser y toda mi demencia ha salido como agua de sentina.

Luego me ha follado por el culo, sólo por el culo, y cuando su polla empezaba a entrar, ha susurrado: «Si alguna vez te olvidas, recuerda esto, éste es el punto de conexión, siempre».

Salvar la cara

Sin embargo, en ese momento yo establecía otras conexiones.

Cuando me encaré con la morenita aquel día, le pregunté si amaba a Un Hombre. No tenía previsto preguntarlo, pero supongo que quería saberlo. Mejor dicho, ya lo sabía. Pero deseaba, como ella, una confirmación. Mi sadismo (con ella) y mi masoquismo (conmigo) pugnaban por imponerse, quizá más que en cualquier otro momento de mi vida. Sus enormes ojos castaños se llenaron de lágrimas y musitó: «Intento no amarlo». Y en ese momento, mis desesperados intentos de distinguirme y de apartarme de ella se desvanecieron.

A diferencia de ella, yo era demasiado orgullosa para admitir mis celos o permitir que viera mi dolor, pero ahí estaban, tan claros como los de ella. Ya no era distinta de mí: era yo. Y de repente descubrí lo que había estado buscando toda mi vida: la cara detrás del plátano, la cara de una niña aplastada y humillada por el amor. Mis lágrimas resbalaban por sus mejillas. Y era espantoso. Durante varias semanas me obsesionó ese reflejo de mí que nunca había visto antes.

Pero entonces tomé conciencia gradualmente de lo más asombroso. La morenita, al igual que me había pasado a mí, estaba incapacitada, le era imposible actuar por cuenta propia; no era capaz —al menos todavía— de dejar atrás su dolor. Pero yo ya no era incapaz. Podía tomar la decisión por las dos, podía actuar, porque ahora poseía la fortaleza necesaria para abandonar el triángulo, podía como nunca antes. Era una especie de milagro.

Fue un raro regalo el que esa mujer me hizo, la capacidad de llevar a cabo lo que toda mi búsqueda espiritual, en última instancia, no había logrado: la capacidad de romper la cadena del dolor, allí y en ese mismo instante. No sólo para mí, no sólo para mi

frágil yo de cuatro años. Al fin y al cabo, éste vivía aún conmigo. Era hora de enjugarle la cara y llevarla a casa.

Después

Contabilidad

4/3/3/3/3/3/3/0/0/0/0/0/0/1/2/0/0/0/0/3/
/2/1/2/1/2/1/1/0/0/0/1/1//2/3/1//2/2/3/1/
/1/0/0/0/0/0

Esto de aquí arriba es el recuento de las penetraciones anales por semana en el tercer año. Todos los ceros representan los viajes fuera de la ciudad de uno u otro. Salvo los últimos cinco.

El número 298 fue el último. Los muros que yo tan cuidadosamente había levantado en torno a nuestro amor se habían desmoronado. El mundo había entrado, y nuestra relación había acabado. Despedí a Un Hombre. Había llegado el momento.

Sí, fue así de repentino. Así de imprevisto. Sin obedecer a ningún plan. Había llegado el momento de dar por concluido el dolor, el momento de dar por concluida la belleza: éstos se habían convertido en algo inseparable, un adagio sadomasoquista.

Así que la búsqueda del final de mi final finalizó tan bruscamente como había empezado tres años antes. Una especie de simetría. Un único corte, rápido y limpio. Sin negociaciones, sin súplicas, sin manipulaciones, sin culpa. Después del n.º 298 —era también un viernes por la tarde— se acabó todo con Un Hombre cuando seguía aún en plena erupción como un volcán y hermoso como el arte. A eso se llama valor. Aunque para mí, no fue cuestión de valor en absoluto; fue por necesidad. Nunca habría tenido el valor de despedirlo.

Es curioso que otra mujer fuese siempre el catalizador entre él y yo: la prerrafaelita nos había unido y, ahora, la morenita nos

separaba. Debo de tener muchos asuntos pendientes con las mujeres, con mi madre. Pero ésta es la historia de papá, no de mamá, o eso creía yo.

Empecé a contar los ceros semana tras semana tras semana, como si la suma fuera a dar algo más que cero. Ceros que marcaban el espacio vacío en mí donde el dolor casi insoportable de la pérdida crecía y crecía. Supuré.

Y morí.

Murió el núcleo de mí que él había tocado.

Sentí que lo lloraría toda la vida. Y así es. Lo lloré desde la primera vez que entró en mi culo. No había ninguna razón para dejar de llorarlo ahora sólo porque ya no estaba.

Si el cielo es un indicio de la eternidad en un momento de tiempo real, el infierno es una eternidad de pérdida en un momento de tiempo real.

Completamente desolada. Ni siquiera habíamos llegado al trescientos.

La reclamación

Después de pasar muchos meses sin Un Hombre, la burbuja de amor en la que había vivido durante tanto tiempo empezó a desinflarse. No podía seguir viviendo así. Había sido una sodomita tan feliz. Ahora era una sodomita desdichada sin nada más que recuerdos con los que obsesionarme.

Tuve que recoger unas cuantas cosas. Metí ropa que tenía de él en bolsas de plástico y las escondí. Me resistí a olerlas una última vez, y al conseguirlo, supe que tendría la fuerza necesaria para seguir adelante. Las escasas notas y fotografías que tenía las escondí en un cajón, junto con la pequeña bolsa de plástico con su vello púbico, el vello de aquel primer corte.

No tiré nada, lo guardé todo. Uno tira las cosas cuando el amor se ha convertido en odio. No era eso lo que me había ocurrido a mí.

Y estaba además la Caja. En mi tocador, rebosante de las pruebas de todo aquello que yo intentaba superar, dejar atrás. Comprendí que necesitaba una caja más grande, y con cerradura. Allí estaba, aguardándome en un anticuario: cuadrada, con bisagras en la tapa, forro de satén rojo y un diminuto candado con llave. En paño de oro. Perfecta. Realicé el traslado, dirigí una última, larga y penetrante mirada, cerré la tapa, eché la llave y luego la guardé. El féretro estaba cerrado, sellado con lágrimas,

K–Y

y un guiño a quien la encontrase en un futuro.

Este santuario de reliquias sagradas era mi monumento: a la divinidad de mi masoquismo, al gran goce con el que me crucé durante un tiempo tan frecuentemente, a un estado de conciencia al que ya no puedo acceder, a una conexión química que iba más allá de cualquier lógica o razonamiento, a la locura sagrada que tan dichosamente se había filtrado en mi ser. Y bien, ¿dónde podía

ponerla? Cerca…, pero no al alcance de la mano. Como el último paquete de un fumador, cerca…, pero no a la vista. Accesible…, pero prohibida.

Al desenamorarme de él, me sentí como un pelícano intentando salir de un vertido de petróleo: tambaleándome, cayéndome, levantándome, intentándolo otra vez. Pero incluso si el ave se libera, sus plumas siguen saturadas, marcadas para siempre. Comprendí que hasta que el dolor de amarlo ya no me interesase, no conseguiría salir adelante. ¿Por qué el dolor era tan interesante? Daba la impresión de que la llave de mi alma estaba enterrada en él. La incomparable enormidad del dolor reclamaba atención.

Buscando consuelo en otras compulsiones, hice muchas listas. Listas de pros y contras. Listas de lo que perdía al perderlo y lo que habría perdido si lo hubiese conservado. Listas de lo que he ganado, lo que he conseguido, de los hombres con los que he salido. Al final no significaron nada esas listas, pero me proporcionaron algo que hacer mientras lloraba. Me di cuenta de que tenía que cambiar para no desearlo. La persona en que me había convertido sólo lo deseaba a él. Tenía que convertirme en otra persona, una vez más.

Así murió mi anterior yo, así lo maté. Pero no se fue sigilosamente en la noche. No, se extinguió rabiosamente con una última ráfaga de dolor abrasador. Un dolor para detener el dolor. Pero quizás el masoquismo nunca se cura, sólo muda de forma. Distintos objetos, distintas manifestaciones. Temí no ser feliz sin mi dolor. Pero debía dirigirlo hacia el exterior; dentro de mí, me impregnaba hasta los tuétanos.

Al cabo de un tiempo, volví a follar con hombres: uno por uno. Ya sin actitud obediente, empecé a decirles cómo hacerlo —«así», «asá»— y ellos me complacían. Después de ser la esclava del rey, era la reina con ellos, difundiendo el mensaje entre mis bufones, incluso cuando cerraba los ojos e imaginaba que eran él. De vez en cuando me daba resultado. Y cuando me daba resultado, era aún peor: las lágrimas se derramaban por mis mejillas mientras ellos pensaban que mi llanto se debía al éxtasis. ¿No es cada aventura,

después de la Gran Aventura, sólo otro estado de duelo, prolongado y disfrazado como una forma de continuidad o valentía cuando no las hay?

Pero no permití entrar a ningún otro en mi patio sagrado, y unos cuantos lo intentaron. Ahora era un túnel de desesperación; se había convertido en suelo sagrado, campo de batalla, en ese momento en silencio pero lleno de fantasmas. Si esas paredes hablasen… Supuse que nunca entraría allí nadie más. ¿Cómo podían ganar ese derecho? ¿Quién podía siquiera merecerlo? ¿Quién, en su sano juicio, se atrevería?

El buda de la puerta de atrás

La pérdida continuó, insufrible e implacable, y los otros hombres no hicieron más que agravarla. Necesitaba ayuda. Desesperadamente. La paz de espíritu era un concepto intelectual remoto. Lloraba a diario. Por fin había sufrido lo suficiente. Lo suficiente para decir «Basta». Tenía la dignidad hecha añicos. En un esfuerzo por sacudirme la autocompasión, me apunté a un retiro de dos semanas con mil setecientos budistas en un rincón perdido de Inglaterra, a ocho mil kilómetros de distancia. Para alejarme del lugar donde él se hallaba. Fue como arrancarme la carne para escapar de sus garras, Libre, no tenía piel. Como una víctima de quemaduras.

Los budistas a los que conocí, francamente adorables, me acogieron en su mundo sin juzgarme pese a que yo debía de estar allí sólo para un apaño en mi momento de desesperación. Pero incluso la sabiduría de un apaño, si es budista, puede perdurar mucho después de que el ego haya vuelto a hacer pie. Así, mientras ellos meditaban sobre la paz para todos, yo meditaba sobre la paz para mí, sintiéndome como una niña entre ellos.

Todas las personas a las que conocí en el retiro, todos desconocidos, me preguntaban con sincero interés cómo estaba. Y yo se lo decía. Uno tras otro respondían con una amplia sonrisa a mi historia de amor perdido. «¡Ah! Pero eres muy afortunada», dijo un hombre, radiante. «¡Muy afortunada!». Casi parecía envidiarme. La explicación: toda experiencia de gran dolor libera karma negativo, y esa liberación no es más que una purificación, una manera de despejar el camino hacia el nirvana.

Bueno, si bien el nirvana sin Un Hombre en mi culo parecía una perspectiva muy remota, yo me había convertido en lo único que antes no era: una persona predispuesta. Predispuesta a contemplar

la posibilidad de cordura sin él, igual que durante tres años había estado predispuesta a contemplar la posibilidad de entregarme a él sólo una tarde, y ya veis adonde me ha llevado eso. Uno a uno, una y otra vez, mis nuevos amigos budistas se regocijaron de mi gran tristeza…, hasta que por fin cesaron las lágrimas. Simplemente se agotaron.

Había un joven inglés, también en el retiro, que se alojaba en mi pensión en el pueblo cercano. Cada mañana en el desayuno me sonreía mientras comíamos huevos escalfados con tostadas en los extremos opuestos de la mesa. Al final, empezamos a hablar. Él era un devoto budista desde hacía ocho años, pese a que tenía sólo veinticuatro. Incluso vivía en un centro budista del norte de Inglaterra, donde estaba a punto de terminar sus estudios universitarios. Alto, de piel muy blanca, labios rojos y carnosos y una melena de pelo negro y rizado, era guapísimo; me recordaba a san Juan Bautista, a quien Salomé tanto amó. Era también de una amabilidad infinita, de una palidez extraordinaria y más dulce que la miel. Y, supuse, monacal, dada su devoción budista. Al fin y al cabo, lo único que yo no esperaba en un retiro budista era el sexo hedonista. Pues me equivocaba. Para esos pícaros y maravillosos budistas, el sexo no tenía nada de malo, siempre y cuando nadie sufriese y todos los karmas se alineasen como era debido. Obviamente con más experiencia en esto que yo, él inició nuestro alineamiento.

Cuando le dije que me marchaba al día siguiente, propuso que nos viéramos después de la meditación de esa noche. No recuerdo cómo expresó exactamente la proposición —no era una cena ni una película, ni siquiera una cita—, pero acabó en mi acogedora habitación con cortinas de Laura Ashley, dos estrechas camas individuales, bolsas de té y un hervidor eléctrico. Fuera, huelga decir, llovía.

El hermoso budista byroniano no sólo me folló regiamente en esa última noche en el retiro, sino que también realizó una clase especial de intervención quirúrgica cuya utilidad yo sólo había contemplado vagamente. Se convirtió en el segundo hombre que me folló por el culo en mi vida. Con delicadeza, con desenfreno, con avidez, como un budista. Fue extraordinario. El sexo, sí; era tan capaz, tan joven, tan dispuesto… y enseguida dispuesto otra vez.

Pero lo más asombroso fue el hecho mismo de que ocurriese, de que yo lo permitiese cuando otros lo habían intentado en vano. Pero cuando lo pidió, miré aquellos ojos beatíficamente sexys y vi que podía ser él. El que era lo bastante amable.

Fue como ser vacunada contra la misma enfermedad que se me había contagiado hacía tiempo. Un Hombre fue el Primer Hombre, fue el Mejor Hombre, pero ya no era el Único Hombre. Se había roto el hechizo. Buda había encontrado el camino a mi jardín trasero. Y pensar que Dios, ese taimado demonio, me había mandado a un san Juan Bautista del budismo para enseñarme el camino de salida del infierno. O al menos a romper el sello que me ataba a otro pero nunca a mí misma.

¿Cómo se desprende una de lo mejor que ha conocido con la esperanza de conseguir algo mejor aún? Con un acto de fe demencial, ilógico. Me marché a la mañana siguiente a primera hora, dichosa por primera vez en mucho tiempo.

Era hora de ir de compras.

La terapia de los tacones

Al volver a casa, decidí que no encontraría un reemplazo o una continuación en un solo hombre; debía buscar algo totalmente distinto. Puse en marcha este plan cuando me compré unos zapatos nuevos. El par de zapatos adecuados, en el momento adecuado, puede llegar a cambiar realmente la actitud de una mujer. Y éstos no eran unos zapatos cualesquiera. Eran zapatos en los que podía encontrar una identidad nueva. Igual que las zapatillas de punta habían dado forma a los contornos de mi juventud, estos zapatos me guiarían en la vida cuando la sumisión a un hombre ya no era posible. Ya no eran los preciosos, elegantes y vistosos zapatos de tacón de aguja de Manolo Blahnik. Éstos eran zapatones puntiagudos y feos: unos zapatones útiles, prácticos. Ya nada de pantuflas fáciles de desprenderse; éstos llevaban correas y hebillas hasta decir basta. Me gusta calzarme unos zapatos con una buena metáfora donde apoyarme. Zapatillas de ballet, zapatos de buscona, al final todo es sadomasoquismo.

Recibí mucho zapato a cambio de cincuenta dólares. Los llamé mis zapatos «No me jodas». Irónicamente, se parecían mucho a esos zapatos que una se pone para salir en busca de un polvo. Ay, los zapatos con doble sentido…, la clave a la pregunta de Freud «¿Qué quieren las mujeres?»: «Un polvo» pero «¡No me jodas!».

Plataformas negras, de tacón. El pedestal delantero me levantaba la parte anterior de la planta del pie unos ocho centímetros del suelo, y el tacón, ese tacón magníficamente delgado y sin embargo sólido, me levantaba mis buenos quince centímetros. Por último, por primera vez desde que me enfundaba las zapatillas de ballet, me sentí más alta de lo que era en realidad. Pero lo más importante era que mis pies estaban muy por encima del suelo: es el lugar donde me siento mejor tanto en la mente como en el cuerpo.

Y en caso de necesidad esos zapatos podían asestar un saludable puntapié.

Mis nuevos zapatos se convirtieron en coraza y armadura en la batalla por una nueva forma de vida. Acabé comprando pares de todos los demás colores: plateados, azul celeste y un rosa chillón. Bien sujetos, estos zapatos cambiaban mi porte por entero. Me convertí en mi propia amazona: Afrodita, Artemisa y Atenea fundidas en una sola. Había nacido Una Mujer.

De la misma estatura que la mayoría de los hombres, ahora era más alta que muchos. Caminaba despacio, con toda la intención, orgullosa, magnífica en mis relucientes armas de tacón alto. La esperanza cobró vida mientras yo miraba alrededor desde mi nueva atalaya. Ya no alzaba la vista; miraba hacia abajo. Ya no era esclava; era ama: el único refugio para una sumisa sin amo. Empecé a llevar los zapatos en casa. Con chándal, en ropa interior, sin ropa interior, para quitar el polvo de un estante, para fregar los platos. Una vez incluso me afeité el coño calzada con ellos sólo para después fregar los platos. Terapia. Y continué enjuagándome el culo cada vez que me bañaba. Un gesto de esperanza en terreno baldío.

Y un día, mientras Leonard Cohen cantaba *Dance Me to the End of Love* por los altavoces, empecé a mecerme al son de la música —«moviéndome como hacen en Babilonia»— y supe que pronto volvería a bailar con mis zapatos «No me jodas». Estaba curada.

Había saltado al otro lado del abismo. No era tan ancho como creía. Todos esos tratamientos abreviados nunca bastaron para salvar la distancia hasta el otro lado. En realidad, nunca me gustó ser una «Señorita». Demasiado remilgado. En francés mejoraba un poco —«Mademoiselle»—, pero aún se quedaba corto, demasiado poca cosa para mi enormidad en ciernes. Después llegó la oportunidad de ser una «Señora», lo que me pareció horrendo, como mi madre. El problema con todas estas formas es que lo que venía después era siempre el apellido de un hombre: el del padre o el marido. Ahora sólo reconozco tratamientos acordes a una mujer que es dueña de sí misma.

Y en estos momentos, después de recorrer la larga y tortuosa carretera desde la masoquista hasta el ama, ¿qué? ¿Señora? ¿Musa? ¿Y con quién? Quizá con un hombre difícil de amar. Un Hombre no presentaba el menor desafío en ese sentido. Amarlo era muy fácil,

demasiado fácil; no amarlo era un infierno. Así que quizá lo contrario: un amor que sea difícil, un abandono que sea fácil. ¿No aprendería yo entonces un poco de tolerancia?

Hace ya tiempo que Un Hombre se fue. Pero ¿estuvo realmente aquí? ¿Habitó realmente en mi culo y en mí? ¿Fue en efecto el amante demonio que vengó mi ira, la erección permanente por la que tan voluntaria y gozosamente me convertí en mártir? ¿O fue el dios de mi propia creación, el dios que siempre deseé pero no pude tener, no pude encontrar? Quizá finalmente hallé un lugar para Él, y Un Hombre entró en mi espacio expectante.

Creo que la ecuación es la siguiente: el sexo sólo puede ser de verdad profundo, sólo puede cambiar de verdad la vida, sólo puede ser de verdad trascendente, si es Dios quien te folla; si amas a tu hombre como si fuera Dios. Pero —y he aquí el punto de fricción que ningún lubrificante puede aliviar— si tu hombre es Dios y cambia tu mundo, entonces estás, por definición, en el centro mismo de tu masoquismo femenino, abierta, dispuesta, vulnerable. Un hombre fue mi dios, pero fue mi último dios. No temo que un hombre pueda volver a ser dios para mí. Quizá sea una suerte para todas nosotras: menos dura será la caída. Pero yo lo lamento con todo mi ser; en último extremo, es la pérdida de mi insistente inocencia. Ha sido un proceso largo, extirparlo a él y excavar mi alma. Ya no vive en mi culo. Ahora yo vivo ahí. Menudo lugar.

He llegado al borde del precipicio. Me he asomado y me he despeñado. Pero ya he vuelto, he vuelto del gran valle de mi masoquismo; he vuelto para prestar testimonio —por mí pero también por vosotras— de mi supervivencia, de mi regreso de un mundo donde la profundidad era lo único que importaba. Si no folláis perseguidas por la muerte, estáis equivocadas. Mientras sea posible sobrevivir al amor, al amor enloquecido, no hay excusa. No hay la menor excusa.

Id. Venid.

Despacio, con resentimiento, he escapado de la esclavitud, aunque no puedo olvidar su libertad. Pero ya no me ciega la obsesión. Ahora reconozco lo que comúnmente se llama realidad, la maldita realidad. A veces incluso vivo en ella, cuando me siento

perversa. He sobrellevado la pérdida. La elección es mía. Pero ahora sé qué hacer —y adonde ir— si necesito una dosis de belleza, de sumisión, de alivio, de dicha. Y además conservo la Caja. No sólo contiene su ADN. Contiene mi propia locura: a buen recaudo bajo su tapa dorada.

Pero no necesito abrirla. Tengo la llave.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a Alix Freedman por su sincera amistad y a John Tottenham por ser el primero en decir: sí, debes. Estaré eternamente agradecida a David Hirshey, cuyo inagotable buen humor y firme entusiasmo me hicieron reír sin cesar y me dieron fe cuando la mía vaciló. Y a Alice Truax, gracias por todo: la orientación, inteligencia, un gusto impecable y una gran tenacidad.

Estoy muy agradecida a mis tenaces y valerosos agentes Glen Hartley y Lynn Chu, y a Catherine Sprinkle, por ocuparse de tantas cosas. Y a Michael Wolf, un abogado con verdadera integridad, muchas gracias.

En Regan Books, quiero expresar mi agradecimiento —y aplaudir— a Judith Regan, por su valor, a Cassie Jones, que consiguió que todo ocurriera a su debido tiempo, y a Kurt Andrews, Paul Crichton, Michelle Ishay, Adrienne Makowski y Kris Tobiassen.

Y mi mayor gratitud para todos esos queridos y adorables consejeros y amigos que me ofrecieron maravillosas sugerencias, así como numerosas reacciones y respuestas artísticas a mi obra: Elizabeth Alley, Christopher d’Amboise, Jeff d’Avanzo, Erin Baiano, Beverly Berg, Jim Bressman, John B. Birchell Hughes, Laura Blum, Mary Bresovitch, Steve Brown, Leonard Cohen, Bonnie Dunn and Scandal, Alfredo Franco, Janet Goff, Bruce Grayson, Gregory Jarrett, Paul Kolnik, Elizabeth Kramer, Marc Kristal, Maureen Lasher, Gillian Marloth, Michele Mattei, David Mellon, Carolyn Mishner, Adam Peck, Quentin Phillips, Ray Sawhill, Michael Schrage, Michael Sigman, Michael Solomon, David Stenn, Neal Tabachnick, Bill Tonelli, Vicky Wilson, Leslie Zemeckis, Robin Ziemer, y, naturalmente, para Un Hombre, siempre.



TONI BENTLEY. Ingresó en la School of American Ballet a los diez años y a los dieciocho entró a formar parte del New York City Ballet, dirigido por George Balanchine. Durante diez años bailó bajo su dirección, hasta que una lesión la apartó de los escenarios. Es autora de varios libros sobre ballet y sobre moda, y colabora con numerosas revistas y diarios. La publicación, en 2004, de *La rendición*, su quinto libro, no hace sino culminar el interés cada vez más creciente de la autora por temas eróticos.

Notas

[1] Literalmente, «agujero de la gloria», es un agujero, practicado en una pared o en un tabique, por el que un hombre introduce su pene y una mujer —u otro hombre— le practica una felación desde el otro lado de la pared, sin que ninguno de los dos se vea. (*N. de los T*). < <